

ANTOLOGÍA DE TEXTOS
SOBRE RETÓRICA
(ss. IV-IX)

*G. Lopetegui Semperena - M. Muñoz García de Iturrospe
E. Redondo Moyano*

(Editoras)



Universidad Euskal Herriko
del País Vasco Unibertsitatea
A R G I T A L P E N
Z E R B I T Z U A
SERVICIO EDITORIAL

Índice

Prefacio	11
Introducción: La evolución de la teoría retórica durante los siglos IV a IX. (G. Lopetegui Semperena - E. Redondo Moyano)	15
1. La evolución de la teoría retórica latina en los siglos IV a IX: contexto so- cio-político y cultural	15
2. La teoría retórica latina de los siglos IV-IX	20
2.1. Compendios generales de todo el arte	21
2.2. Manuales de carácter enciclopédico que incluyen un apartado dedi- cado al arte retórica	34
2.3. Manuales vinculados al ámbito educacional	39
2.3.1. Comentarios	40
2.3.2. Colecciones de ejercicios preparatorios	43
2.4. Tratados de figuras retóricas	43
3. La teoría retórica griega de los siglos IV-IX	46
3.1. La pervivencia de la retórica en los géneros judicial, deliberativo y epidíctico	46
3.2. Teoría retórica griega de época imperial	49
3.2.1. Teoría de la <i>stáseis</i>	51
3.2.2. Teoría de las <i>idéas</i>	54
3.3. Retórica en época bizantina	57
Bibliografía	65
Antología de textos	71
1. Nicolao de Mura, <i>Progumnásmata</i> (E. Redondo Moyano)	73
1.1. Introducción y bibliografía	73
1.2. Los <i>Progumnásmata</i> de Nicolao	85

© Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco
Euskal Herriko Unibertsitateko Argitalpen Zerbitzua

ISBN: 978-84-8373-993-8
Depósito legal / Lege gordailua: BI-2779-07

Fotocomposición / Fotokonposizioa: Rali, S.A.
Particular de Costa, 8-10 - 48010 Bilbao

Impresión / Inprimatzea: Gráficas Berriz, S.L.
Muruetta, 23 - 48220 Abadiño

1.3. Traducción	96	4. Julio Víctor (II)	449
2. Prisciano, <i>Praexercitamina</i> (G. Lopetegui Semperena)	149	5. Mario Victorino	455
2.1. Introducción y bibliografía	149	6. Boecio	481
2.2. Traducción	153	7. Casiodoro	497
3. Julio Víctor, <i>Ars Rhetorica: de inventione, de asústatis, de statibus</i> (G. Lopetegui Semperena)	175	8. Beda el Venerable	503
3.1. Introducción y bibliografía	175	9. Alcuino de York	515
3.2. Traducción	179	Apéndice II: Glosario de términos técnicos de los autores traducidos	541
4. Julio Víctor, <i>Ars Rhetorica: de exercitatione, de sermocinatione, de epistulis</i> (M. Muñoz García de Iturrospe)	207	1. Términos griegos	543
4.1. Introducción y bibliografía	207	2. Términos latinos (por autores)	549
4.2. Traducción	212	2.1. Prisciano	549
5. Mario Victorino, <i>In rhetoricam M. Tullii Ciceronis explanatio</i> (G. Lopetegui Semperena)	223	2.2. Julio Víctor	553
5.1. Introducción y bibliografía	223	2.3. Boecio	559
5.2. Traducción	228	2.4. Casiodoro	563
6. Boecio, <i>De topicis differentiis, liber IV</i> (G. Lopetegui Semperena)	273	2.5. Beda	567
6.1. Introducción y bibliografía	273	2.6. Alcuino	572
6.2. Traducción	280		
7. Casiodoro, <i>Institutiones II, De rhetorica</i> (M. Muñoz García de Iturrospe)	303		
7.1. Introducción y bibliografía	303		
7.2. Traducción	307		
8. Beda el Venerable, <i>De schematibus et tropis</i> (M. Muñoz García de Iturrospe)	317		
8.1. Introducción y bibliografía	317		
8.2. Traducción	321		
9. Alcuino de York, <i>Dialogus de rhetorica et virtutibus</i> (G. Lopetegui Semperena)	339		
9.1. Introducción y bibliografía	339		
9.2. Traducción	345		
Apéndice I: Textos originales de los fragmentos y obras traducidos	379		
1. Nicolao	381		
2. Prisciano	423		
3. Julio Víctor (I)	435		

1. Nicolao de Mura, *Progumnásmata*

(E. Redondo Moyano)

1.1. Introducción

Una característica común a la retórica de los siglos IV-IX, tanto en los territorios occidentales como en los orientales del Imperio, fue su aprendizaje por medio de unos ejercicios que se nos han conservado recopilados en manuales que en griego llevan el título de *Progumnásmata* y en latín de *Praexercitamina*. Estos ejercicios constituían la base de la enseñanza retórica y fueron practicados, por tanto, por toda la población letrada de estos siglos. Su importancia fue capital y por ello les dedicamos en esta Antología este apartado especial, que sirve de introducción a la traducción del último de los manuales de *Progumnásmata* que se conserva completo, el de Nicolao.

Progúmnasma es un término adaptado al ámbito educativo a partir del lenguaje utilizado en el adiestramiento físico y significa en griego «ejercicios preliminares (de entrenamiento)»¹. Con este nombre se designaban los ejercicios realizados en las escuelas de retórica que precedían y preparaban para el verdadero «ejercicio», las *melétai* o declamaciones. Efectivamente, después de practicarlos, el alumno, en torno a los doce o quince años, debía comenzar a elaborar y, en ocasiones, leer en voz alta ante el profesor o sus compañeros *melétai*, o, en latín, *declamationes*, es decir, ejercicios escritos en forma de discurso sobre diferentes temas ficticios que se le proponían². Suponían estos ejercicios una primera práctica para las declamaciones que tenían lugar fuera del marco de la escuela, en las que los intelectuales de la época, los sofistas, mostraban su maestría oratoria en discursos improvisados que eran requeridos por su audiencia y que solían tratar de situaciones ficticias o sacadas de algún tratado histórico que versaban sobre algún aspecto de la cultura griega³. Las *Vidas de los sofistas* de Filóstrato dan buena idea de cómo eran estas declamaciones,

¹ Vid. Bonner, 1984 (1977), 328 y n. 1 con bibliografía.

² Kennedy, 2003, x.

³ Vid. p. 50. La declamación llegó a alcanzar un elevado grado de tecnicismo, y fue practicada por eminentes intelectuales como Himerio, Libanio, Coricio y Procopio de Gaza; era, sin duda, un excelente ejercicio que preparaba para la oratoria epidíctica; vid. R. Webb, en Jeffreys, 2003, 132 y G. Anderson, 1993, 55 ss.

que constituían todo un espectáculo, en el que la forma de recitar y el estilo jugaban un papel tan importante como el del contenido.

En las escuelas de retórica el aprendizaje estaba organizado en tres niveles o grados⁴; comenzaba sobre los siete años, de la mano de un *grammatistés* que enseñaba a leer, escribir y realizar operaciones de cálculo elementales⁵. Entre los doce y catorce años el *grammatikós* enseñaba la *enkúklios paidéia*, es decir, una formación general, que abarcaba las materias que en la Edad Media se agruparán en el *trivium* (gramática⁶, retórica, dialéctica) y en el *quadrivium* (aritmética, geometría, astronomía, música); el nivel que se alcanzaba en estas asignaturas era mínimo, con excepción de la retórica a la que se dispensaba una atención especial⁷; de la mano del «gramático» el alumno lee, aprende de memoria, comenta e imita⁸ a los clásicos, adquiriendo así un bagaje cultural que le resultará útil en cualquier actividad posterior relacionada con el lenguaje. Por último, a cargo de un rétor o sofista⁹, una enseñanza superior, en la que el alumno estudiaba retórica, es decir, el arte de componer discursos, o filosofía. La competencia entre ambas disciplinas era tradicional¹⁰, pero se había ido resolviendo, ya desde época helenística, a favor de la primera; hay que señalar, no obstante, que entre ambas se había producido un cierto acercamiento, de manera que la teoría retórica se había ido organizado como una introducción a la dialéctica¹¹ y había incluido entre sus objetos de estudio temas que en principio sólo se estudiaban dentro del ámbito filosófico, como las tesis. Además, los filósofos exponían a menudo sus teorías en forma oral, a modo de conferencias, lo que exigía que tanto ellos mismos como sus discípulos tuvieran formación retórica¹².

⁴ Vid. Marrou, 1976, 182-284, y Kennedy, en Porter, 1997, 18-19.

⁵ Para una exposición detallada del currículo que abarcaba esta primera enseñanza, vid. Hock & O'Neil, 2002, 1-4. En estas páginas se recogen, asimismo, diversas modificaciones a la teoría tradicional que exponemos aquí, como son que esta educación se daba prioritariamente en las casas y que la escuela estaba reservada a las clases menos favorecidas, o que su duración no excedía de dos años.

⁶ Sobre la enseñanza de la gramática en este nivel secundario y el uso que en ella tenía la anécdota, vid. Hock & O'Neil, 2002, 51-55.

⁷ Vid. Marrou, 1976, 227.

⁸ La *mimesis*, es decir, el aprendizaje por medio de la imitación de modelos consagrados es, según Reardon, 1971, 75 y 96, un hábito fundamental para el espíritu de la literatura imperial y la *mimesis rhetoriké* un concepto no muy lejano de lo que se llama en la actualidad «cultura literaria».

⁹ Para designar a estos profesores de enseñanza superior aparecen los dos términos; el segundo se encuentra con más frecuencia en la época imperial: vid. la introducción de Giner Soria a las *Vidas* de Filóstrato, 1982, 20 ss.

¹⁰ Esta polémica, que hunde sus raíces en Isócrates y Platón, es tratada en Reardon, 1971, 64 ss. y Marrou, 1976, 76 ss.

¹¹ Vid. p. 56; sobre el acercamiento buscado por los neoplatónicos entre ambas disciplinas, vid. Kustas, 1973, 11.

¹² De ahí que en las *Vidas* de Filóstrato varios filósofos sean considerados también sofistas; entre ellos el más renombrado es Dión de Prusa, quien se dedicó primero a la retórica, disciplina que después abandonó para dedicarse a la filosofía, aunque sin renunciar a formas de actuar propias de un sofista (vid. Libro I, 488).

Esta formación tenía como objetivo el dominio de los cinco pasos requeridos para componer un discurso (invención, disposición, estilo, memorización y representación) y de las reglas que regían las diversas partes en que solía dividirse (proemio, narración, pruebas y epílogo). Como este aprendizaje no era sencillo, para facilitararlo se fueron ideando diversos ejercicios, *progumnásmata*, que se practicaban tanto en la enseñanza secundaria como en la superior¹³. Con ellos el alumno se ejercitaba progresivamente en la composición de textos, a la vez que se entrenaba en el uso de la palabra y los rudimentos del estilo y de la argumentación retórica, mediante una cuidada metodología. Según Teón¹⁴, autor del primer manual de ejercicios preliminares que se conserva, el profesor debía recopilar en las obras antiguas ejemplos apropiados para cada uno de los ejercicios que los alumnos debían practicar o bien componer él mismo otros; a continuación, los modelos así obtenidos debían estudiarse a fondo y recitarse; posteriormente, cuando, debido a esta práctica, los espíritus de los alumnos hubieran sido modelados por estos ejemplos, ellos mismos debían comenzar a escribirlos, una vez que hubieran aprendido la disposición de los principios de argumentación y de los argumentos, el uso de la digresión y la amplificación y el cuidado del estilo, del decoro y de la vivacidad de lo narrado. El profesor debía ir corrigiendo sus errores paulatinamente, para evitar que cayeran en el desánimo; o bien, procuraba un método alternativo para que ellos mismos los apreciaran, que consistía en la comparación de su composición con alguna de las de los prestigiosos escritores antiguos. Una vez finalizada la fase de la escritura, se cuidaba también la representación adecuada para cada discurso. De este modo, el alumno se familiarizaba con las técnicas de composición en distintos grados de complejidad, haciendo descripciones y comparaciones y ensayando las técnicas básicas de la argumentación. Los *progumnásmata* constituyen, por tanto, un depurado método pedagógico, que avanza por medio de la lectura de modelos literarios, la escritura que los imita y la práctica oral, desde las formas más simples de la narración a la más compleja argumentación.

La teoría en la que se sustenta la composición de estos ejercicios se nos ha conservado en cuatro manuales de *Progumnásmata*: el ya mencionado de Elio Teón de Alejandría, del siglo I-II¹⁵; el atribuido a Hermógenes de Tarso, del II¹⁶; el de Afto-

¹³ Vid. Reche Martínez, 1991, 12, con la bibliografía de n. 9, y Patillon, 1997, XVII. Según Bonner, 1984 (1977), 330, los maestros de retórica griegos exigían que sus alumnos continuasen asistiendo a la escuela del gramático, una vez que habían iniciado los estudios de retórica con ellos, facilitando así la progresión en las técnicas compositivas que se practicaban en los *progumnásmata*.

¹⁴ 65.30 ss., Spengel.

¹⁵ Teón (59.13-17, Spengel) hace referencia a otros manuales, anteriores o contemporáneos, que no se nos han conservado. En la edición de Rabe de Aftonio, 1926, 52-70, se encuentran recopilados y editados los fragmentos o referencias conservados de autores de *Progumnásmata* anteriores a la época bizantina.

¹⁶ Además, en el siglo II se escribieron, al menos, otros dos manuales de *Progumnásmata* que no se han conservado, el de Pablo de Tiro y el de Minuciano de Atenas. Noticias sobre ellos y su obra se encuentran en Rabe, 1926, 55 y 54 respectivamente. Es probable que también Harpócrates escribiera un tratado de ejercicios preparatorios, puesto que aparece citado junto a Teón (Rabe, 1926, 54) por situar la anécdota delante del relato.

nio de Antioquía, discípulo de Libanio, de la segunda mitad del siglo IV¹⁷ y el de Nicolao, del siglo V¹⁸. En latín se conserva la libre traducción que Prisciano, en torno al siglo V, realizó del manual atribuido a Hermógenes¹⁹.

Aunque estos manuales que conservamos pertenecen todos a la época imperial, los ejercicios preliminares aparecen mencionados por primera vez en la *Retórica a Alejandro*, obra escrita en el siglo IV a. C. y atribuida a Anaxímenes de Lámpsaco, un contemporáneo de Aristóteles. Se afirma ya en este manual que si se estudian las formas y estilos de composición tal como se propone en los *progumnásmata*²⁰, se logrará una gran facilidad para hablar y para escribir. Esta primera aparición del término, en época tan distante de los primeros manuales conservados, llevó a algunos estudiosos a pensar que había sido incluido en esta obra en una época posterior²¹. De hecho, la práctica de la enseñanza que se conoce hasta el siglo V consistía en la lectura en voz alta y en la copia de los textos considerados más relevantes, especialmente los de Homero, así como en la memorización de poesía, que a veces se representaba en ocasiones festivas. Nada indica que las técnicas de composición fueran enseñadas a los jóvenes. Este paso pudo ser dado por los sofistas de los siglos V y IV a. C., ya que ellos utilizaban entre sus métodos de enseñanza el estudio, el análisis y la imitación por parte de los alumnos de discursos elaborados por ellos mismos o por otros, elegidos por su especial calidad. También fueron los sofistas quienes comenzaron la práctica de asignar temas ficticios a los alumnos para que éstos los desarrollaran, haciendo luego una crítica constructiva de su trabajo con finalidad pedagógica. Teniendo en cuenta estas prácticas, no es de extrañar la mención de la *Retórica a Alejandro*, que revelaría la existencia de estos ejercicios en el siglo IV a. C.²². Esta idea se ve apoyada por otros datos complementarios, que

¹⁷ Gracias al léxico *Suda* sabemos que en este siglo se escribieron otros tres manuales de *Progumnásmata*, el de Epifanio de Petra (Rabe, 1926, 54), el de Onásimo de Chipre o Esparta (Rabe, 1926, 54-55) y el de Ulpiano de Émesa (Rabe, 1926, 55). Además, se conserva un fragmento del manual de Siricio de Neápolis (noticia en Rabe, 1926, 55-56, fragmento en Felten, 1913, 27.14-28) y partes más extensas del de Sópatro (Rabe, 1926, 57-70).

¹⁸ En el V escribió también un manual Siriano, del que tenemos noticias por dos citas que se encuentran en *Sobre los estados de la causa* (37.17 y 171.3) de Hermógenes, recogidas por Rabe (1926, 56-57).

¹⁹ Una traducción de este manual al castellano se ofrece en esta misma Antología, vid. p. 147 ss.

²⁰ 28.4.1-28.5.1.

²¹ Vid. Sánchez Sanz, 1989, 74, n. 131 y Kennedy, 1983, 55. Este autor, no obstante, modificó más tarde su postura y en 2003, XI, se suma a quienes consideran que estos ejercicios ya existían en el siglo IV a. C. y ofrece una historia de lo que pudo ser su evolución. Bonner, 1984 (1977), 328-329, admite que algunos ejercicios, como la tesis, son antiguos, pero como conjunto los considera posteriores. Este autor apunta también una noticia de Quintiliano (2.4.41-2) según la cual la práctica de inventar temas ficticios para discursos deliberativos y jurídicos, para los que los *progumnásmata* procuran preparación, se relaciona con el peripatético Demetrio de Falero, que vivió en la segunda mitad del IV (350 a. C.-280 a. C.).

²² Hock & O'Neil, 1986, 10 ss., en su apartado sobre los orígenes e historia de los *progumnásmata* llegan a la conclusión de que surgieron en la época helenística. López Eire, 2002, 258, apunta también el siglo IV a. C.

aportan diversos indicios con los que construir lo que pudo ser su historia: aunque Aristóteles no menciona estos ejercicios preliminares, ni en su *Retórica*, ni en otros trabajos relativos a la misma disciplina, es sabido que trata distintas formas compositivas, como la fábula, la máxima, el relato, el encomio, la descripción o la tesis, que más tarde se incluyen entre los *progumnásmata*. Los manuales que recogen la teoría de estos ejercicios se habrían ido conformando durante la época helenística, con las aportaciones de gramáticos y retóricos, que los habrían ido implementando a medida que la declamación en la escuela fue adquiriendo prestigio. Algunos tratados de retórica romana pertenecientes al siglo I a. C., como *De inventione* de Cicerón, o la *Rhetorica ad Herennium*, parecen suponer la existencia de tales ejercicios, aunque no se mencionan con este nombre²³. A finales del siglo I Quintiliano, contemporáneo de Teón, distingue con claridad entre ejercicios preparatorios y enseñanza del arte retórica propiamente dicha, y trata expresamente doce ejercicios; dos de ellos, la narración de un mito y el argumento de una obra, están basados en material procedente de los poetas; el resto adoptan la división entre temas relativos a personas y a cosas que se encuentra en la *Rhetorica ad Herennium*: el encomio o la censura, la comparación y la anécdota se refieren a personas; mientras que se alinean entre los relativos a cosas los lugares comunes, que son entendidos como censuras de una acción, las tesis, que implican una comparación de objetos –aunque se mencionan también las tesis filosóficas–, y las alabanzas o censuras de una ley²⁴.

El término *progumnásmata* se utiliza en el manual de Teón²⁵ para designar al encomio como ejercicio preparatorio, de manera que se distinga del género retórico encomiástico. Los autores de otros manuales de estos ejercicios utilizan también *gúmnasma* y *gimnasia*, pero fue el que hoy conservamos para designarlos, *progumnásmata*, el que se había impuesto como término técnico ya en época de Aftonio²⁶, de manera que los comentaristas de este rétor distinguen con claridad entre *progumnásmata* o ejercicios preparatorios y *gumnásmata* o declamaciones de controversias

²³ Kennedy, 1983, 55-56 y 2003, XI, menciona la *expolitio* (similar a la máxima) que aparece en la *Retórica a Herennio* (4.56-57); y la *narratio* que aparece tratada como ejercicio tanto en la obra que acabamos de mencionar (2.12), como en *De inventione* (1.27); además, en las dos obras citadas se asocia el lugar común con la denuncia del vicio (respectivamente: 2.9 y 2.77). Kennedy y Patillon, 1997, IX ss., aportan también una noticia de Suetonio (ca. 75-150) según la cual en la educación latina de los siglos II y I a. C. se mencionan distintos tipos de ejercicios que preparaban para la elocuencia (los problemas, las paráfrasis, las etopeyas, las etiologías ...), algunos de los cuales se encuentran luego entre los ejercicios preliminares; por otro lado, se afirma que estos ejercicios fueron evolucionando poco a poco.

²⁴ Vid. *Institutio oratoria* 1.9, 2.4 y 10.5; en 1.9.1 Quintiliano apunta que los cuatro primeros ejercicios deben ser enseñados por un gramático, aunque reconoce (2.4.1) que frecuentemente se ocupan de esta labor los rétores; vid. C. Roueché, en Jeffreys, 2003, 29-30 y Kennedy, 2003, ix.

²⁵ 61.26, Spengel.

²⁶ Reche Martínez, 1991, 14-15 estudia las distintas denominaciones en los tres autores, Teón, Hermógenes y Aftonio, que ella traduce. *Progumnásmata* aparece como término técnico ya en Sópatro (Rabe, 1926, 65.19), más joven que Aftonio, pero del mismo siglo IV.

o suasorias. Entre los romanos, el término se tradujo primero por *primae exercitationes* (Quintiliano), pero cuando Prisciano de Cesarea hizo su traducción de Hermógenes, simplemente tradujo al latín el término que ya se había impuesto en los medios retóricos y tituló su libro *Praexercitamina*, denominación que pervivirá durante la Edad Media y Renacimiento²⁷.

El triunfo del término *progumnásmata* se ha relacionado²⁸ con un cambio en la función de estos manuales; mientras Teón considera que su obra es útil no sólo para el dominio de la retórica, sino también para otros objetivos diversos²⁹, Aftonio se refiere sólo a su utilidad para el arte retórica³⁰ y Nicolao explicita que todos ellos son útiles en alguno de los tres géneros retóricos³¹. Esta limitación al ámbito del entrenamiento del futuro orador tuvo continuidad en los siglos siguientes y aparece reflejada también en el léxico *Suda* (s. X), en el cual los *Progumnásmata* de Aftonio³² se conciben como una preparación a los más complicados trabajos de Hermógenes. En la misma línea, Doxápatres (s. XI) explica el título *Progumnásmata* afirmando que si las declamaciones públicas sobre temas ficticios son *gumnásmata* («ejercicios»), los ejercicios de Aftonio, que se practican antes, son *progumnásmata*, es decir, preliminares a ellos. Hay que constatar, no obstante, que los ejercicios preliminares siempre estuvieron dedicados a enseñar la técnica de composición de un discurso, y que la imposición de este nombre debe también relacionarse con la preponderancia absoluta que la educación en retórica tuvo en la escuela durante la época imperial y mantuvo durante la época bizantina.

Hacia finales del siglo I a. C., como muy tarde, los estudiantes de las escuelas de gramática y de retórica de Grecia y Roma practicaban la composición escrita según el modelo de los *progumnásmata*³³. Este sistema de enseñanza consistía en practicar por separado distintos tipos de composición escrita, por ejemplo, una descripción, en la idea de que este seccionamiento facilitaba el aprendizaje de cada una de las partes que integraban los discursos de los tres géneros de la retórica. Efectivamente, la teoría aristotélica de los tres géneros retóricos pervive en la época imperial, de manera que las declamaciones escolares eran de dos tipos: judiciales (*hupothéseis dikaikaí, controversiae*) o deliberativas (*hupothéseis sumbouleutikaí, suasoriae*) según que se pidiera al alumno que desarrollara en su discurso o bien situaciones ambiguas, susceptibles de más de una interpretación, que tenían relación

²⁷ Vid. Kennedy, 1983, 55 y Hock & O'Neil, 1986, 12-13.

²⁸ Vid. Hock & O'Neil, 1986, 13-15.

²⁹ Vid. 60.16 ss., Spengel: la anécdota tiene una utilidad moral, la prosopopeya sirve para la historia y la poesía, así como para el trato cotidiano entre la gente.

³⁰ Vid. 10.18-18 Rabe.

³¹ Vid. 5.12-18 Felten. Además, en cada uno de los ejercicios apunta a qué género o géneros de la retórica aportan práctica.

³² Vid. s. v. Ἀφθόνιος, 1432, 10-11 Adler.

³³ Vid. Bonner, 1984 (1977), 329 y Kennedy, 2003 (1980), 47.

con alguna ley, real o imaginaria, como el ser desheredado en condiciones inverosímiles, el ser raptado por piratas, el haber sufrido una violación, etc.; o bien que, metiéndose en la piel de un personaje histórico o mitológico, expresara en palabras la reacción de éste ante una situación dada³⁴. A su vez, la práctica en estos dos tipos de declamaciones procuraba entrenamiento para el tercer género retórico, el epidíctico o panegírico, que fue el más relevante en la época, el que se cultivaba en ocasiones cívicas o de puro lucimiento personal³⁵.

El entrenamiento se iniciaba proponiendo al alumno que compusiera determinados ejercicios, unos más sencillos, como la fábula (*múthos*), el relato (*diégema*), la anécdota (*chreía*), la máxima (*gnóme*) y la confirmación y refutación (*anaskeué, kataskeué*), que se practicaban en la etapa de formación intermedia; otros más complicados, como el lugar-común (*koinòs tópos*), el encomio (*enkómion*), la comparación (*súnkrisis*), la etopeya (*ethopoía*), la descripción (*ékphrasis*), la tesis (*thésis*) o la propuesta de ley (*nómou eisphorá*), que se reservaban para la etapa de educación superior. En las fábulas, los relatos y las anécdotas, que el alumno ya conocía del nivel primario, en donde los habría copiado o aprendido de memoria, la tarea consistía en reproducirlos con sus propias palabras, explicarlos y expandirlos en ensayos cortos, en los que se confirmaba su validez o se les refutaba³⁷. Después se practicaba el lugar-común, que implicaba la práctica del elogio o del vituperio, y la comparación; ambos ejercicios requerían el uso de la técnica de la amplificación. La prosopopeya, que consistía en hablar como un determinado personaje histórico ante una situación clave de su vida, suponía un trabajo de observación y descripción psicológica y moral (*páthos* y *êthos*), que tan útil resultaría al futuro orador para saber conectar con su público. Después, se practicaba la descripción y, por último, se desarrollaba la capacidad de argumentar tanto a favor como en contra, por medio del ejercicio de la tesis y de la discusión en torno a una propuesta de ley o a una ley ya establecida. De esta manera los alumnos aprendían de una manera progresiva³⁸ y organizada el modo en que se realizaba una narración, se amplificaba, se alababa o criticaba, se comparaba, se aprobaba

³⁴ Vid. Clark, 1977, 213 ss. Kennedy, en Porter, 1997, 49, apunta que entre los retóricos griegos la distinción entre los dos tipos no era tan estricta como entre los latinos y frecuentemente las *melétai* se clasificaban simplemente entre las que tenían tema histórico y las que tenían tema ficticio, a las que más tarde se llamaría *plásmata*. Marrou, 1976, 304 y Reardon, 1971, 76, remarcan el carácter ficticio de las *melétai*, su alejamiento de la realidad, ya fueran de un tipo, ya de otro.

³⁵ Para este género de la oratoria resultaban especialmente útiles el encomio y al vituperio, así como la comparación, por medio de la cual se contrastaba el sujeto que se elogiaba con un personaje relevante del pasado con vistas a engrandecer aquél. Ya hemos mencionado (vid. p. 61 y n. 174) la importancia de los tratados atribuidos a Menandro el Rétor para el conocimiento de los discursos epidícticos.

³⁶ Adoptamos esta traducción, siguiendo una práctica de Kennedy, 2003, para distinguir el ejercicio preparatorio de otros sentidos que tiene *koinòs tópos*; vid. n. 184 de la traducción de *Los Progumnásmata* de Nicolao.

³⁷ Vid. en Teón (Spengel), 76.5 ss. (fábula), 93.5 ss. (relato) y 104.15 ss. (anécdota).

³⁸ El orden en que estos ejercicios se practicaban aparece a menudo justificado en los manuales de *Progumnásmata*: vid. el orden que siguen Teón, Hermógenes, Aftonio y Nicolao en p. 84.

o refutaba algo que le era propuesto por el profesor, ya que el tema libre no existía en estas escuelas. Se iban trabajando, de este modo, las distintas partes de los tres tipos de discurso que existían, y se iba capacitando al estudiante para la composición de las diferentes *melétoi* y, por tanto, para la composición de discursos de los tres géneros existentes³⁹. Así se consideró no sólo en la época imperial, sino también en la bizantina: en Doxápatres se especifica que la práctica de la fábula y de la anécdota sirve para la composición de discursos exhortativos; la de la refutación, confirmación y lugar-común para los discursos judiciales y la del encomio, el vituperio o la comparación para los discursos de elogio; además, se apunta que la fábula aporta práctica para componer exordios, relatos y descripciones⁴⁰. De este modo, la instrucción que los *progumnásmata* procuraban resultaba especialmente útil para quienes habían de ejercer cargos en la vida pública y debían conocer las tácticas de la expresión oral.

Pero, además, dado que se basaban en el análisis e imitación de modelos elegidos por su calidad, proporcionaban medios para comprender las formas literarias clásicas y constituían un método que facilitaba cualquier tipo de expresión oral o escrita. Efectivamente, aunque habían surgido en medios retóricos y su fin era enseñar a componer un discurso, de hecho, constituían un método para manejar el lenguaje en general y por ello resultaban también útiles para las composiciones literarias, incluida la poesía, la historiografía y la epistolografía⁴¹, en las cuales su influencia es especialmente patente a partir de la época imperial⁴². De la misma manera, la literatura cristiana de la época, desde los Evangelios hasta la patrística, fue modelada por los modos de pensar y de escribir que se aprendían en las escuelas por medio de los *progumnásmata*.

Los tratados de ejercicios preliminares de la época imperial fueron bien conocidos y estudiados durante la época bizantina, periodo en el que, tanto en Occidente como en Oriente se preferían como textos escolares los manuales divulgativos, con reglas claras y fáciles de memorizar⁴³. El más famoso y utilizado fue el de Aftonio, el cual, junto con los tratados sobre la *stásis* y el estilo de Hermógenes, cons-

³⁹ Entre los autores de *Progumnásmata* Nicolao es especialmente cuidadoso en la indicación de la utilidad de cada ejercicio en relación con las distintas partes del discurso y los tres géneros de la retórica.

⁴⁰ Vid. Walz, II, 125.3-126.6.

⁴¹ Vid. Kennedy, en Porter, 1997, 5 y Patillon, 1997, XIX. En opinión de Reardon, 1971, 230: «La poesía en el siglo II, donde no era erudición versificada, parece no haber sido más que una rama, especializada y menor, de la retórica.»

⁴² Vid. Kustas, 1973, 22, n. 1, Reardon, 1971, 75, Bompaire, 1958, 294 ss. y para autores latinos Kennedy, 1983, 56.

⁴³ Y ello en detrimento de las obras más profundas, pero también más complicadas, sobre la materia, como la *Retórica* de Aristóteles o, en el ámbito occidental, *De oratore* de Cicerón; vid. Kennedy, 2003 (1980), 48. La obra de Menandro el Rétor fue también tan popular como los *Progumnásmata*, porque, como éstos, aunque su nivel no era elevado, proporcionaba soluciones prácticas a problemas reales, cuidaba la progresión en el aprendizaje y aportaba ejemplos clarificadores.

tituía el *corpus* de teoría retórica que se estudiaba tanto en la época imperial como en la bizantina⁴⁴.

El manual de Aftonio dio lugar a dos tipos de desarrollos. Por un lado, y puesto que no contenía sólo teoría, sino también un ejemplo de cada uno de los ejercicios preliminares que se estudiaban en él, diversos rétores compusieron siguiendo su ejemplo otros ejercicios prácticos, que tenían la función de servir de modelos para sus alumnos. Algunos de estos *progumnásmata* prácticos se conservan agrupados y atribuidos a autores varios, como Libanio y Nicolao⁴⁵.

Por otro lado, los *Progumnásmata* de Aftonio dieron lugar a numerosos comentarios y escolios. En el siglo IX Juan de Sardes recopiló estos trabajos en sus *Commentarium in Aphthonii Progymnasmata*, obra que ha pervivido hasta la actualidad⁴⁶; gracias a ella conocemos fragmentos de otros autores de ejercicios preliminares de épocas imperial y bizantina⁴⁷, junto a comentarios sobre fuentes retóricas de finales del IV y del V, compuestos con bastante probabilidad en los círculos neoplatónicos atenienses⁴⁸. Referencias breves a ellos aparecen también en diversos escritores de la época imperial y bizantina, y debemos suponer, asimismo, la existencia de una tradición oral entre los profesores de retórica, que utilizarían todo material para la composición que consideraran útil, aun cuando desconocieran su fuente.

Juan de Sardes inicia su comentario de los *Progumnásmata* que recoge asegurando que constituyen un paso preliminar en el aprendizaje de la retórica, razón por la cual él no incluye ninguna discusión sobre la naturaleza de esta disciplina, como se hacía en manuales que trataban de ella⁴⁹; efectivamente, los ejercicios preparatorios son con-

⁴⁴ Doxápatres (s. XI), Rabe, 1931, 140.15, afirmaba ya que estas obras eran más fáciles de entender y más provechosas. El manual de Aftonio se situó en las dos principales clases de manuscritos que contienen a Hermógenes como una enseñanza previa a éste: vid. Kustas, 1973, 23.

⁴⁵ Vid. Hock & O'Neil, 1986, 15. Para Libanio, vid. 8.63-102 Foerster, y para Nicolao I, 272.20-278.3 Walz. Este mismo editor recoge también otros ejercicios prácticos, como los de Doxápatres, vid. II, 282.12-286.6, que exceden el período temporal que aquí tratamos. Sobre los ejercicios prácticos atribuidos a Nicolao, vid. «Los *Progumnásmata* de Nicolao», p. 85.

⁴⁶ Edición en Rabe, 1928. Fragmentos selectos de estos comentarios han sido traducidos por Kennedy, 2003, 173-228.

⁴⁷ Ya hemos apuntado dónde están editados los de época imperial (vid. n. 15). Los de época bizantina se encuentran en Hunger, 1978, 92-120. La teoría de composición de las *anécdotas*, así como diversas prácticas de este ejercicio, tanto de época imperial como de época bizantina, se encuentran editadas y traducidas en Hock & O'Neil, 1986 y 2002. Sobre el ejercicio de la etopeya vid. J. Ureña, 2005 y la bibliografía allí citada.

⁴⁸ Vid. Kennedy, 1983, 55. Este origen puede explicar que los comentarios recopilados por Juan de Sardes no contengan ninguna referencia al cristianismo, mientras que en los que reunió en torno al mismo autor un siglo más tarde Juan el Geómetra aparecen ya ejemplos sacados de Gregorio Nacianceno. La incorporación de escritores cristianos al canon literario fue un proceso paulatino, que se observa con claridad en los de Nicéforo Basílaces, del XII; vid. Kustas, 1973, 25, n. 1 y Kennedy, 2003 (1980), 220.

⁴⁹ Sin embargo, Doxápatres, que escribió un comentario similar en el siglo XI, sí que tiene tal discusión teórica. La introducción de su obra está recogida en Rabe, 1931, 9, 80-155 y el texto en Walz, II, 81-564.

siderados una retórica de bajo nivel (3.7: *mikrà rhetoriké*) e incompletos, porque no conducen a los tribunales o a la iglesia (3.12: *dikastérion è ekklesían*). Sin embargo, durante la época bizantina se supone que el nivel de los *progumnásmata* fue el único al que lograron acceder muchos estudiantes, e incluso que muchos de ellos no pasaron de la práctica de los cuatro primeros, los cuales proporcionaban ya unos conocimientos suficientes como para permitir desempeñar un trabajo en la administración⁵⁰.

La obra de Aftonio fue traducida por Rodolfo Agrícola al latín durante el Renacimiento y, de esta manera, la fábula, la narración, la anécdota, la descripción, la comparación, la prosopopeya y otras formas de composición que se trabajaban en los ejercicios preparatorios fueron combinadas de modos diversos para componer épica, lírica, teatro o historia⁵¹. En el siglo XVI la traducción latina fue reproducida por Reinhard Lorich, con temas suplementarios y notas, de manera que pudo ser estudiada y ejerció su influencia en las escuelas de este siglo y del siguiente, tanto de Europa como de América⁵².

De los cuatro manuales de *Progumnásmata* que se conservan completos, tres, los de Teón, Hermógenes y Aftonio, han sido traducidos al español por M. D. Reche Martínez, pero no así el de Nicolao, que es el que hemos seleccionado para formar parte de esta antología⁵³.

Bibliografía

- ANDERSON, G.: *The Second Sophistic*, London, Routledge, 1993.
- BOMPAIRE, J.: *Lucien écrivain, imitation et création*, Paris, Les Belles Lettres, 2000.
- BONNER, S. F.: *La educación en la Roma antigua*, Barcelona, Herder, 1984 (trad. de J. M. Doménech Parde, Londres, 1977).
- BOULANGER, A.: *Aelius Aristide et la sophistique dans la province d'Asie au II siècle de notre ère*, Paris, De Boccard, 1968 (1ª ed., 1923).

⁵⁰ C. Roueché, en Jeffreys, 2003, 34 ss., al analizar la obra de Kekaumeno (siglo XI), asocia la práctica de estos ejercicios iniciales con un estilo sencillo, que buscaba sobre todo una finalidad práctica, y que se tenía cuando no se había recibido una «educación griega». También Nono aspiraba a que su griego fuera comprensible para los que no habían tenido ese tipo de educación. Este estilo se encuentra en las vidas de santos y en los escritos griegos de la administración destinados a un público amplio con una cultura básica.

⁵¹ Vid. Kennedy, 2003, ix. R. M. Beaton, 1989, 20-5, resalta también la importancia de los *Progumnásmata* para el entendimiento de la literatura bizantina.

⁵² Vid. Bonner, 1984 (1977), 329-330.

⁵³ La obra completa de Nicolao ha sido traducida al francés por F. de Laclos (1999), y al inglés por G. A. Kennedy (2003). También al inglés han traducido Hock & O'Neil (1986) el ejercicio dedicado a la anécdota.

- CLARK, D. L.: *Rhetoric in Greco-Roman education*, 3ª ed., Nueva York, Columbia University Press, 1957.
- DILTS, M. R. y KENNEDY, G. A. eds.: *Two Greek Rhetorical Treatises from the Roman Empire: Introduction, Text, & Translation of the Arts of Rhetoric Attributed to Anonymous Seguerianus and to Apsines of Gadara*, Leiden, Mnemosyne Supplement 168, Brill, 1997.
- ERNESTI, J. C. G.: *Lexicon technologiae Graecorum rhetoricae*, Hildesheim, Georg Olms, 1983 (2ª reimpresión de la edición de 1975).
- FELTEN, J. (ed.): *Nicolaus. Progymnasmata*, Lipsiae, Teubner, 1913.
- FILÓSTRATO: *Vidas de sofistas*, trad. de M. C. Giner Soria, Madrid, Gredos, 1982.
- FOERSTER, R. (ed.): *Libanius. Opera*. VIII, Leipzig, Teubner, 1998 (reproducción de la edición de 1915).
- FRUTEAU DE LACLOS, H.: *Les Progymnasmata de Nicolaos de Myra dans la tradition versicolore des exercices préparatoires de rhétorique*, Montpellier, 1999. Tesis doctoral, dirigida por B. Schouler, Universidad de Montpellier 3.
- GANGLOFF, A.: «Mythes, fables et rhétorique à l' époque impériale», *Rhetorica*, XX, 1, 2002.
- HAMMER, C. (ed.): *Rhetores Graeci*, I, Leipzig, Teubner, 1894, 352-398 (para el *Ars rhetorica (olim sub nomine Cornuti)* atribuida al Anónimo Segueriano).
- HERNÁNDEZ GUERRERO, J. A. y GARCÍA TEJERA, M. C.: *Historia breve de la retórica*, Madrid, Síntesis, 1994.
- HERMOGÈNE: *L' Art Rhétorique*, traducción, introducción y notas de M. Patillon, prefacio de P. Laurens, Paris, L' Age d' homme, 1997b.
- HERMÓGENES: *Sobre las formas de estilo*, traducción de C. Ruiz Montero, Madrid, Editorial Gredos, 1993.
- HOCK, R. F. y O'NEIL, E. N. eds.: *The Chreía in Ancient Rhetoric*: vol. I. *The Progymnasmata*. Atlanta, Scholars Press, 1986; vol. II. *The Chreía and Ancient Rhetoric: Classroom Exercises*. Atlanta, Society of Biblical Literature, 2002.
- HUNGER, H.: *Die hochsprachliche profane Literatur der Byzantiner (Handbuch der Altertumswissenschaft)*, vol. I, Munich, Beck, 1978.
- JEFFREYS, E. (ed.): *Rhetoric in Byzantium*, Oxford, Ashgate, 2003.
- KENNEDY, G. A.: *La retórica clásica y su tradición cristiana y secular, desde la Antigüedad hasta nuestros días*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2003; traducción de P. Garrido y V. Pineda del original inglés, *Classical Rhetoric and Its Christian and Secular Tradition from Ancient to Modern Times*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1980.

- KENNEDY, G. A.: *Greek Rhetoric under Christian Emperors*, Princeton, Princeton University Press, 1983.
- KENNEDY, G. A.: *Progymnasmata, Greek Textbooks of Prose Composition and Rhetoric*, Atlanta, Society of Biblical Literature, 2003.
- KUSTAS, GEORGE L.: *Studies in Byzantine Rhetoric*, Thessalonike, Patriarchikon Hidrymo Paterikon, 1973.
- LAUSBERG, H.: *Manual de retórica literaria*, traducción de J. Pérez Riesco, Madrid, Gredos, 1966-1968.
- MARROU, H. I.: *Historia de la educación en la Antigüedad*, Buenos Aires, Eudeba, 1976 (3ª ed., traducción de J. R. Mayo).
- PERNOT, L.: *La rhétorique de l'éloge dans le monde gréco-romain*, I y II, Paris, Institut des Études Augustiniennes, 1993.
- PORTER, STANLEY E.: *Handbook of classical rhetoric in the hellenistic period*, Leiden, Brill, 1997.
- RABE, H. (ed.): *Rhetores Graeci*, VI, Leipzig, Teubner, 1913, reimp. 1969 (Hermógenes, 1-27).
- RABE, H. (ed.): *Rhetores Graeci*, X, Leipzig, Teubner, 1926 (Aftonio).
- RABE, H. (ed.): *Ioannis Sardiani Commentarium in Aphthonii Progymnasmata*, Leipzig, Teubner, 1928.
- RABE, H. (ed.): *Prolegomenon Sylloge*, Leipzig, Teubner, 1931.
- RACIONERO, Q. (ed.): *Aristóteles. Retórica*, Madrid, Gredos, 1990.
- REARDON, B.: *Courants littéraires des II^e et III^e siècles après J.C.*, Paris, Les Belles Lettres, 1971.
- RECHE MARTÍNEZ, M. D.: *Ejercicios de retórica (Teón, Hermógenes, Aftonio)*, Madrid, Gredos, 1991.
- REDONDO MOYANO, E.: «La articulación textual en los *Progumnásmata* de Nicolao de Mura», *Studia Philologica Valentina*, 7, 2004, 157-220.
- REDONDO MOYANO, E.: «El término *páthos* en los tratados de poética», *El teatro grecolatino y su recepción en la tradición occidental*, Bari, Levante editori, 2006b, 581-618.
- REDONDO MOYANO, E.: «*Êthos y páthos*: los recursos psicológicos para la persuasión en fuentes retóricas griegas», *Retórica y Comunicación. Fuentes antiguas y usos actuales*, Bilbao, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 2006, 25-72.

- ROUECHÉ C.: «The rhetoric of Kekaumenos», en E. Jeffreys (ed.), *Rhetoric in Byzantium*, Oxford, Ashgate, 2003, 23-37.
- SÁNCHEZ SANZ, J.: *Retórica a Alejandro*, Salamanca, Ed. Universidad de Salamanca, 1989.
- SPENGLER, L. (ed.): *Rhetores Graeci*, II y III, Leipzig, Teubner, 1854 y 1856 (Teón: Vol. II, 57-130; Nicolao: Vol. III, 447-498).
- TEÓN, A.: *Progumnásmata*, M. Patillon, G. Bolognesi eds., Paris, Les Belles Lettres, 1997.
- TEÓN. HERMÓGENES. AFTONIO: *Ejercicios de Retórica*, Introducción, traducción y notas de M. D. Reche Martínez, Madrid, Gredos, 1991.
- UREÑA, J.: «El uso de las fuentes literarias, recursos retóricos y técnicas de composición en etopeyas sobre un mismo tema», en E. Amato et J. Schamp eds., *Ethopoia: la représentation de caractères entre fiction scolaire et réalité vivante à l'époque impériale et tardive*, Salerno, Helios, 2005.
- WALZ, C.: *Rhetores Graeci*, I-II, Osnabrück, Otto Zeller, 1968 (reproducción de la edición de 1932-36).
- WEBB, R.: «Praise and persuasión: argumentation and audience response in epideictic oratory», en E. Jeffreys (ed.), *Rhetoric in Byzantium*, Oxford, Ashgate, 2003, 127-135.
- WISSE, J.: *Êthos and páthos*, Ámsterdam, Adolf M. Hakkert, 1989.
- WRIGHT, W. C.: *Philostratus. Lives of the Sophists. Eunapius. Lives of Philosophers*, Cambridge (Massachusetts), London (England), Loeb Classical Library, 1921 (reimpresión de 1998).

1.2. Los *Progumnásmata* de Nicolao

En el léxico *Suda* se encuentran dos entradas con el nombre «Nicolao» que se refieren muy probablemente al mismo personaje, ya que ambos viven en la misma época, estudian en el mismo lugar, tienen la misma profesión y escriben libros sobre retórica⁵⁴; estas noticias, junto con una referencia breve a nuestro autor que se encuentra en la *Vida de Proclo* (10) de Marino son las fuentes de que disponemos para conocer cómo fue la vida del autor de los *Progumnásmata*⁵⁵. Según ellas, Ni-

⁵⁴ Esta duplicidad se debe, según Felten, 1913, XXI-XXVII, a que las noticias sobre Nicolao se habrían tomado de dos fuentes diferentes, una filosófica y otra léxica.

⁵⁵ Vid. Felten, 1913, XXI-XXVIII.

colao habría nacido sobre el 410 en Mura de Licia⁵⁶, que fue también la patria de Proclo; se formó en Atenas, donde recibió las enseñanzas del neoplatónico Plutarco y del sofista Lácares, y posteriormente enseñó retórica en Constantinopla durante los reinados de los emperadores León, Zenón y Anastasio (474-491); es probable que esta enseñanza la impartiera en la escuela de estudios superiores de Constantinopla, a la que suele llamarse «Universidad»⁵⁷; esta faceta de docente es la que le habría llevado a escribir el manual que aquí traducimos. En el primer artículo del *Suda* se le atribuyen προογυμνάσματα, μελέται ῥητορικαί y ἄλλα τινα, es decir, ejercicios preparatorios, declamaciones retóricas y algunos otros libros; aunque estos últimos no se hayan conservado sugieren que su actividad literaria fue grande y en ella, a buen seguro, se fundamentó la gran fama como retórico que había adquirido cuando murió. En el segundo artículo se le atribuye una τέχνη ῥητορικὴ, que no se ha conservado, aunque puede ser idéntica a los προογυμνάσματα citados o haber sido incluida en ellos de alguna forma⁵⁸, y, de nuevo, μελέται.

El texto de los Προογυμνάσματα de Nicolao que nosotros hemos traducido es el que se encuentra en la edición que Joseph Felten publicó en la Teubner en 1913. Este texto procede de dos fuentes fundamentales; por un lado, reproduce un manuscrito de 58 páginas, fechado en el siglo XV, el 11889 del *British Museum*, que contiene unos Νικολάου Σοφιστοῦ Προογυμνάσματα. Pero este manuscrito no recogía la totalidad de los ejercicios tratados por Nicolao, por lo que el editor le añadió otras 21 páginas, que tratan de los cinco ejercicios que faltaban en el manuscrito del *British Museum*, sacadas de material atribuido a Nicolao en diversos comentarios sobre Aftonio de época bizantina⁵⁹, de distinta calidad en cuanto a la forma y al contenido⁶⁰. Esta edición es, sin duda, más cercana al texto original que la de Spengel⁶¹, que es

⁵⁶ Este dato está calculado en base a un encuentro entre Nicolao y su compatriota Proclo; una fecha más tardía que ésta que propone Felten, el año 430, fue defendida por K. Orinsky: Vid. Hock & O'Neil, 1986, 237 y 249, n. 4, y Kennedy, 2003, 129, n. 3. Ofrecemos el nombre de la ciudad, Μύρα, simplemente transliterado; con el iotacismo sería Mira.

⁵⁷ Así cree que fue Kennedy, 1983, 165-67 y 2003, 129.

⁵⁸ Hock y O'Neil, 1986, 237 y 247, n. 9, basándose en Stegemann, creen que el arte que Nicolao cita en la línea primera de su introducción («No inicio este libro, queridísimos alumnos, con la intención de escribir para vosotros un arte retórica») podría ser ésta que aparece en el *Suda*; también Kennedy, 2003, 129, n. 2, apunta que en ocasiones Nicolao indica que va a tratar en otro lugar aspectos de la teoría retórica de un nivel superior al requerido por unos *Progumnásmata*; podría pensarse, entonces, que los *Progumnásmata* serían la primera parte de un corpus retórico más amplio, que incluyera, como el atribuido a Hermógenes, unos ejercicios preliminares y un arte retórica.

⁵⁹ Estos comentarios se encuentran fundamentalmente en dos manuscritos del s. XI, los *Parisini Graeci* 1983 y 2977. Vid. Felten, 1913, XX; en XXXIV se encuentra un listado de todas las fuentes. Para la historia del descubrimiento de estos *Progumnásmata*, Vid. Hock & O'Neil, 1986, 238-239.

⁶⁰ En palabras de Kennedy, 2003, 162: *The accounts of exercises do not follow quite the same order of topics used by Nicolaus in earlier chapters and at times seem to be summaries or restatements of his account in different language*. Vid. también Redondo Moyano, 2004, para un análisis particular de esta diferencia.

⁶¹ *Rhetores Graeci*, 1856, III, 449-498.

anterior al descubrimiento del manuscrito del *British Museum* y está, por tanto, enteramente basada en citas atribuidas a Nicolao que se encuentran en los comentarios a la obra de Aftonio.

Los Προογυμνάσματα de Nicolao son un manual de los habituales en el género, y como tal, sólo se percibe en él la cultura helénica, que con el cristianismo triunfante se había convertido ya en pagana⁶². Está organizado en una Introducción y en doce capítulos, en cada uno de los cuales se expone un ejercicio preparatorio; el orden en que estos ejercicios se disponen, según dice Nicolao, responde a un criterio de dificultad creciente: primero se exponen los más fáciles, luego los más complicados⁶³. Sin embargo, este orden no coincide siempre con el aparece en los otros tres autores de ejercicios preliminares. Además, el propio número de *progumnásmata* varía de unos autores a otros. En el siguiente listado ofrecemos el número de ejercicios y el orden en que aparecen en Nicolao, pero indicamos entre paréntesis, el orden y número que ocupan en los manuales de Teón (T), Hermógenes (H) y Aftonio (A): 1. *múthos*, fábula (2. T⁶⁴, 1. H, 1. A); 2. *diégema* y *diégesis*, relato y narración (3. T, 2. H, 2. A); 3. *chreía*, anécdota (1. T, 3. H, 3. A); 4. *gnóme*, sentencia (1. T, 4. H, 4. A); 5. *anaskeuế*, refutación (3. T, 5. H, 5. A) y *kataskeuế*, confirmación (3. T⁶⁵, 5. H, 6. A); 6. *tópos*⁶⁶, *koinòs tópos*, lugar-común (4. T, 6. H, 7. A); 7. *enkómion*, elogio (7. T, 7. H, 8. A) y *psógos*, vituperio (7. T, 9. A⁶⁷); 8. *súnkrisis*, comparación (8. T, 8. H, 10. A); 9. *ethopoía*, *prosopopoía*, etopeya (6. T, 9. H, 11. A); 10. *ékphrasis*, descripción (5. T, 10. H, 12. A); 11. *thésis*, tesis (9. T, 11. H, 13. A); 12. *nómos*, *nóμου eisphorá*, ley, proposición de ley⁶⁸ (10. T, 12. H, 14. A).

⁶² Este hecho contrasta con el cristianismo que con toda probabilidad profesaba un hermano de Nicolao, de nombre Dioscorio, el cual ostentó dos cargos importantes relacionados con la corte, ya completamente cristianizada, el de educador de los hijos del emperador León y el consulado en el año 442; incluso si se admite que Nicolao era cristiano, este hecho en nada se manifiesta en sus *Progumnásmata*, en los que sí que es apreciable la influencia neoplatónica; vid. Hock & O'Neil, 1986, 237 y 247, n. 9, y Kennedy, 2003, 129.

⁶³ A situar algunos de estos ejercicios en los primeros lugares pudo contribuir otro criterio, el que fueran portadores de enseñanzas morales (vid. n. 93 de la traducción de los Ejercicios preparatorios de Nicolao), ya que los ejercicios situados en primer lugar eran los que aprendían los alumnos a una edad más temprana y, en ocasiones, eran los únicos que se llegaban a practicar; Vid. Roueché, en E. Jeffreys, 2003, 34.

⁶⁴ El orden que apuntamos aquí es el que aparece en la versión armenia, que es el orden originario y el que Patillon reproduce; en Spengel el orden es diferente y recoge las alteraciones que este manual sufrió en la Antigüedad para acomodarlo a los de Hermógenes y Aftonio (fábula, relato, anécdota, lugar-común, encomio y vituperio, comparación, prosopopeya, descripción, tesis y ley). En nuestro trabajo sólo mencionamos los ejercicios que se han conservado escritos en griego, de manera que dejamos fuera de él los que se han conservado sólo en armenio (lectura, audición, paráfrasis, elaboración y réplica) los cuales aparecen recogidos en la edición de Patillon.

⁶⁵ Repetimos aquí el puesto 3, que ya habíamos apuntado para el relato, porque Teón trata la confirmación en relación con él.

⁶⁶ *Tópos* es usado sólo por Teón; todos los demás usan *koinòs tópos*. Vid. la n. 184 de la traducción de los Ejercicios preparatorios de Nicolao.

⁶⁷ Hermógenes no trata el vituperio.

⁶⁸ Vid. n. 290 de la traducción de los Ejercicios preparatorios de Nicolao.

Nicolao trata los siete primeros ejercicios, es decir, los que se conservan en el manuscrito del *British Museum*, atendiendo, primero, al orden que ocupa cada uno de ellos en el conjunto, para pasar luego a su definición (y otros temas relacionados con ésta, como la etimología), a lo que le diferencia de otros ejercicios, a su clasificación en diferentes tipos, a los principios de argumentación en que puede dividirse, a la práctica que proporciona de los distintos géneros de la retórica y partes del discurso y, por último, a aclarar si el ejercicio debe ser considerado como una parte de una composición retórica de mayor extensión o puede, por sí mismo, ser considerado como un todo autónomo. Nicolao dedica a este último apartado, que no se encuentra en los demás tratados de *Progumnásmata*, una gran atención.

Aunque los *Progumnásmata* de Aftonio fueron los más utilizados y comentados en la época bizantina⁶⁹, el manual de Nicolao, que algunos estudiosos consideran el más sólido y maduro de los cuatro⁷⁰, tiene más similitudes con los de Teón y Hermógenes que con el de Aftonio. Además, tiene coincidencias con el manual de retórica conocido como *Anónimo seguieriano*. Felten⁷¹ atribuye estas coincidencias al manual de retórica de Cornuto, ya que, basándose en ideas de Graeven que hoy día se consideran erróneas⁷², pensaba que el *Anónimo seguieriano* era un epítome de la retórica de Cornuto.

Atribuida también a «Nicolao el sofista» se conserva una extensa colección de *progumnásmata* prácticos que en 1832 publicó Walz (I, 266-420) sacados de un manuscrito del siglo XV (*Parisinus graecus* 2918). Aunque Felten (XXVII) supuso que eran de Nicolao de Mura, análisis más recientes⁷³ han puesto en evidencia que algunos de ellos se encuentran en otros manuscritos atribuidos a Libanio, y que en estilo, contenido y teoría retórica están más cercanos a Aftonio que a Nicolao. Por ello, hoy día se considera que no pertenecen al mismo autor que escribió los *Progumnásmata* y se atribuyen a un Pseudo Nicolao⁷⁴.

En nuestra traducción los números entre paréntesis indican las páginas de la edición de Felten; en el texto griego que reproducimos en esta Antología se ha mantenido la paginación que aparece en esa edición, así como las líneas que comprende cada página. Las citas de Teón se hacen siguiendo la edición de Spengel; para las de Hermógenes y Aftonio hemos usado las ediciones de Rabe.

⁶⁹ Vid. pp. 80-81.

⁷⁰ Así Kennedy, 1983, 66.

⁷¹ Vid. Felten, 1913, XXXI-XXXII.

⁷² Cornuto fue un retórico del s. III, mencionado por Siriano y otros retóricos. Hoy día se considera que el *Anónimo seguieriano* es un resumen de las doctrinas de Alejandro, hijo de Numenio, de Neocles y de otros retóricos del s. II, que fue compuesto a finales de este mismo siglo o a comienzos del III, Vid. M. R. Dilts y George A. Kennedy, eds., 1997, X-XV.

⁷³ Vid. un resumen en Hock y O'Neil, 2002, 125 y 198-204.

⁷⁴ Vid. Hock y O'Neil, 1986, 238 y 2002, 198.

Los *Progumnásmata* de Nicolao presentan la siguiente estructura y contenido:

1. Introducción

- Objetivo que el libro persigue: recopilar de fuentes diversas los conocimientos básicos para quien se está iniciando en retórica.
- Justificación de por qué se comienza la enseñanza de la retórica por los *progumnásmata*: procuran ejercicio de aspectos parciales, facilitando el aprendizaje.
- Definición de retórica y su función.
- Géneros de la retórica: judicial, deliberativa y panegírica.
- Partes del discurso (proemio, narración, réplica, refutación y epílogo) y su definición.
- Los ejercicios preparatorios ejercitan tanto en los tres géneros oratorios, como en las cinco partes del discurso.
- Orden en que deben tratarse los ejercicios preparatorios, según su grado de dificultad.

2. Sobre la fábula

- Definición.
- Tipos de fábulas: esiópicas, sibaríticas, lidias, frigias. Diferencia entre éstas y los relatos míticos.
- Fuentes de la credibilidad de la fábula.
- Utilidad de la fábula en los tres géneros de la retórica y en las partes del discurso.
- Definición y uso del epimitio y del promitio.
- Tipo de lenguaje en que debe componerse la fábula: simple y poco alejado del cotidiano.

3. Sobre el relato

- Se coloca en segundo lugar porque es más argumentativo que la fábula.
- Diferencias entre relato y narración. Paralelismo con la distinción entre poesía y poema.
- Tipos de relatos: descriptivos, dramáticos y mixtos. Míticos, históricos, pragmáticos o judiciales, de ficción.
- Partes de la narración: persona, acción, lugar, tiempo, causa y modo.
- Virtudes de la narración: concisión, claridad, credibilidad, gracia, grandeza y uso correcto de las palabras griegas.
- Utilidad del relato en los géneros de la retórica y en las partes del discurso.
- El relato siempre es una parte.

4. Sobre la anécdota

- Discusión sobre el orden en que este ejercicio suele situarse en otros tratados de retórica. Defensa del orden que Nicolao propone. Argumentación en contra de quienes lo sitúan en primer lugar.
- Definición. Diferencias entre la anécdota y el dicho o hecho memorable y la máxima.
- Tipos de anécdotas:
 - (1) En el nivel más general: verbales, prácticas y mixtas. Aunque se dice que algunas se transmiten por su utilidad y otras por su gracia, todas contienen un consejo útil. Por ello, ni las anécdotas ni las fábulas deben ser refutadas.
 - (2) Unas muestran cómo son las cosas, otras cómo deben ser.
 - (3) Unas son simples; otras responden a alguna pregunta.
- La anécdota es siempre una parte de otra unidad mayor.
- Es propia del género deliberativo, pero puede usarse también en el panegírico y en el judicial.
- Proporciona práctica de todas las partes del discurso.
- Consta de las siguientes partes: breve elogio del que habla o actúa, paráfrasis de la anécdota, apreciación de su probabilidad y verdad, (comparación), ejemplos, juicio de los demás y, si es necesaria, una breve exhortación.

5. Sobre la máxima

- Definición. Diferencias y similitudes con la anécdota y lo memorable.
- Tipos de máximas: verdaderas y verosímiles. Simples y dobles. Sin razón o con razón que las explique. Muestran cómo son las cosas y cómo deberían ser. Otros apuntan otras diferencias: unas son órdenes, otras deseos, otras prohibiciones, otras determinación. Además, unas son innobles y otras nobles.
- Proporciona la misma práctica que la anécdota con respecto a las partes del discurso y los géneros de la retórica. La división en secciones es también la misma.
- Es una parte de una unidad mayor, como la anécdota, salvo en casos en los que conteste a una hipótesis completa por medio de la negación.
- Las secciones en que se divide se han mencionado en la anécdota.

6. Sobre la refutación y la confirmación

- Deben situarse tras la máxima. Son útiles en las réplicas, ya que ayudan a refutarlas y a reafirmar nuestro punto de vista.
- Definición. Hay que refutar y confirmar lo verosímil.

- El orden de estos dos ejercicios es indiferente.
- Secciones en que se dividen. Opinión de otros sobre el orden en que deben ejercitarse. Opinión del propio Nicolao.
- Cada parte del relato puede ser tratada según más de un principio de argumentación. Cada principio de argumentación puede ser empleado en todas las partes del relato, buscando variedad por la diferente elaboración. El principio de argumentación más útil es la inconsistencia.
- Se puede argumentar contra el discurso del adversario tomándolo como un todo o dividiéndolo en partes.
- La confirmación tiene los mismos principios de argumentación que la refutación.
- Es un ejercicio útil para la práctica judicial.
- Procura práctica en todas las partes del discurso, salvo del epílogo.
- La refutación y la confirmación son partes del discurso, no discursos completos.
- Los proemios de este ejercicio deben ser más cuidados que los de las anécdotas y máximas.

7. Sobre el lugar-común

- El mejor orden lo sitúa detrás de la refutación y la confirmación, imitando la disposición de los discursos, ya que en la anécdota y en la máxima se aprende la composición de proemios; en el relato, la de las secciones narrativas; en la refutación y confirmación, la de las réplicas y en el lugar-común, la de los epílogos.
- Definición. Explicación de su nombre.
- Es incorrecto hacer una amplificación de las cosas buenas en el lugar-común; debe hacerse en el encomio.
- En el lugar-común sólo deben tratarse las malas acciones para las que la ley establece algún castigo. El resto son objeto del vituperio, que se diferencia también del lugar-común en que se refiere a una persona determinada.
- Tipos del lugar-común: simple, cuando se ataca un único delito; doble, cuando se atacan dos a la vez.
- Aunque el lugar-común llena especialmente la necesidad del epílogo, pueden usarse en él proemios para salvaguardar la cohesión del discurso y para practicar su composición. Estos proemios deben ser adecuados a la naturaleza del tema, teniendo en cuenta cuatro aspectos: la acción, el adversario, los jueces y el propio hablante.
- Después del proemio, la división del lugar-común debe seguir el siguiente orden: alabanza de la acción contraria a la que atacamos en el lugar-co-

mún; demostración de que ésta última es una de las más malvadas, señalando las injusticias que la acompañan; exposición de las comparaciones, realizándolas a partir de lo mayor, de lo menor y de lo igual; sucesos delictivos previos al caso, principio de argumentación que es similar a las acusaciones secundarias de las hipótesis completas y que tiene la misma finalidad de apuntalar la credibilidad de la acusación presente; principios de argumentación finales, eligiendo entre ellos los que convengan al tema; recurso llamado «rechazo de la piedad»; nueva refutación por medio de los principios de argumentación finales y de la *hipotiposis*, que consiste en la descripción vívida de los hechos sucedidos, salvo que sean éstos vergonzosos, en cuyo caso conviene evitarlos, ya que producen más daño a quien los describe que al acusado.

- El lugar-común puede ser una parte de otro discurso o un discurso completo, como sucede en el caso de los segundos discursos.
- Como en los epílogos, el estilo y la representación del lugar común deben ser impactantes y patéticos.
- El lugar-común proporciona práctica en la oratoria judicial y, para aquellos que incluyen en él el elogio de los bienes, también de la panegírica.

8. Sobre el encomio y el vituperio

- El discurso de encomio está dividido en muchos tipos: los discursos de regreso, los dirigidos a generales, los epitalamios, los funerarios, los himnos a dioses ...
- El encomio puede ser parte de otro discurso (deliberativo), o constituir un discurso completo.
- Definición y diferencia del elogio: el encomio es una alabanza extensa de una persona o de un hecho que se realiza en base a méritos reconocidos. El elogio, en cambio, es una alabanza breve.
- El fin del encomio es lo bueno; se llama así por su uso en el festival público (*kômos*).
- En cada uno de los tipos de encomio hay que utilizar una elaboración particular, apropiada al tema que trata. Exposición breve de los principios de argumentación que deben seguirse en el encomio de una persona; no se siguen aquí los tradicionales, que, sobre la base de Platón, estaban organizados en elogio de los bienes del alma (prudencia, justicia, temperancia y coraje), del cuerpo (belleza, fuerza, estatura y rapidez) y de las cosas externas (origen, amigos, riqueza, etc.), sino los que están en vigor: origen, antepasados, nacimiento, crianza, juventud, cosas que hizo, elogio de sus acciones virtuosas y remodelación, también en virtudes, de sus puntos débiles. Las comparaciones ayudan a evitar el estilo excesivamente llano y a dotar al discurso de vivacidad.

- En caso de que fueran posibles réplicas a aspectos particulares de lo elogiado, hay que refutarlas metódicamente.
- El vituperio se divide en los mismos principios de argumentación, partiendo de argumentos y entimemas contrarios.
- La diferencia entre vituperio y lugar-común, que ya ha sido expuesta en este último ejercicio, se repite aquí.
- Los distintos tipos de encomios requieren una elaboración particular, pero son considerados subtipos del género panegírico, ya que la división en tres géneros basada en el tipo de oyente a que el discurso está destinado es la mejor, aunque se constata la existencia de otras divisiones de la retórica que distinguen muchos más tipos.
- El encomio de los seres inanimados se hará siguiendo los mismos principios de argumentación que se utilizan en los de los seres animados, pero adaptándolos a sus características.
- El modo de expresión de los encomios ha de ser cuidado, con gracia, teatralidad y solemnidad.

9. Sobre la comparación

- Defensa de la presencia de la comparación entre los ejercicios preparatorios. Defensa de su situación detrás del encomio. Definición de la comparación.
- La comparación puede ser parte (cuando se utiliza en los encomios y en los lugares-comunes) o todo (cuando se utiliza para comparar la vida virtuosa de dos hombres).
- Los principios de argumentación son los mismos que en el encomio, pero teniendo en cuenta que en la comparación son dobles. La comparación se debe realizar sin restar importancia a la persona o cosa que nos sirve de base para la comparación, que siempre debe aparecer bien apreciada.
- El estilo debe ser majestuoso, teatral y solemne. Este ejercicio proporciona práctica del género encomiástico, pero ejercita también en el deliberativo.
- De las partes del discurso, ejercita la comparación en los proemios, en la narración y en los epílogos.
- Para comparar plantas o cosas por el estilo es posible utilizar el estilo relajado, que permite no recorrer todos los principios de argumentación.

10. Sobre la etopeya

- Se sigue el orden tradicional que coloca la etopeya en este lugar y no después de la tesis, como hacen otros autores. Definición. Explicación de la definición.
- Tipos de etopeyas: éticas, patéticas y mixtas.

- Características de la prosopopeya, según otros autores: la que tiene determinadas tanto las personas como las circunstancias; etopeya: la que inventa todos sus aspectos. Nicolao sigue a quienes consideran etopeya la que tiene personas determinadas y prosopopeya la que inventa los personajes. Ésta última es la que utilizan los poetas.
- Según la opinión predominante se divide en presente, pasado y futuro.
- Debe construirse con frases breves, con concisión y con brevedad.
- Es un ejercicio útil para los tres estilos de la retórica y también para el género epistolar.
- No sólo debe evitarse el estilo periódico, sino también las narraciones que respeten la sucesión cronológica y el carácter argumentativo.

11. Sobre la descripción.

- Defensa del orden en que coloca este ejercicio, que es el acostumbrado en su época, frente a quienes lo colocan detrás de la comparación. Definición. Diferencia entre narración y descripción. Se describen lugares, tiempos, personas, festivales, sucesos. Otra diferencia entre narración y descripción.
- En las descripciones añadiremos todo aquello que contribuya a dotarles de viveza.
- Las descripciones se realizarán conforme a un orden, de lo primero a lo último.
- La descripción contribuye a la parte narrativa del discurso, convirtiéndonos en espectadores de lo narrado.
- Este ejercicio es útil a los tres géneros retóricos.
- El estilo es variado, puesto que tiene que adaptarse a la hipótesis de la que trata.

12. Sobre la tesis.

- La división de este ejercicio ha sido objeto de una gran discusión.
- Definición. Diferencia entre tesis e hipótesis.
- Es un ejercicio propio del género deliberativo y se divide según los principios de argumentación propios del panegírico. Otros, en cambio, utilizan los principios de argumentación finales o bien les dan otros nombres. Pero tales principios se pueden reducir a los que se utilizan en el encomio, aunque es un ejercicio preparatorio propio de la oratoria deliberativa, en la que para exhortar o disuadir se construye la argumentación con alabanzas o vituperios.
- Tras los proemios, se desarrollan los principios de argumentación referidos al origen y los referidos a la práctica del tema que se desarrolla y las ventajas que de él se desprenden.

- Esta división se diferencia de la del encomio en que éste no incluye la réplica, que es obligatoria en la tesis. En ella se examinan los inconvenientes que pueden acompañar al hecho tratado y se refutan por medio de paradigmas o de entimemas. Por medio de paradigmas, a partir de los inconvenientes que resultan de otras actividades, que no disuaden de practicarlas dado que aportan más ventajas que inconvenientes. Por medio de entimemas, exponiendo los buenos resultados que han obtenido quienes han realizado la acción que se trata con éxito.
- La tesis difiere del lugar-común en que el tema que trata es aceptado por todos, mientras en la tesis es discutido. En el primero tratamos de convencer a jueces sobre un asunto del que deriva un castigo legal para la persona que ha cometido una falta; en el segundo sólo se da una investigación de un asunto, de cara a un consejo.
- La práctica de este ejercicio es útil en los géneros encomiástico y deliberativo, y en las tres partes del discurso.
- La tesis es una parte del discurso, salvo que se diga que es completa porque acoge a todas las partes del discurso.
- Las tesis son unas relativas a la naturaleza, y de su investigación se ocupa la filosofía; y otras de naturaleza política, cuya división se ha mostrado aquí.

13. Sobre la propuesta de ley

- Definición. Tipos de leyes: comunes y específicas; las que establecen recompensas por las buenas acciones y las que determinan el castigo de las malas. Diferencia entre ley y decreto.
- Diferencia entre propuesta de ley y lugar-común.
- División de la propuesta de ley: según los principios de argumentación finales, que pueden ser escritos y no escritos. El orden de estos principios se establecerá según la verosimilitud en las hipótesis ficticias y según el deseo del que habla en las verdaderas.
- El ejercicio consiste en una presentación u oposición a las leyes cuando éstas se proponen por primera vez, y en una defensa o acusación de las mismas cuando se examinen al cabo del tiempo.
- Es un ejercicio prototípico del género judicial, aunque podría tener alguna relación con el deliberativo y el panegírico.
- Con este ejercicio se practican los proemios, las pruebas y los epílogos.
- Se encuentra más bien entre los ejercicios que son partes.
- El estilo adecuado es el periódico y dotado de gran fuerza.
- Cierre general de la obra: lo que aquí se ha tratado es todo cuanto debe decirse en una introducción sobre estos temas.

1.3. Traducción

EJERCICIOS PREPARATORIOS DE NICOLAO

1⁷⁵. Prefacio

(1⁷⁶) No inicio este libro, queridísimos alumnos⁷⁷, con la intención de escribir para vosotros un arte retórica⁷⁸ —pues, como han sido muchos los que han compuesto tales artes, no queda, podría decirse, nada por descubrir—, sino que, con el deseo de que os acostumbréis también vosotros a manejar las grandes obras, he reunido en este tratado, tras haberlas recopilado de fuentes diversas, cuantas cosas sé que es necesario que conozcan los que necesitan alguna guía. Por tanto, no hay que extrañarse si cada una de ellas se encuentra también en algún otro autor, en su totalidad y probablemente con las mismas palabras⁷⁹, ni hay que sentir desprecio si en otros libros se encuentran algunas⁸⁰ cosas más, pues aquellos de vosotros que aprendan lo que aquí se trata, serán capaces de comprender también otras cosas más complicadas.

Pues bien, lo primero que hay que analizar es por qué comenzamos por los ejercicios preparatorios. Contestaremos que la retórica ha estado siempre presente de forma natural entre los seres humanos, pero que era difícil de abordar y que su uso no resultaba fácil; por eso no era evidente para todos. (2) Así que distintas personas fueron ocupándose de alguna parte de este arte y transmitieron sus conocimientos a los que venían detrás, y de este modo, poco a poco, se avanzó hacia ciertas divisiones y métodos. Una vez que éstos fueron asimilados, estuvieron ya más claros los beneficios de la retórica, pero, a pesar de ello, a los jóvenes la materia les seguía pareciendo difícil de manejar; pues a los que la practicaban desde los niveles más bajos y sin interrupción no les resultaba fácil ver todas las cosas reunidas en ella. Y por ello surgió la práctica de los ejercicios preparatorios, pues en ellos no nos ejercitamos en la totalidad de la retórica, sino en cada una de sus partes individualmente.

⁷⁵ Esta numeración en capítulos es nuestra; en el original griego sólo aparecen los títulos. De los cuatro libros de *Progumnásmata* conservados, sólo el de Teón y éste de Nicolao contienen una Introducción. La de Teón está dividida en dos grandes apartados, (1) en el que se indica el propósito del libro y se presentan los ejercicios, indicando la utilidad de cada uno y el orden en que deben ser enseñados (59.1-65.26, Spengel); (2) en el que se dan pautas pedagógicas para la utilización concreta de los ejercicios (65.30-72.27). Nicolao (vid. el esquema de la Introducción que presentamos en la p. 86) trata también esos puntos.

⁷⁶ Estos números entre paréntesis indican las páginas de la edición de Felten.

⁷⁷ Es destacable que, mientras Teón, como Hermógenes y Aftonio, se dirige a los profesores de retórica como destinatarios del libro, en cambio Nicolao lo destina directamente a los alumnos; en 1.2 estos alumnos son *paídes*, pero en 2.5 los destinatarios de los ejercicios preparatorios son *néoi*; efectivamente estos ejercicios se practicaban de los doce años en adelante; por eso hemos preferido la traducción «alumnos».

⁷⁸ En griego los manuales de retórica llevaban este nombre; el término «arte» implicaba la teorización de una materia dirigida a una finalidad práctica, vid. Racionero, 1990, 162, n. 2.

⁷⁹ Aunque Nicolao no cita sus fuentes, parece claro que se trata de distintos tratados de retórica de nivel más elevado, con los que tendrían que enfrentarse más tarde los alumnos que continuaran el aprendizaje de esta materia.

⁸⁰ Seguimos aquí a Felten y Fruteau de Laclos, que interpretan *tina* de 1.12 como «cosas diferentes a las que se dicen en este libro». Nicolao estaría explicando aquí el carácter básico de su manual, que recogería sólo lo elemental.

¡Adelante, pues! Aprendamos en primer lugar qué es la retórica, ya que unos la han definido de una manera y otros de otra, y Diodoro⁸¹ así: «La retórica es la capacidad⁸² de buscar y de expresar con ornato los medios de persuasión posibles a lo largo de todo el discurso». ¿Qué es una «capacidad»? Es algo neutral, que es posible utilizar o bien o mal, como la riqueza, la fuerza o una daga; pues uno podría usar estas cosas tanto para bien como para mal. Pues bien, a la retórica por eso la llamamos también «capacidad», porque podría usarse ya para bien ya para lo contrario; y «de buscar» y (3) «de expresar», porque la tarea del orador es ésta: en cada problema que se le proponga, pensar las cosas que hay que decir y disponerlas y expresarlas lo mejor posible. Se añade «de los medios de persuasión posibles a lo largo de todo el discurso» a causa del fin de la retórica, puesto que su fin es hablar persuasivamente según lo apropiado a cada caso. Así que ésta es la definición: «La retórica es la capacidad de buscar y expresar con ornato los medios de persuasión posibles a lo largo de todo el discurso». Su función es pensar qué debe decirse en cualquier problema que se le proponga, y disponerlo y expresarlo de la mejor manera posible. Su fin no es persuadir en todas las ocasiones, sino hablar convincentemente según lo apropiado a cada caso. Por eso Gorgias la define también como «el artesano de la persuasión»⁸³. Se llama «retórica» o bien a causa de que se habla con fluidez o bien porque el orador habla a favor de la ley; pues *rhêtra* es en dorio «ley»⁸⁴.

⁸¹ La lectura del manuscrito y de los escolios es Diodoro, pero, como se trata de un autor desconocido, Felten lo sustituyó por Teodoro, citado en Quintiliano en 2.15.16, como autor de la siguiente definición, muy similar a la que da Nicolao: «(La retórica) es la fuerza para encontrar y decir con ornato en todo discurso lo que puede ser creíble» (trad. de Ortega Carmona). Sin embargo, también en Quintiliano Teodoro, que ha sido identificado habitualmente con el de Gádara, maestro de Tiberio, es una corrección por Eudoro, que los editores más recientes mantienen. Además, un poco más adelante, en 2.15.21, Quintiliano atribuye a Teodoro de Gádara una definición («Retórica es el arte que encuentra, juzga y expresa en conveniente ornato, de conformidad con la importancia de lo que en cada cosa puede tomarse como persuasivo, en asuntos civiles»; trad. de Ortega Carmona) menos semejante a la de Nicolao. Por ello, Kennedy (1983, 68, n. 14) mantiene la lectura Diodoro de los manuscritos y piensa que éste pudo haber sido algún profesor suyo (2003, 131, n. 5). En cambio, Fruteau de Laclos mantiene Teodoro siguiendo a Felten, si bien cree que se trata de Teodoro de Bizancio. En todo caso, la definición de Nicolao es también similar a la que se encuentra en la *Retórica* de Aristóteles, 1.2.1: «Entendamos por retórica la facultad de teorizar lo que es adecuado en cada caso para convencer» (trad. de Racionero).

⁸² El término griego es *dínamis*, que indica la capacidad, facultad o poder de hacer algo. Esta capacidad es *heuretiké*, es decir, «de invención». La *héuresis*, latín *inventio*, era una de las tareas del orador (*officia oratoris*) establecida por Aristóteles, que consistía en la búsqueda o invención de los recursos que se usarían en el discurso para persuadir. Aristóteles estableció otras dos tareas, la *táxis* o *dipositio*, en la que los recursos hallados en la *inventio* se organizaban en el plano sintagmático del discurso y la *léxis* o *elocutio*, en la que se buscaban los medios de expresar lingüísticamente los recursos hallados y organizados en la estructura del discurso. El sistema clásico comprende otras dos tareas más, la *hupókrisis* o *actio* introducida por Teofrasto y la *mnême* o *memoria* introducida por un rétor desconocido; vid. Wisse, 1989, 13 y 14.

⁸³ Platón, *Gorgias*, 453 a.

⁸⁴ «Con fluidez» es la traducción de *rhúden*, adverbio de la misma raíz que *rhéo*, «fluir» (Aor. *errá-en*), que guarda alguna semejanza fonética con *rhetoriké*. Sobre la etimología de esta palabra y de *rhêtra*, vid. A. López Eire, 1988, 61-69. El término *rhétor* se utiliza tanto para designar al orador como al teórico de la retórica.

Se divide la retórica, en el nivel más general, en estas tres especies: judicial, deliberativa y panegírica⁸⁵. Se caracteriza a cada una de ellas por las personas que están presentes, ya que los oyentes se han reunido o para emitir un juicio o para deliberar sobre algo o para celebrar una fiesta cívica. (4) Es específico de la judicial todo lo relativo a la acusación y la defensa, y su fin es lo justo; de la deliberativa, la exhortación y la disuasión, y su fin es lo conveniente; de la panegírica, también llamada epidíctica, el encomio <y la invectiva>, y su fin es lo honorífico.

Las partes del discurso son cinco: proemio, narración, réplica, refutación y epílogo. El proemio es la parte del discurso que prepara al oyente y le predispone favorablemente para la parte del discurso que viene a continuación; la función del proemio y su fin —pues algunos han considerado que es lo mismo⁸⁶— es procurarse atención, receptividad y benevolencia. La narración⁸⁷ es la exposición de los hechos en la hipótesis⁸⁸, que se inclina a favor de la parte del que habla o que se realiza de cara a la conveniencia del que habla; esto último se especifica porque la única narración que existe es la que se da en los tribunales de justicia en torno a hechos que son discutibles⁸⁹. O bien se define así: «exposición de los hechos sucedidos o de la idea que se tiene sobre los hechos sucedidos»; su función y su fin es proporcionar al oyente una relación y una clarificación del asunto del discurso. La réplica (5) es una objeción que parte de la persona del adversario, la cual está dirigida a acabar con nuestra credibilidad y a conducir al oyente a un pensamiento más especioso. La refutación es la que subsana el daño hecho por la objeción, reconduce al oyente a su posición previa y le convence para que dé su aprobación a la cuestión que se plantea. El epílogo es la parte del dis-

⁸⁵ Esta clasificación hecha en base al destinatario del discurso se remonta a Aristóteles, *Retórica* 1358.a.34 y ss., que tuvo como precursor, según Quintiliano, 2.21.23 y 3.4.1 y 9, a Anaxímenes de Lámpsaco, el autor de la *Retórica a Alejandro*.

⁸⁶ Efectivamente, es *télos* o «función» en la definición del *Anónimo sequeriano*, Spengel, I, 428, 20-21, pero es *érgon* o «fin» en Rufo de Perinto, Spengel, I, 463, 19-22.

⁸⁷ El término que aquí aparece es *diégesis*, con el que se designa, habitualmente, la parte del discurso; sin embargo, el ejercicio preparatorio destinado a narrar se llama *diégema*: vid. la n. 110.

⁸⁸ *Hupóthesis* es un término técnico que hemos preferido no traducir. La distinción entre *hupóthesis* y *thésis* se remonta a Hermágoras de Temnos (II a. C.). Éste agrupó dentro del ámbito de las competencias retóricas con el término «tesis» las cuestiones generales, que en principio eran dominio únicamente de la filosofía pero que, a través de la educación, penetraron también en el campo de la retórica. La *thésis* son cuestiones teóricas, concernientes a clases de individuos o situaciones típicas; se corresponden a los *tópoi* o lugares comunes aristotélicos y entre los latinos son el *genus infinitum, quaestio infinita, communis* o *generalis* o, simplemente, *quaestio*, para distinguirla de la *causa*, nombre con el que se designaba a la *hupóthesis*. Ésta se refería a pleitos, causas o demandas judiciales concretas, es decir, a casos particulares referentes a personas, rodeados de determinadas circunstancias, en un lugar y tiempo concretos; coincide con lo que Aristóteles entendía por *tópoi* o lugares específicos y los latinos designaban también como *genus definitum, quaestio finita* o *quaestio specialis*, vid. Lausberg, 1966-68, § 69-75.

⁸⁹ A pesar de esta afirmación, acabamos de leer que el discurso en general, y, por tanto, todos los discursos, tienen narración; efectivamente, en el tercer capítulo de su obra Nicolao estudia la narración en las tres especies o géneros de la retórica. La afirmación que aquí se hace se debe a que es en el género judicial donde era más frecuente que se expusieran dos versiones diferentes del mismo hecho, que resultaba, por tanto, especialmente «discutible».

curso que sigue a las demostraciones ya expuestas, proporcionando un resumen de los temas, de los caracteres y de las pasiones⁹⁰. La función de éste, dice Platón⁹¹, es que los oyentes, al final del discurso, hagan memoria de lo que se les ha dicho.

Hemos hecho esta división para que quede claro el provecho que se deriva de los ejercicios preparatorios. Efectivamente, unos nos ejercitan sobre el discurso judicial, otros sobre el deliberativo y otros sobre el tercero, el panegírico. Y, a su vez, unos de estos ejercicios enseñan el empleo de los proemios, otros el de los relatos, otros el de las argumentaciones en las réplicas y refutaciones, y los hay que enseñan también el de los epílogos.

Hay que hablar de cada ejercicio preliminar en particular; y en primer lugar sobre la fábula. Pues de la misma manera que los que se ocupan de estos temas inventaron (6) la práctica de los ejercicios preparatorios para contrarrestar la dificultad de las hipótesis completas⁹², así también colocaron la fábula en primer lugar entre ellos, en la idea de que por naturaleza carecía de complicación y era más simple que los otros, y en la idea de que tenía alguna relación con los poemas; cuando los jóvenes pasan de éstos a la retórica, no deben encontrar de ningún modo demasiadas cosas extrañas e inusuales⁹³. Por tanto, se debe hablar primero sobre la fábula.

2. Sobre la fábula⁹⁴

La fábula es un discurso falso que representa la verdad gracias a que está construido de manera creíble⁹⁵. El discurso es falso, puesto que de común acuerdo se

⁹⁰ Esta definición aparece también en el *Anónimo sequeriano*, atribuida a Neocles (Spengel, I, 453, 2).

⁹¹ *Fedro* 267.d, donde, no obstante, no se le llama epílogo, sino *epánodos*.

⁹² Las «hipótesis completas» son las declamaciones sobre temas judiciales y deliberativos; vid. Kennedy, 2003, 133, n. 12. Fruteau de Laclous traduce *causes définitives*. En todo caso, se trata de discursos completos, referidos a casos particulares y destinados a la declamación.

⁹³ Nicolao utiliza aquí argumentos puramente pedagógicos para situar la fábula en primer lugar, y en esto se muestra original con respecto a los demás autores de ejercicios que argumentan razones morales que nuestro autor cita también más adelante (9.8); vid. Fruteau de Laclous, 1999, 225. Puesto que estos ejercicios estaban dirigidos a adolescentes y jóvenes, la preocupación por la enseñanza moral es constante en ellos; en concreto Hermógenes, comienza su manual con la fábula y en sus primeras líneas justifica este orden argumentando su valor moral, en la idea de que hay que modelar los espíritus cuando aún son tiernos.

⁹⁴ La fábula era un género literario autónomo, con unas características compositivas bien establecidas (situación en el pasado, mítico en ocasiones; personajes caracterizados; recreación de un microuniverso verosímil; existencia de una narración y una moraleja; estilo sencillo, cercano al popular). Su uso para textos retóricos es antiguo, dado que el relato seguido de una moraleja funcionaba a modo de una argumentación en la que, a partir de un ejemplo, se inducía una verdad general. Aristóteles (*Retórica* 1393.b.22 ss.) cita dos pruebas por persuasión comunes a todos los géneros, el ejemplo y el entimema; y dos tipos de ejemplos, los históricos y los inventados y, entre éstos, otros dos tipos, la parábola y las fábulas, a las que denomina *lógoi (muthikoi)*. La facilidad de inclusión de la fábula en otro texto y su carácter moral contribuyeron a que fuera incluida entre los *progumnásmata*, donde con toda probabilidad las características de este género fueron teorizadas por primera vez; vid. Patillon, 1997, XLIX ss.

⁹⁵ Esta definición es idéntica a la que aparece en Teón (72.28 Spengel), con el añadido «gracias a que está construido de manera creíble», que aparece también en Aftonio (1.6 Rabe) y en Sópatro (edición

compone a partir de algo ficticio; pero representa la verdad, puesto que no cumpliría su función si no tuviera alguna semejanza con la verdad⁹⁶. Y puede hacerse semejante a la verdad a partir de la credibilidad que emana de la invención. Se llama *múthos* a partir de *múthesthai*, que significa precisamente «hablar»⁹⁷, no porque en los demás ejercicios preparatorios no hablemos, sino porque aprendemos a hablar en público por primera vez gracias a él. Algunos lo han llamado también *ainon*⁹⁸ por la moraleja que conlleva.

Las fábulas son llamadas unas «esiópicas», otras «sibaríticas», otras «lidias», otras «frigias», (7) nombres que se les dan a partir de ciertos lugares o personajes. Las sibaríticas son aquéllas en las que participan únicamente animales racionales, las esiópicas aquéllas en las que intervienen animales racionales e irracionales, las lidias y las frigias aquéllas compuestas sólo con animales irracionales⁹⁹. Hay también algunas fábulas en las que participan dioses, como, por ejemplo, «Hera convive con Zeus», las cuales, en mi opinión, encajan mejor en los estudios de filosofía, ya que gracias a ellas es posible entender las alegorías que contienen¹⁰⁰. Hay que saber también que algunos no llaman a las fábulas en las que intervienen dioses fábu-

de Aftonio, 59.2 Rabe). Debido a esta coincidencia en la definición y a que la doctrina que aparece en Aftonio no parece depender de la de Teón, Patillon (1997, LIV) supone que esta definición se remontaría a los orígenes de la teoría de los *progumnásmata*.

⁹⁶ Esta analogía con la verdad es lo que permite que las fábulas sean utilizadas, ya desde Aristóteles (*Retórica*, II.20; 1393.a.22 ss.), como pruebas de persuasión, entre los ejemplos (*parádeigma*).

⁹⁷ Efectivamente, «hablar» es una de las acepciones de *múthesthai*, que también significa «conversar», «referir», «contar»... De la misma manera, *múthos*, además de «mito» (significado con el que aparece en nuestro texto en 9.3), es «palabra», «dicho», «discurso»... Teón (73.30 Spengel) se apoya en la autoridad de Platón (*Fedón* 60.c-61.b) cuando glosa *múthos* con *lógos*. En los ejercicios preparatorios *múthos* se utiliza como término técnico, con el significado de «fábula». Sobre el uso de mitos y fábulas particularmente en los *Progumnásmata* de Teón y de Hermógenes y en *Sobre el estilo* también de Hermógenes, vid. Gangloff, 2000, 25-56.

⁹⁸ *Ainon* tiene acepciones variadas, como «cuento», «historieta», «consejo» (vid. Patillon, 1997, 138, n. 177 y la bibliografía allí citada); éste último significado es el que tiene en este texto, a juzgar por el contenido que se le atribuye. El término aparece también en Teón (73.27 Spengel), donde Reche Martínez (74, n. 91) lo traduce por «cuento», y aporta la noticia de un esolío en el que se define como un tipo de fábula en la que intervienen animales o árboles; en todo caso, la traductora advierte que los términos que utiliza para designar las fábulas son sólo aproximados y no encierran el mismo significado que en nuestros días. Patillon (1997) y Kennedy (2003) sólo transliteran el término, como nosotros hacemos.

⁹⁹ En la atribución de diferentes características a los distintos tipos de fábulas Nicolao difiere de los demás autores de *Progumnásmata*; para Teón, Hermógenes y Aftonio con estos nombres sólo se indica su origen; Teón (73.10 ss., Spengel) rechaza explícitamente que se puedan clasificar según la aparición en ellas de animales, personas, etc., argumentando que en todas se encuentran todos los tipos.

¹⁰⁰ En la época imperial en general, y entre los neoplatónicos en particular, los mitos mantenían su prestigio como fuentes del conocimiento del mundo, si bien no se tomaban ya al pie de la letra, sino que se consideraban alegorías que debían ser estudiadas para extraer el significado que encerraban.

las, sino relatos míticos¹⁰¹, y no las distinguen de los discursos que tratan sobre metamorfosis y temas similares. Sea cual fuere su nombre, serán los filósofos quienes revelen las alegorías que contienen. Nosotros vamos a ocuparnos de lo que es creíble o increíble en un discurso público.

Puesto que se ha dicho que la fábula debe construirse de manera que sea creíble, hay que examinar de dónde puede surgir esta credibilidad. Y puede surgir de múltiples orígenes: de los lugares en donde suelen habitar los animales que intervienen en el discurso; de las ocasiones en las que les gusta aparecer; de las palabras que son acordes a la naturaleza de cada uno; de las acciones que no exceden las propias de la especie de cada uno, de manera que no digamos que un ratón aconseja sobre la realeza de los animales (8) o que un león es atraído por el olor del queso; y, en caso de que sea necesario atribuirles palabras, de manera que la zorra hable con astucia, pero las ovejas de un modo simple y lleno de estulticia; pues así son sus respectivas naturalezas; y de manera que el águila sea presentada como depredadora de cervatillos y de corderos, pero el grajo no aparezca ni siquiera maquinando algo parecido. Y en caso de que hubiera alguna vez necesidad de inventar algo impropio de su naturaleza, hay que planificarlo de antemano y relacionarlo con el propósito de la fábula; por ejemplo, si se diera el caso que un rebaño conversara amigablemente con lobos, hay que planificar de antemano esa amistad y demás cosas similares.

Hemos dicho que los ejercicios preparatorios son, unos del género deliberativo, otros del judicial y otros del panegírico. Pues bien, la fábula pertenece claramente al deliberativo, ya que con ella exhortamos para el bien o disuadimos de los errores. Pero, además, algunos han considerado que la fábula es también útil para la práctica de los tres géneros: «en tanto que», dicen, «exhortamos o disuadimos, está cuidado lo característico de la deliberación; en tanto que atacamos los delitos, el aspecto judicial está a salvo; y en tanto que nos servimos de una expresión lingüística clara y (9) avanzamos con sencillez haciendo a la vez elogios, no nos apartamos del género panegírico. Es más, también existe la costumbre», dicen, «de incluir *múthoi*¹⁰² en las hipótesis panegíricas¹⁰³». Y, debido a esto, son quienes sostienen esta opinión los que le otorgan el primer lugar entre los ejercicios, «puesto que», dicen,

¹⁰¹ *Muthikà diegémata*, 7.9. Sobre la diferencia entre fábula, como ejercicio preliminar, y relato mítico, vid. Gangloff, 2002, 32-34, 36 y 55. Vid. también, en el propio Nicolao, 13.14.

¹⁰² No hemos traducido el término porque aquí puede hacer referencia tanto a las fábulas como a los mitos. Kennedy, 2003, 135, n. 17, apunta que el *Busiris* de Isócrates puede ser tomado como un ejemplo temprano del uso que aquí se menciona.

¹⁰³ Se exponen resumidas aquí dos corrientes de opinión: la que se remonta a Aristóteles, (*Retórica* 1393.b.22 ss., que hemos expuesto en la n. 94), según la cual la fábula es útil como prueba en los tres géneros de la retórica (aunque los ejemplos que él aporta son siempre del género deliberativo), y la que constataba que se usaban sólo en los discursos panegíricos de la época. Esta amalgama explica, en opinión de Fruteau de Lacos, 1999, 233-234, la aparente contradicción que se encierra en ellas.

«nos ejercita en las tres partes de la retórica.» Pero está claro que pertenece al género deliberativo, y nadie podría albergar dudas sobre ello, ya que, además de su poder de seducción de las almas¹⁰⁴, resulta útil a los que persuade, ya que los aparta del mal, les aconseja aspirar al bien y con dulzura¹⁰⁵ les habitúa a aprovecharse de su utilidad.

La fábula puede contribuir también –dado que son cinco las partes del discurso– al aprendizaje de la narración: efectivamente, en el propio proceso de su composición, aprendemos cómo hay que narrar lo sucedido.

Un epimitio¹⁰⁶ es una parte del discurso (10) que se añade a la fábula y que pone en claro su utilidad. Esto se consigue de tres maneras, paradigmáticamente, entimemáticamente o prosfónéticamente¹⁰⁷. Paradigmáticamente, por ejemplo: «esta fábula nos enseña a hacer algo o a no hacerlo.» Entimemáticamente, cuando hablemos así: «Efectivamente, el que no haga esto, es digno de crítica.» Prosfónéticamente, por ejemplo: «También tú, hijo mío, mantente alejado de esto o de esto otro.» Algunos colocan el epimitio al comienzo y lo llaman promitio. Pero quienes hacen divisiones más sensatas y consecuentes, consideran que es absolutamente necesario colocarlo al final de la fábula, diciendo que «si hemos inventado la fábula porque los jóvenes no aceptan fácilmente los consejos explícitos, con la finalidad de que, seducidos y engañados por la dulzura contenida en la fábula, escuchen entonces la moraleja, cómo no va a ser necesario colocar el epimitio que se desprende de ella detrás de la fábula? (11) Puesto que, si aceptan la moraleja de otro modo, el uso de la fábula resulta superfluo».

El lenguaje debe ser bastante simple, carente de artificios y alejado de toda estridencia y expresión periódica¹⁰⁸, de manera que el consejo sea claro y que lo que se dice no parezca ser más elevado de lo que corresponde a los personajes dibujados, especialmente cuando en la fábula intervengan animales irracionales. En general, el

¹⁰⁴ El término *psuchagogía* es el que utilizó Platón, *Fedro* 216.a, para definir la retórica.

¹⁰⁵ La *glukútes* (*suaúvitas*) hace referencia al modo de exposición, cuando éste es sencillo, carente de períodos y de razonamientos; vid. Ernesti, 1985, *ad locum*. Debido a estas características, la materia expuesta con *glukútes* llegaba a todo el mundo y por ello es especialmente adecuada para las anécdotas y las fábulas, que eran los primeros ejercicios que se practicaban. Es también el estilo característico de las narraciones míticas.

¹⁰⁶ En griego *epimúthion*, es decir, «lo que se añade al *múthos* o fábula»; como término técnico que es, hemos preferido transliterarlo, al igual que *promúthion*, promitio, «lo que antecede a la fábula», que aparece unas líneas más abajo. Eso mismo hace Reche Martínez con ambos términos en su traducción de Aftonio (2.1). Fruteau de Laclos, en cambio, traduce el primero por *la morale* y sólo translitera el segundo.

¹⁰⁷ Con estos tres términos, que aparecen ejemplificados a continuación, se indica que la fábula se utiliza como un ejemplo, o como medio para sacar una determinada conclusión o, finalmente, para dar un consejo a alguien determinado. Sobre el ejemplo y el entimema, vid. n. 151 y 150.

¹⁰⁸ La expresión periódica está relacionada de manera especial con la presentación de los argumentos, y, por tanto, se encuentra muy lejos de la simplicidad expositiva que es propia de la fábula.

modo de expresión debe tender hacia lo más simple y desviarse poco del lenguaje cotidiano¹⁰⁹.

3. Sobre el relato

Después de la fábula hay que situar el relato, en la idea de que es ya más argumentativo que la fábula, pero más simple que los demás ejercicios preparatorios. Relato es, como ha quedado dicho ya un poco antes¹¹⁰, una exposición de hechos sucedidos o que se cree que han sucedido.

Para diferenciar el relato de la narración unos han afirmado, «que la narración», según sus palabras, «es la exposición de asuntos sometidos a discusión en los tribunales, llevada a cabo en beneficio del que habla, mientras que el relato es la narración de sucesos históricos y pasados.»

Otros han llamado narración (12) a la exposición de hechos verdaderos, y relato a la de los hechos que se consideran sucedidos. Pero la mayoría estima que el relato trata de una acción única, mientras que la narración trata de una combinación de muchas; algo similar sucede con «poesía» y «poema», ya que «poesía» viene a ser toda la producción de Homero, mientras que «poema» es la sección sobre la cólera de Aquiles o alguna otra similar¹¹¹.

Hay tres tipos de relatos que presentan diferencias entre sí: en efecto, unos son descriptivos, otros dramáticos y otros mixtos. Descriptivos son cuantos son contados por

¹⁰⁹ Fruteau de Laclos, 1999, 238, matiza que este lenguaje cotidiano no era, en todo caso, el de las personas sin educación, sino el de las conversaciones entre gente educada en general y los rétores en particular: efectivamente sólo ellos serían capaces de utilizar el ático clásico requerido en medios retóricos y, en general, cultos.

¹¹⁰ En realidad, anteriormente (en 4.6, 4.11, 4.14, 5.16 y 9.13) el término que ha aparecido es *diégesis*, es decir, «narración» o «relato» en tanto que parte del discurso. Sólo en 7.9 aparece el término con el que se designa este ejercicio preparatorio, pero aplicado a los relatos míticos (*muthikà diegémata*). Sobre la confusión entre *diégesis* y *diégema*, que se daba ya en Teón, vid. Fruteau de Laclos, 1999, 240-241. Entre las causas que la explican hay que mencionar, además de la herencia de Teón, que, en general, el rigor terminológico no es una de las características de Nicolao y que es probable que en su época no fueran apreciadas como muy diferentes la composición que consistía en imaginar una ficción verosímil, como hacían los poetas o, en general, los literatos, la que consistía en revivir un suceso del pasado, como hacían los historiadores y la que buscaba dar una determinada versión de un suceso, como hacían los oradores.

¹¹¹ En Hermógenes y Aftonio se encuentra esta misma distinción entre narración y relato, y también el mismo paralelismo entre ellos y poesía y poema; el primero (4.9 ss., Rabe) pone como ejemplo de poesía la *Iliada* o la *Odisea*; de poema, la fabricación del escudo (*Iliada* 18), la evocación de los muertos (*Odisea* 11) y la matanza de los pretendientes (*Odisea* 22); narración sería la *Historia* de Heródoto y la obra de Tucídides, mientras que relatos serían el episodio de Arión (Heródoto 1.23-24) o el de Alcmeón (Tucídides 2.102). Aftonio (2.16 Rabe) también ejemplifica poesía con la *Iliada* y poema con el episodio de la fabricación de las armas de Aquiles (*Iliada* 18) pero no aporta ningún ejemplo de narración o relato.

una única persona, que es quien los narra, como los de Píndaro; dramáticos, cuantos son contados no por su compositor, sino por los personajes que intervienen en ellos, como los de los dramas trágicos y cómicos; mixtos son aquellos en los que intervienen ambos modos de composición, como las obras de Homero y de Heródoto y cualquier otro del mismo estilo, en los cuales algunas secciones son contadas por el autor mismo, pero otras por otros personajes¹¹². Por otro lado, los relatos son, unos míticos, otros históricos, otros pragmáticos, a los que llaman también judiciales, y otros de ficción¹¹³. Míticos son aquellos cuya fiabilidad no es incuestionable, sino que incluso conllevan de la sospecha de su falsedad, como son los referidos a los Cíclopes y a los Centauros; históricos, los referidos a hechos pasados sobre los que hay acuerdo en que han tenido lugar, (13) como los sucesos de Epidamno¹¹⁴; pragmáticos o judiciales son los que se narran en los debates públicos; y de ficción los de las comedias y, en general, los de los restantes dramas. Los relatos míticos tienen en común con las fábulas que ambos carecen de fiabilidad, pero difieren en que las fábulas son unánimemente consideradas falsas e inventadas, mientras que los relatos míticos, por un lado, son contados por otros como realmente sucedidos y, por otro, es posible que hayan sucedido o que no¹¹⁵. Además, los relatos de ficción tienen en común con las fábulas que ambos son inventados, pero se diferencian unos de otros, en que los unos son relatos inventados, pero pueden suceder por naturaleza, aunque no hayan sucedido, mientras que las fábulas ni han sucedido ni tienen posibilidad por naturaleza de suceder.

Los elementos de la narración son seis: persona, acción, lugar, tiempo, causa y modo¹¹⁶. Persona es, por ejemplo, el que hace algo, la persona de Demóstenes o la

¹¹² Los orígenes de esta teoría se pueden rastrear en Platón, *República* 3.393.a-394.b. Este primer criterio clasificador, que no se basa en la verdad o verosimilitud de los hechos que se narran, o en el género en el que han sido compuestos, sólo aparece en Nicolao.

¹¹³ Esta segunda clasificación es muy cercana a la de Hermógenes (4.17, Rabe), que distingue entre relatos míticos, ficticios o dramáticos, históricos y civiles o privados, y a la de Aftonio (2.19, Rabe), que los divide en dramáticos (que son los ficticios), los históricos (que son los que contienen una narración antigua) y los civiles (que son los que utilizan los oradores en los procesos judiciales). En estas distinciones intervienen criterios relativos al género dentro del que son compuestos y de verdad o verosimilitud; este criterio era antiguo, y es el único que aparece en Teón (79.16, Spengel), quien define el relato como «una composición expositiva de hechos que han sucedido o que se admiten como sucedidos» (trad. de Reche Martínez, 1991, 81) y no distingue más tipos dentro de este ejercicio. Patillon (1997, XLV y 139, n. 202) supone que esta definición se remonta a los orígenes de la teoría de los *progumnásmata*, ya que se encuentra también en Cicerón (*De inventione* 1.27) y en la *Retórica a Herenio* (1.4).

¹¹⁴ Se refiere a la narración hecha por Tucídides en 1.24.

¹¹⁵ El mito es presentado así con un carácter ambiguo entre lo verdadero y lo falso, como si la determinación de este aspecto fuese una cuestión particular; sobre las implicaciones que esta visión tiene, vid. Gangloff, 2002, 34 y 37.

¹¹⁶ Estos seis elementos están también presentes en Teón (78.18, Spengel), que desarrolla cada uno de ellos con amplitud, detallando la forma en que pueden expresarse; y en Aftonio (2.23, Rabe), que simplemente los enumera. Fruteau de Laclous (1999, 242) hace notar que no sirven para construir una trama, pero que tienen la función de impedir que el alumno olvide puntos importantes. El hecho de que no aparezcan en Hermógenes se considera una prueba del carácter facultativo que tenían.

de Mídias; acción es lo que está siendo realizado, como un insulto; lugar indica en dónde está sucediendo, por ejemplo, en el teatro; tiempo, cuándo sucede, como en un festival; causa, el porqué, por ejemplo, el odio; modo, el cómo, por ejemplo, con palabras o habiendo llegado a las manos. Hay algunos que añaden una séptima parte¹¹⁷, la materia, distinguiéndola del modo (14), al que atribuyen el actuar al margen de la ley y por la fuerza, y a la materia el servirse de un puñal o, quizás, de una piedra, o de un dardo o de alguna otra cosa por el estilo.

Las virtudes de la narración, según unos, son cinco: concisión, claridad, credibilidad, gracia, grandeza [y el uso correcto de las palabras griegas]; pero, según otros, sólo la credibilidad, ya que las otras cuatro las consideran comunes a todo discurso. En cambio, en opinión de otros más exactos, son sólo tres, claridad, concisión y credibilidad¹¹⁸. Hay que admitir que es muy difícil para quienes se preocupan de la claridad prestar también atención a la concisión, ya que es frecuente que a causa de la concisión llevemos el discurso a la oscuridad o que, buscando hablar con claridad, necesitemos extendernos. Por tanto, hay que cuidar la concisión, haciéndolo con medida, sin dejar de lado nada de lo necesario y sin añadirlo, ya que entonces se conseguirá la virtud del discurso. Si, por el contrario, fuera evidente que se deja de lado algo de lo necesario, la concisión será clasificada más bien entre los defectos¹¹⁹. Cómo podría lograrse la concisión o cómo se dotará al discurso de credibilidad, es, para quien aspira a enseñar, una labor que excede los límites (15) de una introducción¹²⁰. No obstante, cuando se está obligado a tener en cuenta la claridad y a la vez también la concisión, quien considere el mejor modo de actuar, debe servirse de ambas dos, si las dos pueden darse; pero si no, debe servirse de lo más apremiante, y esto puede que se logre más con la claridad; ya que el discurso no se dañará tanto por la longitud, cuanto por la falta de claridad. También la exposición en caso recto¹²¹ podría contribuir, además de muchas otras cosas, a la claridad en los relatos, pues hace el discurso fácil de entender por medio de pausas continuas, cosa que no es posible lograr con facilidad por medio de los casos oblicuos.

¹¹⁷ En el tratado *Peri heuréseos* de Hermógenes (140.19, Rabe) se menciona también este séptimo elemento y se afirma que lo añaden los filósofos.

¹¹⁸ En Teón (79.20, Spengel) sólo encontramos, efectivamente, las tres primeras, que son las virtudes tradicionales de la narración; según Quintiliano, 4.2.32, fue Teodoro de Bizancio el primero en ocuparse de la credibilidad y las tres virtudes juntas fueron enunciadas por primera vez en la escuela de Isócrates. El *hellenismós* (correspondiente al latín *latinitas*, vid. Lausberg, 1966-68, § 459 y 463) o uso correcto de la lengua griega fue añadido por Aftonio (3.4, Rabe). Felten elimina del texto la mención de esa cualidad basándose en el comentario de Máximo Planudes (Walz, II, 14.21-22), donde se lee «algunos añaden gracia y grandeza en lugar del uso correcto de las palabras griegas.»

¹¹⁹ Esta misma idea se encuentra en el *Anónimo segueriano* (Spengel I, 439.27-32) atribuida a Aristóteles.

¹²⁰ Efectivamente, este interesante tema tenía un grado de complicación elevado y había sido objeto de diferentes tratamientos entre los tratadistas de retórica; estos tratamientos aparecen recogidos en Patillon, 1997, 143, n. 237.

¹²¹ Se refiere al nominativo, vid. 16.5-6.

El relato nos ejercita por igual en todas las partes de la retórica, me refiero a la deliberativa, la judicial y la panegírica, ya que nos servimos de él en todas ellas¹²².

Por otro lado, dado que el discurso político está dividido en cinco partes, una de las cinco es el relato. Pero nos servimos también de él con frecuencia en las argumentaciones y, especialmente, en las pruebas basadas en el ejemplo, y además también en los epílogos, (16) cuando recordamos lo que se ha dicho. Por tanto, también nos ejercitamos en él de diferentes maneras; por ejemplo, en discurso directo, en discurso indirecto, en el que tiene forma interrogativa, en la comparación y en asíndeton¹²³. En discurso directo, como por ejemplo, «Faetón, hijo del Sol, etc...»; se llama recto a causa del caso nominativo. En discurso indirecto, que se llama así también por el uso de los casos oblicuos, por ejemplo, «Cuenta la historia que Faetón es hijo del sol». En forma interrogativa, cuando hablamos para preguntar: «¿Qué me dices? ¿No sucedió esto y aquello en el caso de Faetón?» En la comparación, cuando decimos que en lugar de ser sensato, amaba lo extravagante, y que en lugar de controlar su deseo, se subió a los caballos y etc...». Y en asíndeton, cuando exponemos: «Le encantaba a Faetón subir al carro; convenció a su padre; cogió las riendas...». Dado que la exposición adopta de este modo formas diversas, nos serviremos del discurso directo para la claridad en los sucesos históricos o aquellos en los que dicha claridad sea imprescindible; del discurso indirecto y en forma interrogativa, en las argumentaciones y en las refutaciones; del asíndeton, en los epílogos y de las comparaciones allí en donde la ocasión se preste; (17) efectivamente, hay muchas ocasiones en todos los géneros de la retórica y en todas las partes del discurso público en que necesitamos de este tratamiento¹²⁴.

¹²² Esta afirmación (vid. Fruteau de Laclos, 1999, 244) debería ser apoyada por algún tipo de argumentación, ya que en la teoría tradicional que se remonta a Aristóteles (*Retórica* 1417.b.12 ss.) en el género deliberativo no encaja bien la narración. No obstante, Aristóteles admite la presencia de ésta, acotándola a hechos realmente sucedidos y que ayuden en la deliberación. También en el *Anónimo segueriano* (I, 441.1 Spengel) y en Quintiliano (4.4-8) se tratan los casos en que la narración debe aparecer dentro de este género de la oratoria.

¹²³ Las distintas modalidades enunciativas aparecen en Teón (87.14 ss., Spengel) y en Hermógenes (4.21, Rabe). El primero trata la modalidad asertiva (divida en dos variantes), el modo de la interrogación, el de la indagación, el de la duda, el de la orden, el de la súplica, el del juramento, el de la apelación, el de la suposición y el del diálogo; además, dentro de la modalidad asertiva, se distingue el modo afirmativo y el negativo, y se añade que hay otro modo (*trópas*) llamado asíndeton; como se puede apreciar, estas últimas divisiones están en un nivel diferente de las primeras, ya que pueden aplicarse a todas ellas, a pesar de atribuirse sólo a la aserción (sobre la pertenencia de estas líneas a Teón, vid. Patillon, 1997, 145, n. 269). Hermógenes trata las mismas cinco modalidades (*schémata*) del relato que aparecen en Nicolao. De entre las modalidades citadas, el asíndeton y el diálogo no son tradicionales y por ello aparecen en los últimos lugares de las listas; según Patillon, 1997, 54, n. 270, fueron introducidos por el afán de enriquecer las posibilidades de la enunciación y debido a su empleo en el discurso oratorio. Sobre la teoría antigua de los modos de enunciación en general y en Teón en particular, vid. Patillon, 1997, LX-LXIV.

¹²⁴ Esta aparición, 17.2, del término *ergasía*, «tratamiento», es distinta del significado habitual del término, que indica la «elaboración» de un ejercicio, entendiendo por tal componer las partes que lo conforman; así se usa en Hermógenes, en Aftonio (donde aparece siempre en forma verbal) y en las

Los ejercicios preparatorios son unos, partes; otros, todos y partes. Son partes aquellos que se encuentran siempre como partes de otras hipótesis; y partes y todos, aquellos que unas veces se usan como partes de otras unidades, pero otras completan ellos mismos una hipótesis determinada. Pues bien, el relato pertenece al grupo de los que sólo son partes, ya que responde al uso de una parte y nunca es suficiente para una hipótesis completa en los discursos políticos, a no ser que de las descripciones alguien dijera, y estaría mal dicho, que son, por así decir, partes de relatos, como se afirmará en el capítulo sobre la descripción.

4. Sobre la anécdota¹²⁵

Después del relato debe colocarse la anécdota¹²⁶, ya que éste es el orden mejor. Hay algunos que la sitúan delante de la fábula y del relato y dicen que hay que colocarla ahí porque contiene el camino del bien o el rechazo del mal. «Los jóvenes», afirman, «deben ser instruidos en esas materias en primer lugar». A éstos hay que contestarles que el orden que proponemos no carece de lógica y que, debido a que requiere una división¹²⁷ más extensa que la fábula y el relato, debe situarse (18) detrás de éstas. Quienes la sitúan en primer lugar¹²⁸, no la dividen como hacemos aquí,

restantes apariciones de Nicolao; vid. Hock & O' Neil, 1986, 35. Teón utiliza para describir esta misma actividad el término *epicheiresis*, que suele traducirse por «argumentación»; de entre los restantes autores de *progumnásmata* sólo lo usa Hermógenes en dos ocasiones, precisamente en el ejercicio de la descripción, en el que sigue de cerca a Teón; vid. Reche Martínez, 1991, 20.

¹²⁵ En griego *chreía*, que significa «utilidad». Con este término en la teoría retórica se denominaban dichos o narraciones de acciones, muy breves, atribuidos a una persona determinada, que se contaban o bien por la utilidad del mensaje que transmitían o bien por su gracia (vid. 21.1-2). Lo hemos traducido por «anécdota», que según el DRAE, en sus dos primeras acepciones es «relato breve que se hace como ilustración, ejemplo o entretenimiento» y «suceso curioso y poco conocido que se cuenta en dicho relato». En su primera acepción se recoge el matiz de utilidad que puede reportar, en tanto que ejemplo, y en ambas está implicada su gracia, que la convierte en entretenimiento por hacer referencia a algún suceso no habitual. Para un análisis de las definiciones, clasificaciones y formas de composición de la anécdota, así como sobre el problema de su historicidad, vid. Hock & O' Neil, 1986, 23-47.

¹²⁶ Sobre la anécdota y su dependencia de los *progumnásmata* anteriores, vid. Hock & O' Neil, 1986, 239-246 y 252-269. En esencia, Nicolao comparte con Teón, Hermógenes y Aftonio gran parte de su teoría, y de las diferencias apreciadas unas (el tratamiento de la secuencia del ejercicio, las diferenciaciones alternativas que introduce en él, y, quizás, las diferencias en la terminología) se atribuyen al uso de fuentes (otros *progumnásmata*) que no se nos han conservado, mientras que otras (la demostración de la utilidad de la anécdota y su elaboración) pueden ser aportaciones del propio Nicolao.

¹²⁷ En Hock & O' Neil, 1986, 244 y 266, n. 2, se apunta que el término *diáresis* o el verbo *diareîn*, que emplea Nicolao aquí y en 17.21, 18.2, 19.3, 19.5, 22.17, 24.4, 24.22, 25.5, tienen un significado distinto del que es habitual en Hermógenes o Aftonio («clasificación», «clasificar»). En Nicolao *diáresis* se utiliza donde otros autores emplean *ergasía*, «elaboración». En las traducciones se suele emplear «división» y «dividir» para indicar los diversos apartados que comprende la elaboración.

¹²⁸ De entre los *Progumnásmata* que conservamos, sólo los de Teón la colocaban en esa posición (vid. «Los *progumnásmata* de Nicolao», p. 84 y n. 64), de manera que Felten y otros consideraron que

sino que consideran que la simple recitación de la anécdota en todos los casos y todos los números es suficiente para jóvenes que acaban de dejar el estudio de los poetas y de comenzar el de la retórica con vistas a la práctica del discurso político, y se sirven de ella del modo siguiente: por ejemplo, Pítaco de Mitilene¹²⁹, cuando se le preguntó si alguien pasaba desapercibido a los dioses cuando hacía algún mal, contestó: «Ni siquiera cuando lo piensa». Primero lo recitan en nominativo, y después en los demás casos. Por ejemplo, en genitivo¹³⁰: Preguntado Pítaco de Mitilene si alguien pasaba desapercibido a los dioses cuando hacía algún mal, se conserva el recuerdo de su respuesta: «Ni siquiera cuando lo piensa». En dativo: A Pítaco de Mitilene, cuando se le preguntó si alguien pasaba desapercibido a los dioses cuando hacía algún mal, se le ocurrió decir: «Ni siquiera cuando lo piensa». En acusativo: Dicen que Pítaco de Mitilene, cuando se le preguntó si alguien pasaba desapercibido a los dioses cuando hacía algún mal, contestó: «Ni siquiera cuando lo piensa». El vocativo es fácil con este nombre, ya que nos dirigiremos al que ha compuesto el dicho: «Tú, Pítaco de Mitilene, cuando se te preguntó si alguien pasaba desapercibido a los dioses cuando hacía algún mal, contestaste: «Ni siquiera cuando lo piensa»». Y lo mismo con el número dual y el plural, si se admite, quizá en virtud de la práctica, que se atribuya el dicho a dos Pítacos (19) o incluso a más. Sin embargo, ahora no debe ser colocada la anécdota en primer lugar por la razón que sigue: en la medida en que no estaba dividida en apartados, permitía ejercitarse bien en el uso del lenguaje por medio de la declinación de los casos; pero, puesto que ha sido ya dividida en apartados, es mejor colocarla detrás del relato¹³¹.

en estas palabras Nicolao se refería a él. Pero Teón no utiliza el ejercicio como simple medio para practicar la declinación de los casos, como debía hacerse con el *grammatikós*, sino que éste es sólo uno de los ocho ejercicios que se practican sobre la anécdota (están, además, la exposición, la epifonía, la réplica, el alargamiento y abreviación, la refutación y la confirmación: vid. 101. 2 ss., Spengel), de manera que hoy día se piensa que esa colocación responde a una tradición antigua, que figuraría en manuales que se han perdido y en los que en la retórica no jugaba todavía un papel muy importante en el desarrollo de este ejercicio. Esta posición no aparece más en el resto de los *progumnásmata* conservados, en los que la anécdota, según se desprende de Hermógenes, Aftonio, la práctica de Libanio y Nicolao, se desarrollaba siguiendo el esquema de un discurso judicial (vid. 24.4 ss.: elogio de la persona que aparece en ella, paráfrasis de la anécdota, argumentación e incitación a aprovechar su enseñanza); esta elaboración, que también menciona Nicolao en 19.5-6, cuando afirma que en sus tiempos este ejercicio ya se practica dividido en apartados, es la que justifica su colocación detrás de la fábula y el relato; vid. Patillon, LXIV-LXX y 136, n. 150 y 151.

¹²⁹ La atribución de las anécdotas a diferentes personajes históricos nunca puede confirmarse con seguridad: vid. Hock & O' Neil, 1986, 42-46.

¹³⁰ La construcción que sigue en griego es un genitivo absoluto, de modo que «Pítaco», que es su sujeto, está en genitivo. En los ejemplos siguientes, la misma palabra aparece en dativo, acusativo y vocativo.

¹³¹ Kennedy, 2003, 140, n. 32, apunta que cuando Nicolao dice que la anécdota no estaba dividida en apartados puede referirse a Teón, quien, efectivamente, no los establece para su elaboración. La anécdota evolucionó de ejercicio gramatical, que se utilizaba para practicar la declinación, a ejercicio lógico, para cuya elaboración se establecieron unos apartados (24.4 ss.); desde entonces fue practicada como ejercicio no sólo entre los gramáticos, sino también entre los rétores. En la época de Nicolao parece claro que la anécdota ya no se utilizaba según la teoría de Teón.

La anécdota es un dicho o acción certero y conciso, que se atribuye a una persona determinada¹³² y que se trae a cuento para corregir algunos aspectos de la vida. Es «un dicho o una acción», puesto que se encuentra tanto en palabras como en acciones. Es «certera» porque la fuerza de la anécdota reside en ser dicha certeramente¹³³. Es «concisa», ya que es diferente del dicho o acción memorable¹³⁴. Se atribuye a una persona, ya que es diferente de la máxima; efectivamente, esta última no se atribuye siempre a una persona. Se trae a cuento para corregir algunos aspectos de la vida, puesto que en la mayoría de las ocasiones un buen consejo la acompaña. Pero las diferencias entre ellas se expondrán en el capítulo que trata de la máxima¹³⁵.

(20) Se le llama *chreía*¹³⁶ no porque los demás ejercicios preparatorios no comporten también alguna utilidad, sino porque, o bien ha sido especialmente honrada con este nombre común como característico, de la misma manera que Homero es el poeta y Demóstenes el orador, o bien porque al principio alguien hizo uso de ella principalmente en alguna necesidad y circunstancia difícil.

En el nivel más general, se distinguen tres anécdotas diferentes: unas son verbales, otras prácticas y otras mixtas¹³⁷. Se añade «en el nivel más general», porque se dan grandes diferencias entre ellas, las cuales deben aprenderse por medio de una práctica más profunda del arte o de su materia. Pues bien, verbales son las que narran únicamente dichos, por ejemplo: «Isócrates dijo que la raíz de la educación es amarga, pero sus frutos dulces». Prácticas son las que describen sólo acciones, por ejemplo: «Diógenes, al ver que un muchacho obraba mal en la plaza del mercado,

¹³² Estos personajes estaban siempre sacados de la literatura y podían ser históricos, mitológicos o literarios. Puesto que los estudiantes estaban en contacto, desde las primeras fases de su educación, con esta literatura, estos personajes les resultarían, en general, familiares. El atribuir lo narrado en la anécdota a un personaje determinado la diferenciaba de la máxima.

¹³³ El término que aquí traducimos por «certera» (*eústochos*, o en forma adverbial, *eústochos*) es interpretado de modo diferente en los distintos *progumnásmata*: si en Teón y Aftonio se entiende que el dicho (o hecho) debe ser acorde con la persona a la que se atribuye, en Nicolao se entiende que debe ser adecuado a la situación; vid. Hock & O' Neil, 1986, 25.

¹³⁴ En griego, *apomnemóneuma* (latín *conmemoratio*) significa «recuerdo» o «mención», que naturalmente siempre se refiere a algún hecho o dicho memorable; por ello hemos traducido aquí «dicho o acción memorable» y en 26.1, 26.6 y 26.7 por «(lo) memorable». Según Patillon, 1997, LVIII-LIX, en comparación con lo memorable, la anécdota tiene todos sus elementos reagrupados en un solo sistema sintáctico; la misma idea encontramos en Hock & O' Neil, 1986, 24: *chreiai typically involve only one sentence, though often a rather complex one*. En todo caso, cuando se encuentra más de una *sentence*, la anécdota continúa siendo breve, para respetar la concisión.

¹³⁵ Las diferencias de la anécdota con la máxima y lo memorable están más detalladas en el capítulo correspondiente a la máxima, vid. 25.4-26.7.

¹³⁶ Vid. la n. que acompaña al título de este ejercicio preparatorio. En esta definición Nicolao sigue muy de cerca a Teón (97.7 Spengel), que apunta, igualmente, el ejemplo de Homero y la poesía.

¹³⁷ Esta clasificación es común a todos los autores de *Progumnásmata*; las tres que siguen sólo se encuentran en Nicolao y deben remontarse a manuales que no se han conservado; vid. Hock & O' Neil, 1986, 242.

golpeó con su bastón a su pedagogo.» Mixtas son las que participan de ambos, por ejemplo: «Un espartano¹³⁸, cuando se le preguntó dónde estaban las murallas de Esparta, blandiendo su lanza dijo: 'Aquí'.»

(21) Por otro lado, de las anécdotas se dice que unas se han transmitido a causa de algún tipo de utilidad, pero otras solamente por su gracia. A causa de la utilidad, como ésta de aquí: «Isócrates dijo que la raíz de la educación es amarga, pero sus frutos dulces», ya que se refiere a que es necesario soportar las dificultades por el placer posterior que se deriva de ellas. Solamente por su gracia como en la siguiente: «Olimpia, la madre de Alejandro, cuando oyó que su hijo decía que era hijo de Zeus, dijo: 'No dejará este hijo mío de calumniarme ante Hera?'», pues se considera un dicho gracioso. Y también el siguiente: «El entrenador Damón», cuentan, «que tenía los pies deformados y había perdido los zapatos en los baños, deseaba que éstos le quedaran bien al ladrón»; efectivamente, éste también se considera solamente un dicho gracioso. Pero a mí, además del dicho gracioso, me parece que contienen también un buen consejo¹³⁹: efectivamente, la una disuade a su hijo de llamarse hijo de Zeus; el otro induce a rechazar el robo como una acción muy inaceptable. Por tanto, no hay que dar credibilidad a los que refutan las anécdotas¹⁴⁰, ya que hay quienes refutan tanto éstas como las fábulas. A éstos hay que responderles que ni hay que refutar las cosas reconocidas como buenas, (22) porque nadie concederá credibilidad, ni las reconocidas como falsas, porque la mentira salta a la vista. En conclusión, ni se deberían refutar las fábulas, ni la anécdota. Efectivamente, nadie con dos dedos de frente ignora que las fábulas son ficticias, ni nadie será persuadido por el que se aparta del buen consejo extraído de la anécdota; con toda seguridad, el bien contenido en las propias fábulas, con vistas al cual las inventamos, no permite que parezcan fiables los que hablan en su contra¹⁴¹.

¹³⁸ A pesar de que en 19.7-8 Nicolao ha establecido como requisito de la anécdota la aparición en ella de un personaje determinado, aquí ese personaje se especifica sólo de modo general. Teón, que también cita una anécdota similar (99.10-12 Spengel: «Lacón, al preguntarle uno dónde tenían los lacedemonios las fronteras de su territorio, le mostró la lanza», trad. de Reche Martínez) la atribuye a un personaje concreto. Nicolao parece dar por sabido que ese personaje determinado podía ser indefinido, tal como aparece en Teón (96.19-21, Spengel: la anécdota puede estar atribuida a un personaje determinado o «que es equivalente a uno determinado»), y en Hermógenes (30.12-13, Rabe: donde puede estar atribuida a un «personaje indefinido (*aoristón*)»).

¹³⁹ Fruteau de Laclous, 249, resalta la intervención personal, que suele ser poco habitual, de Nicolao quien defiende aquí una interpretación moral de todas las anécdotas que no se documenta en otros *Progumnásmata* en la exposición de este ejercicio (Teón aprecia también esta vertiente, pero en la introducción: vid. 60.18-19, Spengel); esta idea justifica la definición que más arriba ha dado.

¹⁴⁰ Efectivamente, Teón (65.18, Spengel) confirma y refuta este ejercicio. Su tradición pervivió en la práctica de la retórica y se encuentra en un comentarista de Aftonio, Jorge el Geómetra, recogido por Doxápatres en Walz, II, 263.10; vid. Fruteau de Laclous, 249.

¹⁴¹ Como Kennedy, 2003, 141, n. 33, apunta, unas líneas más abajo Nicolao parece recomendar a los alumnos más avanzados que refuten las anécdotas, como práctica para la declamación judicial. Estas incongruencias se deben a las distintas fuentes de las que toma la información.

Además, unas anécdotas muestran cómo son las cosas, otras, cómo deben ser¹⁴². Ejemplo de las que muestran cómo son, es ésta: «Esopo el fabulista, cuando se le preguntó qué era lo más fuerte entre los seres humanos, contestó: 'el discurso'», pues esto es lo más fuerte. Ejemplo de las que muestran cómo deben ser, es esta otra: «Aristides¹⁴³, cuando se le preguntó qué era la justicia, respondió: 'el no desear los bienes ajenos'», pues así debe ser. Contribuye a esta división el conocer lo siguiente: si la anécdota muestra cómo son las cosas, después del proemio y la paráfrasis la alabaremos por ser verdad, pero si muestra cómo deben ser, la alabaremos por ser justa.

Por otro lado, unas anécdotas son simples¹⁴⁴, otras hacen referencia a algo. (23) Simples, por ejemplo: «Isócrates dijo que la raíz de la educación es amarga, pero sus frutos dulces». Hacen referencia a algo las que responden a una pregunta, por ejemplo: «Platón, cuando se le preguntó dónde habitaban las Musas, contestó: 'en las almas de los educandos'».

Dado que los ejercicios preparatorios son unos, partes; otros, todos y partes, la anécdota estaría entre los que son partes, ya que ella sola por sí misma no podría completar una hipótesis.

Además¹⁴⁵, dado que algunos de los ejercicios preparatorios contribuyen a la práctica del discurso judicial, otros, a la del panegírico, otros, a la del deliberativo, la anécdota sería claramente del tipo deliberativo, ya que en todos los casos o conduce a algún bien o evita algún mal¹⁴⁶. Pero puede contribuir también a los demás, ya que en aquellos en los que hacemos una alabanza, estamos teniendo en cuenta lo relativo al encomio, y en aquellos en los que confirmamos la verosimilitud y la aplicabilidad de los ejemplos, estamos teniendo en cuenta la retórica judicial.

Por otro lado, dado que son cinco las partes del discurso político, —esto es, proemio, narración, réplica, refutación y epílogo—, la anécdota proporcionará práctica de todos ellos, ya que comenzamos con un proemio, en donde alabamos al que habla o al que actúa; elaboramos a continuación la narración, en la que hacemos una paráfrasis de la anécdota; exponemos los argumentos, (24) aunque no incluyamos una réplica, en los que confirmamos lo que está bien dicho o hecho, y concluimos con un epílogo, en el que animamos a emular lo que se ha expuesto.

¹⁴² Este criterio de clasificación, basado en el contenido de las anécdotas, sólo aparece en Nicolao.

¹⁴³ Este Aristides, apodado «el justo», vivió en Atenas en el s. V, dedicado a la política.

¹⁴⁴ Como se ve por el ejemplo, con *haplá* Nicolao se refiere a un concepto parecido al que expresa Quintiliano con *in voce simplici*; vid. Hock O' Neil, 1986, 268, n. 10.

¹⁴⁵ Se inicia aquí un apartado sobre la utilidad que tiene la anécdota para la práctica de la retórica que no se encuentra en ningún otro autor de *Progumnásmata*. Puesto que Nicolao no da estas opiniones como ajenas, hemos de suponer que son suyas.

¹⁴⁶ Ya Aristóteles (*Retórica* 1394.a.24-25) consideraba que la anécdota y la máxima, debido a que conducían a realizar unas acciones y a evitar otras, concernían a los géneros «políticos», es decir, al judicial y al deliberativo.

La anécdota se divide en los siguientes apartados¹⁴⁷: en un breve elogio del que ha hablado, que ni se extienda en longitud ni esté compuesto de todas las secciones propias del elogio, de manera que no sea más largo el proemio que la hipótesis. Así que, en primer lugar, se divide en este elogio del que ha hablado o¹⁴⁸ del que ha actuado; a continuación, detrás de éste, en la paráfrasis de la anécdota; tras ésta, en la apreciación de la probabilidad y la verdad¹⁴⁹; luego, en la parte de los ejemplos y, después de todos estos apartados, en el juicio de los demás, tras el cual, si es necesario, iniciaremos también una breve exhortación. Hay que saber que algunos colocan detrás de la probabilidad lo relativo a la comparación, que es una parte de la probabilidad, apareciendo en ella con forma de entimema¹⁵⁰. Efectivamente, puesto que unas demostraciones son entimemáticas y otras paradigmáticas¹⁵¹, en la argumentación basada en la probabilidad nos servimos de las entimemáticas, y en la basada en los ejemplos de las paradigmáticas. De este modo lo haremos en un ejercicio preparatorio breve; en las hipótesis más completas aprenderemos cómo hay que usar las demostraciones. Estas cosas las debe explicar el maestro en la propia división¹⁵².

¹⁴⁷ Para una historia de la elaboración de la anécdota, vid. Hock & O'Neil, 2002, 84-90. La utilidad de este ejercicio en retórica había sido ya apreciada por Aristóteles, *Retórica*, 1394.a.19 ss. y 1418.a.16, de quien Nicolao toma parte de la terminología técnica que utiliza para describirla; vid. Fruteau de La-clos, 1999, 255-256.

¹⁴⁸ En griego aparece *kaí*, sin embargo, como queda claro en los ejemplos que ha puesto Nicolao en su página 22, se trata del elogio del uno o del otro, pero no de los dos a la vez.

¹⁴⁹ Patillon, 1997, LIX, apunta el valor pedagógico de esta división de la anécdota, en la que el alumno debía exponer su opinión con respecto a lo que se contaba en ella y hacerlo de un modo persuasivo para los demás.

¹⁵⁰ *Enthúmema* como término técnico en retórica (vid. Aristóteles, *Retórica*, 1355.a.3 ss. y 1356.a.34 ss.) es el silogismo o razonamiento en el que, a partir de ciertas premisas, se obtiene algo diferente de ellas. Este silogismo retórico se diferencia de los silogismos de la lógica en que éstos tratan sobre lo verdadero, mientras que los silogismos retóricos o entimemas tratan de lo verosímil, que es la materia propia de los discursos. Además, en 1357.a.16 ss., Aristóteles afirma que el entimema es un silogismo de pocas premisas, aclarando que si alguna de ellas nos es bien conocida, no hace falta enunciarla; de este fragmento surge la concepción de *enthúmema* como un silogismo truncado, al que falta alguna premisa o la conclusión (vid. Racionero, 1990, 183, n. 54, que critica la poca fiabilidad de esta interpretación apoyándose en otros textos aristotélicos). Esta idea se extiende en la concepción retórica latina y es la que aparece en Lausberg, 1966-68, § 371. En un lenguaje menos técnico, «entimema» significa «razonamiento» en general.

¹⁵¹ «Paradigmático» viene en griego de *parádeigma*, «ejemplo». En la concepción retórica aristotélica (1356.a.34 ss.) el ejemplo es la inducción retórica, en la que se demuestra algo a base de muchos casos semejantes.

¹⁵² Esta sección sobre la elaboración de la anécdota tiene similitudes con Hermógenes y Aftonio. Pero lo más llamativo es la diferente terminología que usa (*diáresis*, vid. n. 127) por el más común *ergasia*; *épainos* por *enkomiastikón* de Aftonio) que denotan el uso de fuentes diferentes; vid. Hock & O'Neil, 1986, 244-245.

5. Sobre la máxima (25)¹⁵³

La máxima es una enunciación general, que conlleva algún consejo y recomendación dirigidos a conseguir algo útil en la vida¹⁵⁴. Es diferente de la anécdota, aunque tienen en común lo referido a la división en partes; en primer lugar, se diferencian en que la anécdota consiste tanto en palabras como en hechos, mientras que la máxima sólo en palabras; además, en que la máxima es una enunciación general y no en todas las ocasiones está referida a una persona, mientras que la anécdota hace siempre referencia a una persona; además de lo dicho, en que la anécdota se construye a partir de alguna circunstancia, y en cambio la máxima es un conjunto de palabras, ya que contiene una demostración entimemática de lo propuesto y a la vez proporciona un consejo general. Además de todo esto, se diferencia en que la máxima siempre conduce o a la elección de un bien o al rechazo de un mal, mientras que la anécdota se trae también a cuento únicamente por su gracia¹⁵⁵. Se podrían encontrar entre ellas no pocas diferencias y variadas. (26) Puesto que lo memorable tiene en común con la anécdota y la máxima el consejo, también hay que mencionarlo junto a las restantes diferencias. Lo memorable se diferencia de la máxima en casi todas las cosas en las que también se diferenciaba la anécdota, y de la anécdota se diferencia en la extensión de las palabras, ya que las cosas que la anécdota expone brevemente, lo memorable las narra en extenso. Testimonio de lo que acabamos de decir es Jenofonte en las llamadas *Memorables*.

También las máximas tienen diferencias entre sí¹⁵⁶. Efectivamente, unas máximas son verdaderas y otras verosímiles. Son verdaderas cuando decimos: «No debe dormir toda la noche un hombre que toma decisiones en el consejo, al cual se han confiado las tropas y a cuyo cargo están tantas cosas»¹⁵⁷, ya que no es conveniente que quien es jefe de muchos duerma toda la noche. Verosímil es la siguiente: «Todo hombre que disfruta cuando está acompañado de malvados,» es parecido a ellos; «nunca le pre-

¹⁵³ La máxima ya había sido considerada por Aristóteles como una prueba por persuasión común a los tres géneros, como parte de los entimemas (*Retórica*, 1393.a.24-25 y 1394.a.19 ss.). De entre los autores de *Progumnásmata*, sólo Hermógenes y Aftonio dedican un capítulo aparte a la máxima. Teón la explica dentro del capítulo de la anécdota. En la edición de Felten, el capítulo de la máxima aparece bien diferenciado porque este editor coloca al frente de cada uno un título que no se encuentra en ningún manuscrito. Este capítulo comienza de modo distinto a los demás, ya que no trata sobre el orden del ejercicio, y, por ello, podría pensarse que estaba simplemente añadido a la anécdota. Vid. la discusión en Fruteau de La-clos, 1999, 254.

¹⁵⁴ Los tres primeros ejercicios, la fábula, la anécdota y éste de la máxima tienen una importante función educativa, por la enseñanza moral que conllevan.

¹⁵⁵ Que la anécdota se transmita por su gracia contradice la definición de la misma que ha dado en 19.7 ss., si bien resulta corregida por la información dada en 21.1 ss. Estas incongruencias se deben, sin duda, al uso de fuentes distintas.

¹⁵⁶ Los tipos de máxima que da Nicolao son mucho más variados que los de Hermógenes y Aftonio, que sólo apuntan las simples / compuestas, las verdaderas / verosímiles y las hiperbólicas.

¹⁵⁷ *Ilíada* 2.24-25.

gunté, porque sé que es parecido a aquellos con cuya compañía disfruta»¹⁵⁸. Es verosímil porque es un hecho que hasta los hombres buenos se apartan del buen camino al tener trato con malvados. Por otro lado, las máximas son unas simples y otras dobles. Simples, como ésta: «No es posible a nadie encontrar una vida sin sufrimiento»¹⁵⁹. (27) Dobles, como esta otra: «De los buenos aprenderás cosas buenas; pero si te mezclas con malvados, perderás hasta el juicio que posees»¹⁶⁰. Además, de las máximas unas se presentan sin razón alguna, a otras se les añade alguna razón. Sin razón, como aquella que dice: «Sólo hay un esclavo, el dueño <de la casa>»¹⁶¹. Con una razón, como ésta: «Sé valiente, para que alguno de tus descendientes hable bien de ti»¹⁶², ya que se añade la razón para el impulso a la valentía. Y a su vez, unas máximas muestran, como las anécdotas, cómo son las cosas y otras cómo deberían ser¹⁶³. Cómo son, por ejemplo, «la mayoría son malvados»; cómo deberían ser, por ejemplo, «nada en demasía». Algunos añaden otras divisiones entre las máximas; unos las llaman «especies», otros «diferencias» entre ellas; por ejemplo, dicen que unas máximas son órdenes, como «Sé valiente», otras, deseos, como la que dice: «¡Que no tenga yo una vida feliz, pero dolorosa!»¹⁶⁴, otras expresan una prohibición, como aquella que dice: «No desees luchar por rivalidad con un hombre más fuerte que tú»¹⁶⁵, otras, una determinación, como la siguiente: (28) «que la divinidad guía siempre a cada uno hacia su igual»¹⁶⁶. Y además de estas divisiones, unas máximas son innobles, como ésta: «Deja que me llamen malvado si yo obtengo alguna ganancia»¹⁶⁷; otras, nobles como: «Un único presagio es el mejor, luchar por la tierra patria»¹⁶⁸. Efectivamente, los de la escuela de Siricio¹⁶⁹ añaden las diferencias mencionadas y otras muchas.

Pero estas diferencias deben examinarse en otra ocasión; ahora bastará con decir sobre ellas que, siendo cinco las partes del discurso, proemio, narración, réplica, refutación, epílogo, y tres las partes de la retórica, panegírica, judicial y deliberativa, la máxima proporciona la misma práctica de éstas que la anécdota. Y, puesto que

¹⁵⁸ Eurípides, *Fenicias*, frag. 812 Nauck². Aparece mejor citado en Hermógenes, 9.9-11: «Al hombre que disfruta cuando está acompañado de malvados / nunca le pregunté porque sé que / es parecido a aquellos con cuya compañía disfruta.»

¹⁵⁹ Menandro, frag. 411, Kock.

¹⁶⁰ Teognis, 35-36.

¹⁶¹ Kennedy, 2003, 143, n. 37, apunta que se trata de un fragmento de una comedia perdida.

¹⁶² *Odisea*, 1.302.

¹⁶³ Este tipo de máximas que muestran cómo son las cosas, es decir, las máximas enunciativas, contradice la definición según la cual todas deben ser morales. Hermógenes y Aftonio, en cambio, reconocen la existencia de este tipo explícitamente, junto a las exhortativas y las disuasorias.

¹⁶⁴ Eurípides, *Medea*, 598.

¹⁶⁵ *Ilíada*, 7.111.

¹⁶⁶ *Odisea*, 17.218.

¹⁶⁷ Se trata de un fragmento de una tragedia perdida: Kennedy, 2003, 144, n. 38.

¹⁶⁸ *Ilíada*, 12.243.

¹⁶⁹ Siricio fue un sofista que vivió a comienzos del s. IV; según el léxico Suda enseñó en Atenas y fue autor de *Progumnásmata* y de declamaciones: vid. Kennedy, 2003, 144, n. 39 y Fruteau de Laclous, 1999, 257.

esto lo hemos explicado allí detenidamente¹⁷⁰, no necesitamos repetir también aquí las mismas palabras. Y, por supuesto, la división en secciones es la misma.

Dado que unos ejercicios preparatorios son partes y otros partes y todos, la máxima estaría entre los que son partes, ya que ésta por sí misma, sin otras materias, no completaría una hipótesis, a no ser que se la considerara suficiente para contestar a una hipótesis completa, por medio de la simple negación: «No desees luchar por rivalidad con un hombre más fuerte que tú». (29) Es mucho más verosímil considerarla una parte, como la anécdota.

Se ha dicho a menudo y por todos los que han escrito *artes*, que la máxima está dividida en las mismas secciones que la anécdota. Hemos mencionado esas secciones en las palabras sobre la anécdota¹⁷¹.

6. Sobre la refutación y la confirmación¹⁷²

Después de la máxima deben situarse la refutación y la confirmación¹⁷³. Efectivamente, éstas, que nos cogen ya duchos en las demostraciones paradigmáticas y entimemáticas gracias a la anécdota y la máxima, nos enseñan con mucho detalle cómo hay que encarar los debates con los que se responde a las réplicas, gracias a los cuales seremos capaces de ofrecer una refutación a lo dicho por los adversarios en hipótesis completas y de confirmar fácilmente nuestro parecer.

Pues bien, la refutación es un discurso que rebate¹⁷⁴ el discurso que previamente ha sido expuesto con verosimilitud, y la confirmación es lo contrario, un discurso que confirma otro discurso que previamente ha sido expuesto con verosimilitud. Se añade «con verosimilitud» en ambos, para que sepamos que no debemos refutar ni las verdades reconocidas como tales, ni las mentiras reconocidas como tales, sino lo que admite discursos verosímiles en una u otra dirección¹⁷⁵. (30) Efectivamente, no pare-

¹⁷⁰ Vid. el capítulo de la anécdota, 23.9-24.3.

¹⁷¹ Vid. el capítulo de la anécdota, 24.4-24.21.

¹⁷² Nicolao, como Hermógenes, trata conjuntamente la refutación y la confirmación, si bien con más amplitud. Por el contrario, Teón trata ambos ejercicios dentro del relato (vid. 93.5 ss., Spengel) y les atribuye los mismos principios de argumentación que a la fábula. Aftonio trata ambos ejercicios por separado.

¹⁷³ A partir de Hermógenes este orden (después de la máxima) es el habitual en todos los *Progumnásmata*; no obstante, como Fruteau de Laclous, 1999, 260, puntualiza, Nicolao lo justifica apoyándose en los sólidos argumentos pedagógicos que siguen.

¹⁷⁴ Sobre la terminología utilizada en esta definición, vid. Fruteau de Laclous, 1999, 261: los términos *anaskeuè* y *kataskeuè* proceden de la dialéctica, de donde, con el mismo sentido, los tomó la retórica; en la época de Nicolao eran términos técnicos conocidos por todos, lo que le lleva a utilizar en su definición otros más usuales (*anatreptikós*, 29.16) que tenían un significado similar.

¹⁷⁵ Que sólo se rebate o confirma lo verosímil, es decir, la materia propia de la retórica desde Aristóteles, es algo que también Hermógenes (1.4, Rabe) y Aftonio (10.11, Rabe) puntualizan en su exposición. Por el contrario, Teón refuta y confirma también narraciones, anécdotas y fábulas (vid. Patillon, 1997, XCIII ss.).

ceremos veraces si refutamos cosas reconocidas como verdaderas –ya que nadie nos prestará atención–, ni si refutamos las reconocidas como falsas –ya que nadie necesita ser convencido–; y a la inversa con respecto a la confirmación, ni confirmaremos cosas reconocidas como verdaderas –pues todos están ya convencidos de ellas–, ni las reconocidas como falsas –<pues nadie> las aceptará–. Por tanto, la práctica de este ejercicio debe tratar sobre lo verosímil.

Hay que saber que el orden de estos dos ejercicios es indiferente¹⁷⁶, ya que, tras haber hecho una refutación, no siempre realizaremos a continuación una confirmación, ni tampoco haremos lo contrario en todos los casos, sino que podemos utilizar primero el ejercicio que deseemos con total confianza¹⁷⁷.

«Estos ejercicios,» dicen, «se dividen en los siguientes principios de argumentación: lo increíble, lo imposible, lo inapropiado, lo imprudente, lo inconsistente y, además, los principios de argumentación que derivan de los factores circunstanciales, lugar, <tiempo, persona> o cualquier otro semejante. Hay que saber también que algunos han tratado de establecer un orden concreto en estos principios de argumentación, diciendo que lo increíble debe ir en primera posición, que debe seguirle lo imposible, luego lo imprudente y después lo inconsistente. (31) Por otro lado, otros se sirven del orden que ellos consideran correcto según una división diferente. Nosotros decimos que ni todos los principios de argumentación van a ser aplicables a todas las refutaciones y confirmaciones, ni tienen un orden determinado, sino que éstos son los principios de argumentación a partir de las cuales refutamos y confirmamos, y que el alumno que hace estos ejercicios con aplicación, teniendo en cuenta cuántos y cuáles son aplicables, debe establecer él mismo el orden, y seguir preferentemente el orden del discurso asignado. Por ejemplo, se nos asigna refutar el caso de Dafne, es decir, un relato¹⁷⁸. Entonces consideraremos la primera parte del relato, si es imposible o increíble y utilizaremos la elaboración de este principio de

¹⁷⁶ Esta indiferencia no se da, en cambio, en Teón, Hermógenes y Aftonio, quienes, siguiendo una larga tradición, colocan primero la refutación. Sólo en los comentaristas bizantinos de Aftonio se apuntan las causas de este orden y se menciona el contrario. Entre las causas más relevantes hay que citar la analogía con el discurso judicial y la herencia aristotélica, según la cual es más fácil refutar cuando se trata de situaciones particulares, en las cuales basta con destruir uno de los puntos en que se apoyan para invalidar el conjunto, mientras que, cuando se busca confirmar, hay que demostrar todo; esta idea pasó a la tradición retórica y aparece también en Quintiliano quien la cita apoyándose en la autoridad de Cicerón; vid. Fruteau de Laclous, 1999, 163-164.

¹⁷⁷ Parece evidente que la práctica escolar suponía la realización de ambos ejercicios sobre el mismo tema, tal como se documenta en el *progumnasma* práctico de Aftonio, en el que primero se refuta y luego se confirma la historia de Dafne. La misma práctica se aprecia en los ejercicios del mismo tipo de Libanio y de Pseudo-Nicolao. Como Fruteau de Laclous, 1999, 264-265, señala, esta práctica suponía un importante salto cualitativo con respecto a los ejercicios precedentes; de ahí que Aftonio, siguiendo una tradición que también se documenta en la *Retórica a Herenio* (1.18), concluya sus capítulos sobre la refutación y la confirmación (10.18 y 14.6 Rabe) afirmando que en este ejercicio se encierra toda la fuerza del arte oratoria.

¹⁷⁸ Precisamente sobre la historia de Dafne realiza también Aftonio sus *progumnasmata* prácticos de refutación y confirmación: vid. 10.20-13.16 y 14.9-16.16, Rabe.

argumentación¹⁷⁹. Eso haremos también en la segunda y tercera parte del relato, y, siguiendo su orden, en todas las demás por igual. De esta manera no se desordenará el discurso, puesto que si nos vemos obligados a dividir el relato según el orden de los principios de argumentación, en lugar de utilizar los principios de argumentación según el orden del relato, la confusión surgirá necesariamente, ya que es probable que mencionemos los primeros sucesos en último lugar, y los últimos al principio. Por tanto, como ya he dicho, nosotros debemos seguir el orden del discurso asignado, como encontramos que hace también Demóstenes en *Contra Timócrates* y en otros discursos. (32) Efectivamente, después de atacar la ley de Timócrates por imprudente y haber hecho una primera aproximación a ella, tras este examen general de la ley, comenzando de nuevo desde arriba y desde el principio, expone y critica lo que le parece inconveniente en cada parte.

Además de estas cosas, se debe tener en cuenta que nada impedirá tampoco que una parte del relato sea tratada según más de un principio de argumentación, por ejemplo, si resulta que puede ser tratada según lo imprudente, según lo increíble y según algún otro. Utilizaremos el mismo principio de argumentación en todas las partes, pero nos procuraremos variedad por la diferencia en la elaboración. El más apto para la argumentación y el que nos conviene de una manera especial es el llamado «inconsistencia», en el que mostramos que el adversario se contradice a sí mismo y habla contradictoriamente. También de este aspecto es prueba Demóstenes, cuando en el mismo discurso, después del examen de otras leyes a las que Timócrates se había opuesto, leyó una ley presentada con anterioridad por el mismo Timócrates y demostró que era opuesta a la presente.

(33) También la inconsistencia en las circunstancias puede ayudar a menudo a hacer el discurso refutable, por ejemplo, en qué lugar estaba Dafne o en qué momento, o si acontece algo de este estilo.

Además, hay que tener también en cuenta que unos realizan su argumentación disponiéndola en partes sucesivas, mientras que otros luchan contra el discurso contrario como un todo; a mí me parece mucho mejor el combate que se da contra cada parte, pues así el discurso resulta mejor argumentado. Pero nada nos impide que, una vez que hayamos narrado la totalidad del discurso tras el proemio, lo retomemos de nuevo dividido en partes, pues así resultará que el examen será más claro.

En la confirmación nos serviremos también de los mismos principios de argumentación, dispuestos de acuerdo con los argumentos de los adversarios.

Puesto que son tres, en opinión de muchos, las partes de la retórica, la práctica de estos ejercicios es más propia de la judicial, ya que lo conveniente, que es lo pro-

¹⁷⁹ Como Kennedy, 2003, 145, n. 42, explica, Nicolao está pensando en un análisis exhaustivo de cada idea de este relato mítico y en su correspondiente refutación.

pio de la deliberativa, no se examina aquí de una manera especial, sino que se trata en relación con las demás demostraciones.

Y de las cinco partes del discurso puedes encontrar que hay práctica de todas ellas, salvo de los epílogos: efectivamente, puede hacerse ejercicio de los conceptos propios para los proemios, las narraciones, (34) las réplicas y las refutaciones. Para el aprendizaje del epílogo conviene más el lugar-común, del cual hablaremos más adelante.

Hemos dicho muchas veces que de los ejercicios preparatorios unos son partes y otros partes y todos. Pues bien, la refutación y la confirmación son de los que se dan sólo como partes, aunque no desconozco que hay quienes consideran que éstos ejercicios preparatorios pueden completar por sí mismos una hipótesis¹⁸⁰. Y dicen que prueba de ello es el discurso de Aristides¹⁸¹ «A favor de los cuatro», al que consideran una refutación. Pero está claro que los que así piensan desconocen la distinción del tipo llamado discurso de réplica¹⁸², y que llaman refutación al discurso de réplica. Por tanto, la refutación y la confirmación estarían entre los ejercicios preparatorios que son considerados sólo partes y que nunca pueden por sí mismos completar una hipótesis, aunque parezca que integran casi todas las partes del discurso. Quienes transitan por todas partes sin lógica, sin examinar las diferencias y sin ver qué se deja entonces fuera en relación con un discurso completo y qué es característico del discurso de réplica, son los que confunden esta parte del discurso con el tipo del discurso de réplica.

En estos ejercicios se deben utilizar ya (35) proemios más contenciosos¹⁸³ que los de las anécdotas y las máximas, ya que, en la misma medida en que avanzamos hacia lo más importante desde lo menos, debemos cuidar cada vez más cada uno de los ejercicios que tratamos.

¹⁸⁰ Esta tradición aparece recogida en Doxápatres, Walz, II, 331.6.

¹⁸¹ Se refiere a Elio Aristides, el famoso sofista del s. II. Aristides es el único orador postclásico que cita los retóricos griegos; vid. Kennedy, 2003, 84, n. 43.

¹⁸² En griego *antirrhêsis*. Sobre este género de discurso de réplica se tenían citas aisladas, que no permitían conocer bien su sentido (vid. el comentario de Fruteau de Laelos, 1999, 266-267), hasta que Patillon, 1997, 11-112, publicó un capítulo dedicado a él en la versión armenia de los *Progumnásmata* de Teón. Gracias a este texto conocemos que la *antirrhêsis* no es un ejercicio preparatorio, sino un discurso completo «que ataca la fiabilidad de otro discurso», preferentemente dentro del género judicial; por los ejemplos que se aducen se trata de componer una réplica a un discurso auténtico (efectivamente el ejemplo que cita Nicolao, «A favor de los cuatro», es una réplica de Aristides al *Gorgias* de Platón), para cuya elaboración Teón propone una abundante lista de principios de argumentación que se pueden utilizar.

¹⁸³ Este ejercicio solía organizarse con una estructura muy similar a la del discurso judicial (vid. Patillon, 1997, XCIV): proemio, exposición, argumentación y peroración; su exordio debía estar claramente referido al tema que se trataba y debía ser, por tanto, más trabajado.

7. Sobre el lugar-común¹⁸⁴

Unos sitúan el lugar-común después de la descripción; otros, en cambio, delante de la refutación y de la confirmación y otros en otros lugares, pero los que lo sitúan en el mejor orden, lo colocan detrás de la refutación y la confirmación. Y con recto juicio, ya que si los ejercicios preparatorios se inventaron originariamente para ejercitarlos primero en ellos y acometer después la realización de discursos completos, y si, hablando en general, cada uno de estos ejercicios parece contener la práctica adecuada para cada una de las partes del discurso, habría que situar el lugar-común después de la refutación y la confirmación, imitando la sucesión y el orden de los discursos. Efectivamente, si son cinco las partes del discurso —proemio, narración, réplica, refutación, epílogo— y si de éstas la última parte es la de los epílogos, una vez que nos hayamos ejercitado (36) en las demás por medio de lo que se ha dicho antes, y, especialmente, después de haber sido instruidos sobre cómo se deben usar los argumentos y sobre cómo se debe hacer frente a las que parecen réplicas cargadas de fuerza, asuntos que precisamente están tratados en la refutación y en la confirmación, debemos dedicarnos al ejercicio preliminar que nos prepara para los epílogos, que es precisamente el lugar-común. Efectivamente, tanto en la anécdota como en la máxima hemos aprendido cómo se deben hacer los proemios; en el ejercicio preparatorio llamado relato, hemos aprendido cómo debemos utilizar las secciones narrativas, y también, sin duda, en la refutación y en la confirmación, cuando, antes de argumentar parte por parte, narramos la totalidad del asunto contra el que tiene lugar la contienda. La refutación y la confirmación ejercitan las réplicas y las refutaciones¹⁸⁵. Queda, por tanto, el epílogo; la necesidad de su práctica la llena el lugar-común.

El lugar-común es una amplificación y un ataque contra una injusticia reconocida; otros lo definen así: el lugar-común es una amplificación de una injusticia reconocida o de la bondad humana. Primero debe explicarse por qué se llama lugar-común. Pues bien, es común porque no se refiere a una persona determinada, por ejemplo contra Timarco por prostitución o contra Licofrón por adulterio¹⁸⁶, sino sim-

¹⁸⁴ En griego, *koinòs tópos*. *Tópos* servía en la tradición retórica para designar los argumentos utilizables en argumentaciones particulares variadas (vid. Aristóteles, 1358.a.10 y 32); como tal, es una la fuente de argumentación, *aphormè epicheiremáton*, o, en latín, *sedes argumentorum* (Quintiliano, 5.10.20-22). Por otro lado, se utilizó para denominar este ejercicio preparatorio: vid. la definición de Teón, 106.15 Spengel: «Se llama lugar común (*tópos*) porque «partiendo de él» (*ap' autoû hormómenei*) como de un lugar, fácilmente aportamos argumentos contra quienes confiesan ser culpables; por lo cual, algunos también lo definieron como «fuente» (*aphormé*) de argumentos.» (Trad. de Reche Martínez). Esta ambigüedad trató de ser paliada por los demás autores de *Progumnásmata* mediante el uso de *koinòs tópos* (*locus communis*, Quintiliano, 2.4.22) para designar este ejercicio preparatorio; ese sentido es el que recogemos en nuestra traducción con «lugar-común».

¹⁸⁵ Aparece aquí *lúsis*, es decir, refutación en tanto que parte del discurso; cuando se trata del ejercicio preparatorio se llama *anaskeuè*.

¹⁸⁶ Timarco nos es conocido porque fue objeto de una acusación por parte de Esquines. De la defensa de Licofrón se encargó Hipérides.

plemente contra una prostituta o un adúltero; y *tópos* porque los argumentos retóricos se llaman *tópos*¹⁸⁷, de manera que es un argumento común, (37) o porque, como comenzamos <de un *tópos* o> de un lugar común¹⁸⁸, desde allí hacemos fácilmente discursos contra tipos determinados de personas.

Hemos afirmado que algunos, al hacer la definición, han dicho que el lugar-común es una amplificación¹⁸⁹ de una injusticia reconocida o de la bondad humana¹⁹⁰. Los escritores de *Artes* más capacitados consideran que quienes eso dicen están equivocados, ya que «no hay que hacer», dicen, «amplificación de las cosas reconocidas como buenas en el lugar-común, porque, sin darnos cuenta, estaremos utilizando en el lugar-común el encomio, que es precisamente la parte más importante del género retórico del panegírico. Efectivamente, ¿qué es el encomio sino la amplificación de los bienes reconocidos? Por tanto, a los que dicen que en el lugar-común se deben hacer razonamientos a favor de alguien, hay que contestarles: ¿Hablares a favor de aquéllos contra los cuales ya hemos hablado o a favor de otros?»¹⁹¹ Pues si hablamos a favor de aquéllos contra los cuales hay una acusación –por ejemplo contra un asesino y hablamos, entonces, a favor de la conducta de un asesino–, el tema ya no es de reconocimiento general; pero si hablamos a favor de los que han realizado cosas buenas reconocidas como tales por todos, tal discurso parece adaptarse mejor al encomio. Así que, no debería aparecer dentro del lugar-común que hay que hablar en favor de alguien, sino que en él debe haber únicamente un ataque (38) contra la injusticia manifiesta y probada de alguna persona, de tal manera que elaboraremos estas composiciones como se hace en los segundos discursos»¹⁹².

¹⁸⁷ Para «argumento retórico» se usa *epikheirémata*; sobre *tópos*, vid. n. 184.

¹⁸⁸ En griego aparece aquí *tinós koinoû choríou*.

¹⁸⁹ En el modelo de discurso judicial, la peroración estaba formada por una amplificación (en un discurso de acusación, que era sustituida por una apelación a la piedad en uno de de defensa) y por una recapitulación. Patillon, 1997, LXXII, aclara que la diferencia entre la amplificación que se daba en la peroración de un discurso de acusación y la que se daba en el lugar común consiste en que en la primera se trata de incitar a los jueces a castigar, mientras que en la segunda se trata de reflejar la gravedad del delito cometido, aplicable a todos los casos de su especie. Según el testimonio de Cicerón (*Brutus* 46-47, cuya fuente es Aristóteles), sofistas como Protágoras y Gorgias tenían preparados desarrollos sobre temas generales, que en época de Cicerón se llamaban ya *communes loci*.

¹⁹⁰ En la definición de lugar-común de Teón (106.5-6, Spengel: «Un lugar común es una composición amplificadora de un hecho reconocido ya como delito, ya como un acto noble», trad. de Reche Martínez) se tenía en cuenta, efectivamente, tanto una acción buena como una mala; en Hermógenes (11.6 Rabe) se habla sólo de una «acción reconocida», pero por los ejemplos que pone, esta acción puede ser buena o mala. Aftonio habla sólo de amplificación de males (*kakón*, 16.19.20 Rabe). La postura de Nicolao es detalladamente contestada en Doxápatres, Walz, II, 391, 3-29; vid. Fruteau de Laclos, 1999, 73-74.

¹⁹¹ Nicolao debe estar haciendo referencia aquí a la práctica escolar que refutaba y afirmaba un mismo asunto.

¹⁹² Estos segundos discursos (*deuterología*) son caracterizados un poco más adelante por el mismo Nicolao (46.3-10): si en la primera intervención contra un acusado se presentan las pruebas, en la segunda se utilizan los conocimientos aprendidos en estos lugares-comunes para denunciar el crimen del que se le acusa de una manera general, buscando elaborar un ataque desde todos los ángulos posibles. Para los distintos sentidos que puede tener el término y los distintos tipos, vid. Fruteau de Laclos, 1999, 275.

Otros lo definen así: el lugar-común es una amplificación y un ataque contra alguna acción reconocida como mala. Estos incluyen en el lugar-común todas las cosas susceptibles de un ataque judicial, ignorando que hay algunas que estarían incluidas con más acierto no en el lugar-común, sino en el vituperio. Son estas cosas para las cuales las leyes no establecen ningún castigo; por ejemplo, contra un borracho o contra el que hace algo muy malo y digno de reproche, pero que no contraviene ninguna ley que prescriba un castigo para quien lo comete, de manera que tenga que defenderse legalmente, nadie usaría el lugar-común en lugar del vituperio, sino, cuando se dé la circunstancia, contra un adúltero, un ladrón de templos¹⁹³ y otros contra los cuales la ley ha prescrito castigos. Efectivamente, el lugar-común se diferencia del vituperio fundamentalmente en que en el lugar-común son jueces quienes son requeridos para el castigo del que ha cometido la falta, mientras que en el vituperio se pretende suscitar el odio de los oyentes hacia aquél contra el que se realiza el ataque. Y además <también> se diferencia en que en el lugar-común la persona es indeterminada, pero en el vituperio determinada, puesto que hacemos un ataque a una persona, y no sólo a un hecho.

A la hora de hacer las divisiones del lugar-común encontramos dicho lo siguiente: (39) «Afirmamos que unos lugares-comunes son simples, otros dobles; simples, como contra un ladrón de templos o contra un traidor; dobles, como contra un sacerdote ladrón de templos o contra un general traidor.»¹⁹⁴ Pero éstos se equivocan cuando piensan que componen lugares-comunes dobles por la adición de «general» o «sacerdote»; (se da tal lugar-común doble,) por ejemplo, si uno habla contra un asesino adúltero –pues tal caso se puede dar– o contra un ladrón asesino o si sucede algo por el estilo, en donde haya dos injusticias, de las cuales cada una de ellas admita un juicio particular. No puede llamarse lugar de argumentación doble si trata contra un general traidor o contra un sacerdote ladrón de templos, ya que la adición de «sacerdote» y de «general» proporcionaría amplios recursos para la acusación, –efectivamente, elaboraremos con facilidad una composición contra un simple traidor y particularmente contra un general traidor– pero no estaríamos completando lugares de argumentación dobles, puesto que ¿qué se podría decir si se eliminara el nombre «traición» contra un general o qué simplemente contra un sacerdote?

Puesto que se ha dicho que <el lugar-común> llena la necesidad del epílogo y que debe ser elaborado como en un segundo discurso, debemos examinar si en el lugar-común incluiremos también un proemio o avanzaremos directamente a la división restante¹⁹⁵. Pues bien, nosotros afirmamos que deben utilizarse ideas propias del

¹⁹³ Kennedy, 2003, 149, n. 50, hace notar que se trata de un ejemplo tradicional dado que, seguramente, después de la prohibición del paganismo en el 391 d. C., la profanación de templos paganos no era ya un delito.

¹⁹⁴ En Teón (vid. 106.12 ss., Spengel) se habla de lugares no simples (*ouch haploí*) y se citan cuatro ejemplos, de los cuales los dos primeros son los mismos que menciona Nicolao.

¹⁹⁵ Es decir, a las siguientes fases de elaboración de la materia; vid. n. 127.

proemio, si bien algunos entran directamente en materia. Efectivamente, (40) encontramos que diversos oradores y el propio Demóstenes, después de haber desarrollado toda la hipótesis, en el punto justo en que van a comenzar el epílogo utilizan frecuentemente algo similar a algunos proemios, por medio de los cuales salvaguardan la continuidad. Y, en general, el uso de proemios o de epílogos no se distingue en él, ya que usa ideas proemiales tanto en el comienzo como en el medio de los discursos e incluso en el final, y también usa epílogos ya en el medio ya en el final. Por tanto, nada impide que también se utilice el proemio en el lugar-común. En caso de que haya un segundo discurso, y por ello se prescinda de los proemios, se están utilizando al hacerlo argumentos propios del arte retórica, ya que todo cuanto hay que elaborar en los proemios, lo contiene ya el discurso previo. Pero, aun así, deben aparecer algunos conceptos propios del proemio, de manera que no parezca acéfalo el discurso¹⁹⁶; efectivamente, ya ha quedado demostrado que los proemios ocupan el lugar de un comienzo, y está claro que también Demóstenes los utiliza en los segundos discursos, como en el *Contra Androción* y *Contra Timócrates*, y desde luego también en el *A Leptines*, aunque breve, (41) coloca algo similar a un proemio. Una vez admitido esto, hay que investigar si nos serviremos de un único proemio en el lugar-común o de más¹⁹⁷. Nosotros afirmamos que es posible servirse tanto de uno solo como de muchos; pues si componemos el lugar-común para practicar, nada impide que nos ejercitemos en uno y en más. No está definido el número de los proemios, pero la necesidad le delimitará al orador su mayor o menor cantidad; algunos, por ejemplo han llegado a componer hasta cinco proemios, y el discurso no ha quedado dañado en ningún aspecto. De manera que, según lo dicho, también utilizaremos numerosas ideas proemiales en el lugar-común. Si la virtud del proemio es ir a lo específico de la hipótesis y si no es posible que lo específico se adapte a todas las hipótesis, en el lugar-común –dado que no está definida la persona contra la cual dirigimos nuestras palabras– ¿cómo podrían encontrarse proemios específicos? Decimos, en consecuencia, que los proemios de los lugares-comunes deben adaptarse, en lugar de a una persona determinada, a la naturaleza del tema; por ejemplo, deben ser tales que se adapten a toda denuncia por adulterio, si éste es el caso; pero que no aparezcan las mismas cosas también en la denuncia contra un traidor, o que las que aparecen contra el traidor, no sean las que aparecen contra el ladrón de templos y, en general, deben ser tales que parezcan apropiadas sólo para los asuntos tra-

¹⁹⁶ Ya en Platón, *Fedro* 264.c, se utiliza la imagen del cuerpo (*sôma*), con su cabeza, parte central, extremidades y pies, como modelo de la organización que debe tener el discurso y de la coherencia que estas partes deben tener entre sí; este segundo sentido se encuentra en el adverbio *somatoeidôs*, «orgánicamente», que aparece en la *Retórica a Alejandro*, 1436.a.29.

¹⁹⁷ Con «proemios» Hermógenes se refiere a las distintas afirmaciones que se realizan en un mismo (y único) proemio: vid. 12.11 ss., Rabe. Kennedy, 2003, 80, n. 27, constata que también algunos retóricos imperiales, como el *Anónimo segueriano*, Spengel, I, 37, hacen el mismo uso del plural del mencionado término. Aftonio afirma que el lugar común carece de proemio, pero que él lo esboza porque el ejercicio está orientado a los jóvenes: vid. 17.4 ss., Rabe. También en los ejercicios prácticos de Libanio aparece las más de las veces un prólogo: vid. Fruteau de Laclos, 1999, 277.

tados; y así tendrán su particularidad. Todo proemio, por decir lo esencial, se deriva de estas cuatro cosas: de la acción, del adversario, (42) de los jueces o del propio hablante; y esto debe cumplirse en todo discurso¹⁹⁸.

Se divide el lugar-común de modos diversos según los distintos autores; efectivamente, unos colocan primero la acción que juzgan; otros examinan la vida anterior (del adversario), lo que llaman «sucesos previos (al caso)»; otros, van directamente a las comparaciones. Pero resulta que los que establecen las divisiones con corrección no aprueban ninguna de estas colocaciones; efectivamente, niegan que haya que colocar primero los antecedentes –pues sería extraño remontarse a examinar la vida pasada antes de considerar la presente–; y niegan que haya que colocar en primer lugar la acción en sí –ya que en esos momentos no se necesita mostrar (su malvada actuación)–, sino destacar (lo más relevante de ella) –efectivamente, no vamos a narrar las mismas cosas de las que está claro que se han enterado en el discurso anterior– pero tampoco pasaremos a las comparaciones sin haber hecho antes la ampliación de lo presente; así que, debido a esto, (los que establecen las divisiones con corrección) colocaron inmediatamente detrás de los proemios la exposición del adversario, a la que algunos llaman «alabanza de la acción agraviada». Este principio de argumentación es como sigue: por ejemplo, si hablamos contra un adúltero, alabaremos la contención; si contra el tirano, la democracia y los bienes que conlleva; si contra un traidor, la lealtad para con la ciudad, y así, en general, buscaremos los contrarios en todos los casos. Después de haber elaborado oportunamente esta parte, pasaremos a la acción, no con la intención de narrarla, sino de magnificarla y de mostrarla como una de las más malvadas, (43) y relacionaremos enseguida con ella la llamada «red»¹⁹⁹, por medio de la cual mostraremos cuántas injusticias acompañan a la acción que se está considerando en ese momento, por ejemplo, que las leyes se están infringiendo, los tribunales, los consejos, absolutamente todo lo bueno de la ciudad, y por decirlo brevemente recurriremos a la *reductio ad absurdum*²⁰⁰, diciendo que de este único delito resultan los peores. Y entonces tienen su lugar las comparaciones, en las cuales, por delante de cualquier otra consideración, nos preocuparemos de utilizar cosas homogéneas. Se dice que son homogéneas las cosas que suceden por las mismas causas; por ejemplo, si habláramos contra un ladrón de tumbas, realizaremos una comparación con los ladrones, con los ladrones de templos, con todos los que se arriesgan a tales cosas por la ganancia. Las comparaciones se realizarán a partir de lo mayor, de lo menor y de lo igual; en efecto, mostraremos que la acción es igual a una cosa

¹⁹⁸ Las fuentes de argumentación de los proemios no están desarrolladas en los *Progumnásmata*. Las cuatro que cita Nicolao aparecen también en otros tratados de retórica, como en el *Anónimo segueriano*, Spengel, I, 428, 5 y en Rufo de Perinto, Spengel, I, 463, 23, vid. Fruteau de Laclos, 1999, 278-279.

¹⁹⁹ *Perioché*, es «lo que envuelve o rodea» a algo y en este contexto se refiere a las ilegalidades que implica el acto particular que se denuncia. Patillon lo traduce por *inclusion*.

²⁰⁰ Kennedy, 2003, 152, n. 55, apunta que la reducción al absurdo (*eis átopon apagogê*) es un procedimiento de la refutación y que Nicolao se refiere aquí a la ampliación de las implicaciones de una acción ilegal o inmoral, en tanto que socava los principios en que se asienta toda la sociedad.

mayor, y mayor que una cosa igual, y mencionaremos el castigo propio de un delito menor, diciendo que es absurdo que uno sea llevado a juicio por un dracma y que, en cambio, por el robo de un templo el acusado quede sin castigo. Hay que saber que ni las comparaciones caen siempre dentro de estos tres lugares de argumentación ni se suceden en un orden determinado, sino que el que hace las divisiones verá cuál debe colocar en primer lugar, en segundo o en tercero, o cuáles <en general> convienen al asunto y cuáles eliminará. Después de haber elaborado las comparaciones, nos serviremos seguidamente de los llamados «sucesos previos (al caso)». Pondremos cuidado <también> en ellos (44) para que sean homogéneos: a la vez que nos fijamos en los hechos pasados y contamos que el acusado hizo, además de muchas otras cosas, también ésas por las que se le acusa en la presente ocasión, debemos proporcionar credibilidad a nuestras palabras por medio del examen de cosas similares a las que en el momento están siendo juzgadas; por ejemplo, en caso de que hablemos contra uno acusado de robar tumbas, diremos que, con toda probabilidad, tras haber cometido antes muchos robos, finalmente llegó también a esta fuente de beneficios. Este principio de argumentación, <el> de los «sucesos previos», es semejante a las llamadas «acusaciones secundarias»²⁰¹ en las hipótesis completas, las cuales mencionamos en ese lugar no con el propósito principal de juzgarlas, sino para, por medio de ellas, hacer creíbles las que se están juzgando en el momento. Por ejemplo, Demóstenes, con el deseo de mostrar que Midias lo había ultrajado voluntariamente con ocasión de su coregía, rememoró no sólo los antiguos delitos cometidos por aquél, sino también sus ultrajes contra otros, para proporcionar alguna fuerza a partir de aquéllos a los actuales. Pues bien, una vez que hemos atacado al acusado en el lugar-común partiendo de lo que ha hecho en el presente y de lo que hizo antes, llegaremos a los llamados «principios de argumentación finales», cuyo nombre explicaremos en el momento oportuno²⁰². Son los siguientes: lo conveniente, lo justo, lo legal, lo posible, lo honrado, lo necesario y lo fácil; de entre ellos utilizaremos los que se adecuen al tema, (45) ya que no hay ninguna necesidad de desarrollarlos todos, sino que, por el contrario, se priorizará lo conveniente. De esta manera, después de la elaboración de estos principios de argumentación, eliminaremos el único recurso de salvación que le queda. Este recurso es llamado «rechazo de la piedad», y suelen utilizarlo los acusados cuando no queda ninguna esperanza de poder escapar al castigo. Una vez que lo hayamos desarrollado y tratado por extenso, en la medida que nos sea posible, de nuevo vol-

²⁰¹ Se utiliza aquí el término *parakategorêma*, que se encuentra en la filosofía estoica, pero no en escritos retóricos; vid. Kennedy, 2003, 152, n. 57.

²⁰² Sin embargo, esta explicación no llega a darse en el tratado que conservamos. Son los latinos *capitula finalia*. *Kephálaion* se utiliza con el mismo sentido que *tópos*, es decir, como principio de argumentación (vid. Lausberg, 1966-68, § 375) y *telikós* hace referencia al fin último (*télos*) que se persigue, fin que suele estar relacionado con el concepto general del bien; de ahí que Patillon, 1997, XLVII, los traduzca como *points du souverain bien* (utilizados en el discurso deliberativo). Los *telikà kephálaia* aparecen por primera vez en Hermógenes (en su tratado de los estados de la causa, 52.20, Rabe), que ya habla de ellos como un concepto recibido de otros, de manera que hemos de suponer que ya tenían una tradición en el s. II: vid. Calboli, 1979, 262-3 y Teón, 1997, LXXXVIII, n. 168.

veremos a realizar la refutación por medio de los mismos principios de argumentación finales de los que podamos servirnos, y por medio de la llamada *hipotiposis*²⁰³. La *hipotiposis* es un principio de argumentación que narra los hechos acacidos como si estuvieran sucediendo ante nuestros propios ojos y por medio de la descripción nos hace espectadores de acciones fuera de lo normal. En este principio de argumentación debemos estar atentos a no describir, sin darnos cuenta, hechos vergonzosos, cosa que sucede cuando los discursos tratan sobre algún adúltero o corruptor de niños. Efectivamente, sobre tales materias hay que evitar una descripción detallada; ya que al describirlas nos haremos más daño a nosotros mismos que al acusado. En todo caso, si resultara necesario describir con detalle tales hechos, destacaremos en esa descripción la temeridad del adversario, describiéndolo como un hombre violento y que muestra desprecio a las leyes, y diciendo que, debido a estas características, no se amedrenta ante unos actos tan monstruosos. Y éstos son los principios de argumentación en los que se divide el lugar-común.

Dado que los ejercicios preparatorios son, unos, partes, otros (46), partes y todos, el lugar-común es unas veces de los que se toman como partes, otras veces de los que se toman como todos. Efectivamente, hay ocasiones en las que se basta para completar toda una hipótesis, tal como encontramos en los segundos discursos, en los cuales, una vez que los primeros acusadores se hayan servido con detalle de las demostraciones, los segundos se sirven de lugares-comunes, haciendo un ataque de los que han actuado mal y exhortando a los jueces al voto condenatorio. Y de esto es testimonio el discurso *Contra Aristogitón*²⁰⁴, que es claramente un epílogo ya que en ningún lugar hay réplicas llenas de fuerza, ni demostraciones contenciosas, sino ataque por doquier.

Es característico de los epílogos adoptar un estilo impactante y cuajado de quejas y, en general, desarrollar un modo de expresión patético y servirse de la propia representación de un modo muy patético, características todas que deben cuidarse en el lugar-común, ya que éste es, como decía, un epílogo, aunque no tenga todas las partes que tiene el epílogo, sino que difiera en algunas. En otra ocasión aprenderemos cuáles son las características del epílogo y en qué se diferencia del lugar-común²⁰⁵.

²⁰³ La *hupotúposis*, término usado por Nicolao y por Hermógenes, es la *evidentia* del latín; vid. Lausberg, 1966, § 810; el mismo significado tiene también en griego *diatúposis*, que es utilizado por Teón y una vez por Nicolao, unas líneas más abajo (45.15). Estos términos vienen a sustituir a la *enérgeia* y al *tò prò ommáton poieîn* que utilizaba Aristóteles (*Retórica*, 1411.b). Fruteau de Laelos, 1999, 286, resalta la relación entre la amplificación de los hechos y la *hipotiposis*, que se aprecia de modo especial en la definición que de ella hace el *Anónimo segueriano* (Spengel, I, 457.18).

²⁰⁴ Ninguno de los dos discursos que se conservan con este nombre son hoy día atribuidos a Demóstenes. Kennedy, 2003, 154, n. 59, cree que puede tratarse de un ejercicio retórico, a juzgar por los datos que sobre ellos aporta Juan de Sardes, que también los menciona.

²⁰⁵ Como bien es sabido, en el epílogo se hacía un resumen de todos los argumentos esgrimidos a lo largo del discurso, algo que no se daba en el lugar-común.

Que de las tres partes de la retórica que en lo esencial existen, el lugar-común proporciona práctica de la judicial, está claro para todos los que <no> incluyen en el lugar-común los discursos sobre hazañas o sobre tiranidas (47) o, en general, sobre los que han hecho algún bien. Para aquellos que los incluyen, en el lugar-común se daría también una práctica del panegírico.

8. Sobre el encomio y el vituperio

El discurso sobre el encomio no es en modo alguno simple; por el contrario, es múltiple y está dividido en muchos tipos; efectivamente, los discursos de regreso, los dirigidos a oficiales, los epitalamios, los discursos funerarios y, por supuesto, también los himnos a los dioses y todo tipo de discursos que contengan una alabanza están colocados en este género²⁰⁶. Éste es el lugar apropiado para decir lo que los principiantes deben saber sobre él.

En primer lugar hay que examinar por qué, siendo tres, hablando en general, las partes de la retórica o los géneros²⁰⁷ o como uno quiera llamarlos –el deliberativo, el judicial y el panegírico–, el tercer género, es decir, el panegírico, en el que lo propio es el encomio, está situado entre los ejercicios preparatorios. Pues si los demás ejercicios preparatorios fueron inventados para ejercitarnos de cara a alguna de las hipótesis completas, en función de qué esta parte (el encomio), que es completa, se incluye entre las partes?²⁰⁸ Contestamos a esto lo que ya antes hemos

²⁰⁶ Ya Teón (109.22, Spengel) había dividido los discursos de alabanza en los dirigidos a vivos (encomio), a muertos (epitafio) y a seres sobrenaturales, ya héroes, ya dioses (himno). También Aftonio (21.8.11, Rabe) distinguía entre encomio (dirigido a seres humanos), himno (dirigido a dioses) y elogio (realizado brevemente, vid. n. 210). Nicolao, con su habitual técnica recopilatoria, nos da una visión de la variedad que había alcanzado el género epidíctico: los dos primeros géneros (discurso de regreso y los dirigidos a oficiales) son formas nuevas, que se desarrollaron en la época imperial, mientras que el epitalamio y el epitafio son antiguas, si bien el primero, como el himno, cambió su forma de composición en poesía por la prosa (vid. Fruteau de Laclos, 1999, 290). En Pernot, 1993, 92-101, se ofrece un panorama de la extensión del género epidíctico en la época imperial; la reivindicación del himno para la retórica es una de las tareas que asumen los oradores de la época (vid. Pernot, 1993, 642-646).

²⁰⁷ La coincidencia en la terminología utilizada al describir las tres partes (*méros*) o géneros (*eide*) de la retórica entre Nicolao y Menandro el rétor (Spengel III, 333.4) es para Fruteau de Laclos (1999, 291) un claro indicio de que Nicolao tiene a Menandro entre sus fuentes.

²⁰⁸ Como ya Teón (61.20-21, Spengel) reconoce, el encomio puede ser un discurso panegírico completo, de manera que debería ser estudiado en niveles más elevados que los que se tratan en los ejercicios preparatorios; de ahí que se vea obligado a justificar su presencia entre estos últimos: aduce que sigue la costumbre establecida (sobre la inclusión de este ejercicio en la educación, vid. Pernot, 1993, 56 ss.) y que ofrece sobre él una teoría muy simplificada (61.24-29, Spengel). Nicolao ofrece una justificación más elaborada, al explicar qué materiales encomiásticos pueden ser utilizados en discursos deliberativos o judiciales. Patillon (1997, LXXV) añade una razón más para la inclusión de este ejercicio entre los *progumnásmata*: se trata de un discurso hasta cierto punto estereotipado, que se desarrollaba por medio de temas bien establecidos desde hacía tiempo (vid. la tabla que se ofrece en lxxvi, en la que se comparan

dicho, que los ejercicios preparatorios son (48) unos partes; otros, partes y todos; son partes cuantos se practican únicamente para su uso dentro de alguna otra cosa; partes y todos, los que unas veces elaboran por sí mismos una hipótesis, pero otras constituyen partes de otras hipótesis. Pues bien, el encomio es de los que son partes y todos; como un todo lo elaboramos en cuantas ocasiones nos sirve para hablar bien de alguien; en cambio, lo componemos como una parte, cuando en el discurso deliberativo nos encontramos en situación de alabar algo que deseamos vivamente, o cuando en el discurso de acusación añadimos el mérito de nuestra causa y rechazamos el del contrario. Un ejemplo del primer caso es el discurso *Panegírico* de Isócrates, que pertenece al género deliberativo, pero está compuesto con material encomiástico; del segundo el *Sobre la corona* de Demóstenes, el cual, aunque pertenece al género judicial, todo él lo construye el orador con el elogio de sí mismo y el ataque a Esquines. Por tanto, dado que unas veces se practica como una parte y otras como un todo, el encomio ha sido situado entre los ejercicios preparatorios.

El encomio es la alabanza por extenso de una persona determinada o de una cosa que se realiza en base a unos méritos (49) reconocidos²⁰⁹. Llamamos discursos extensos a los que se extienden en longitud y desarrollan todas las excelencias, características éstas que diferencian el encomio de los elogios: efectivamente, el elogio es una composición breve, como la mención de una cualidad, mientras que en el encomio se desarrollan todas las virtudes y todas las excelencias de quien está siendo alabado²¹⁰.

El fin que persigue el encomio es lo bueno, de la misma manera que el judicial persigue lo justo y el deliberativo lo conveniente. Se llama encomio por el hecho de

la teoría de Teón, la de la *Retórica a Herenio* y la de Cicerón en *Sobre la invención*), lo que facilitaba la enseñanza de sus rudimentos. Fruteau de Laclos, 1999, 293, recuerda que la interpenetración de unos géneros en otros era habitual desde la época clásica, y que Demóstenes –a quien también cita Nicolao unas líneas más abajo– era reconocido como un maestro de ella. También Pernot, 1993, 59, apunta que el carácter argumentativo propio de la tópica encomiástica invade la de otros ejercicios preparatorios como la anécdota, la máxima, la confirmación (o refutación) y la comparación.

²⁰⁹ Ya Aristóteles (*Retórica* 1366.a.28-31) había precisado que los elogios podían hacerse no sólo de personas, sino también de dioses, cosas o animales, y que éstos últimos se realizaban sobre el modelo del de personas. Teón, en su definición, menciona sólo el de personas (109.9 ss., Spengel), pero más adelante cita también el de los inanimados (112.16, Spengel). Hermógenes apunta el de personas (como clase o como individuos) y el de cosas, animales, plantas o seres naturales como una montaña (14.17, ss., Rabe). Aftonio, en la definición, se refiere sólo al de personas (21.5, Rabe), pero más adelante (21.12, Rabe) lo hace también extensivo a cosas, término en el que incluye circunstancias, lugares, animales y plantas. Por su parte Nicolao utiliza el término *prágma* con el que se refiere (vid. más adelante, en 57.9 ss.) tanto a objetos (como un escudo o una piedra), como a actividades humanas en general (como la retórica).

²¹⁰ Esta misma distinción se encuentra también en Hermógenes (15.6, Rabe) y en Aftonio (21.9-10, Rabe). Para Aristóteles, en cambio, la diferencia entre el elogio (*épainos*) y el encomio consiste en que el primero alaba virtudes, pero el segundo acciones (*Retórica* 1367.b.27 ss.).

ser usado desde hace tiempo por las personas para los himnos a los dioses y las alabanzas mutuas en una especie de festival público (*kômos*²¹¹) <y ocasión lúdica>.

Se diferencian en el encomio distintos géneros –me refiero, por ejemplo, al epitalamio o al discurso dirigido a un oficial o al dirigido a Apolo o, en general, al discurso pronunciado en los festivales o al himno a los dioses–, y cada uno de estos géneros se diferencia por tener alguna división particular, cuyo examen no es propio de una introducción a la retórica. No obstante, diremos con la mayor brevedad posible que en cada una de estas hipótesis debe prevalecer el principio de argumentación peculiar, como es en los epitalamios el elogio de la boda, que es también llamado «de tesis»²¹², en un panatenaico o en los discursos de este tipo, lo relativo a la fiesta, y, en general, en cada uno de ellos, como he mencionado, lo que proporciona ocasión para la hipótesis. La composición que nosotros ahora designamos con el término (50) encomio, la que elaboramos precisamente para elogiar al hombre que ha vivido de acuerdo con la virtud, fue dividida por el divino Platón en el *Fedro* y por otros autores de los tiempos antiguos²¹³, en bienes relativos al alma, al cuerpo y a las cosas externas; son bienes del alma la prudencia, la justicia, la temperancia y el coraje; bienes del cuerpo, la belleza, la fuerza, la estatura y la rapidez; los bienes relativos a las cosas externas fueron divididos en el origen, los amigos, la riqueza y el resto de cosas de este estilo. Nosotros, sin embargo, no seguiremos esta división²¹⁴, sino la que está en vigor. Se divide, entonces, después de los proemios –pues no nos serviremos tampoco en el encomio de un número determinado de proemios, sino de cuantos la ocasión aconseje, tal como hemos dicho muchas veces ya– se divide, decíamos, después de los proemios, en un primer principio de argumentación llamado «del origen», que trata precisamente de la nacionalidad²¹⁵, de la ciudad y de los an-

²¹¹ Esta explicación etimológica se encuentra ya en Teón, 109.27-8, Spengel, quien afirma que los antiguos hacían en el *kômos* alabanzas a los dioses con finalidad lúdica. En cambio, Hermógenes (15.3-5, Rabe) y Aftonio (21.6-7, Rabe) lo relacionan con los cantos que tenían lugar en las aldeas, *kômai*; el primero especifica también que estos cantos estaban dirigidos a dioses.

²¹² El término utilizado es *thetikón*, con el que se indica que trata «de lo relativo a la tesis»; más adelante (74.15), en el ejercicio dedicado a este ejercicio preparatorio, se pone como ejemplo de tesis «si hay que casarse o no».

²¹³ *Fedro* 270.b. Aquí, como en *Leyes* 697.b.2-6, Platón menciona sólo los bienes del alma y del cuerpo; los bienes externos, según Cicerón, *Tusculanae disputationes* 5.85, fueron incluidos por los peripatéticos; de hecho, se encuentran ya en Aristóteles (en *Retórica* 1360.b.20-24 se mencionan los bienes internos, de alma y cuerpo, y los bienes externos) y también en la *Retórica a Alejandro* (1422.a.7-11). Kennedy (2003, 50, n. 156) apunta que la clasificación tripartita era habitual en la filosofía y retórica helenística.

²¹⁴ Esta división es la que aparece, con algunas variantes, en Teón (109.29 ss. Spengel: buenas cualidades referidas al espíritu y al carácter, al cuerpo y externas), Hermógenes (15.18 ss., Rabe: bienes externos, naturaleza del espíritu y cuerpo del elogiado, que se completa con la alabanza de su muerte) y Aftonio (22.1 ss., Rabe: bienes externos, acciones según el espíritu –virtudes–, el cuerpo y la fortuna). La que sigue Nicolao se extiende más en los bienes externos, es breve en cuanto a virtudes del alma y no dice nada sobre las del cuerpo. En general, los tópicos que se tratan en el elogio tienen una larga tradición, como se puede ver en la historia que de ellos hace Patillon, 1997, LXXVII-LXXIX.

²¹⁵ Es decir, si se es griego, romano, egipcio, persa... vid. Kennedy, 2003, 156, n. 68.

tepasados. Estos ítems o bien son todos ellos aplicables, o bien nos serviremos de los que lo sean; por ejemplo, si la ciudad fuese ilustre y famosa, entonces en nuestro discurso nos demoraremos más tratando sobre ella que sobre la nacionalidad; pero si nada notable podemos decir sobre la ciudad, entonces recurriremos a la nación; y si no podemos decir nada útil en torno a esos dos temas, entonces comenzaremos por los antepasados, añadiendo todo cuanto sea posible sobre los ítems arriba mencionados; me refiero a lo relativo a la nación <o a la ciudad>. (51) Por ejemplo, queremos elogiar a algún Sifnio; puesto que no es posible decir nada digno de mención sobre los sifnios, será suficiente para el elogio de esta nacionalidad decir, quizás, que se encuentra cerca del Ática y en medio de las Cícladas²¹⁶. Y después de estas ideas, observando el orden en el arte, avanzaremos hacia otras más cercanas al tema, y a la vez que alabamos a los familiares más ilustres, ocultaremos a los otros. Debemos siempre tratar estos temas con fluidez y avanzar hacia lo particular y lo que concierne únicamente al tema; por ejemplo, me refiero a que muchos descendientes probablemente de unos mismos antepasados remotos, a que muchas líneas de descendientes son posibles y a que los mismos elogios son apropiados para muchas personas; sin embargo, de los méritos de un padre sólo los descendientes del mismo padre deben vanagloriarse. Por ello, nos extenderemos más sobre estas cosas. Pero no pasaremos sobre la memoria de los antepasados apresuradamente, ni como por casualidad, para que no parezca que evitamos las palabras sobre ellos porque somos conocedores de algún mal, sino que, en caso de que decidamos tratar estos aspectos, nos acercaremos a ellos con medida, diciendo que está fuera de lugar en una rememoración de estas características no prestar también atención a las virtudes de los antepasados; pero, en caso de que decidamos obviarlas, intentaremos dar una buena razón para que no parezca que las ocultamos voluntariamente²¹⁷.

Después de lo concerniente al origen avanzaremos hacia lo relativo al nacimiento; por ejemplo, si es que podemos decir algo de provecho para el elogiado con ocasión del sufrimiento del parto, como se dice de la madre de Pericles, (52) Agarrista, a la que la divinidad anunció, por medio de un sueño, que iba a dar a luz a un león²¹⁸; o de la madre de Ciro sobre la viña y la inundación en sueños²¹⁹, que se repite una y otra vez. Muchas historias similares nos han sido legadas, por ejemplo, sobre Evágoras²²⁰, el rey de los ciprios, y sobre otros. A continuación, pasaremos a con-

²¹⁶ La alusión a la isla de los sifnios como lugar poco afortunado para el elogio es tradicional: Fellen recoge en su aparato crítico que aparece en Demóstenes (13.34) y en Hermógenes (*Sobre los estados de la causa*, 33.10, Rabe). Pernot (1993, 2005) estudia el tópico de la centralidad (en este caso, su posición central entre las Cícladas) como uno de los habituales en las descripciones elogiosas de lugares.

²¹⁷ Puesto que los oradores eran capaces de elogiar hasta lo más insignificante, sus omisiones de elogio eran igualmente significativas; de aquí esta advertencia de Nicolao; vid. Fruteau de Laclos, 1999, 300.

²¹⁸ Así se puede leer en Plutarco, *Pericles* 3.2.

²¹⁹ Heródoto (1.107-8) cuenta que la madre de Ciro soñó que daba a luz una corriente de agua que inundaba toda Asia y su padre soñó con una vid que crecía del seno de su mujer y daba sombra a toda Asia.

²²⁰ Vid. Isócrates, 9.21.

tar las circunstancias de su crianza, si podemos decir algo especial sobre ella, distinto de lo que les ha sucedido a otros, como en el caso de Aquiles, en el que diremos que fue criado con médulas de ciervos y por Quirón²²¹ y las restantes cosas que se cuentan sobre él. Después, pasaremos a exponer a qué se dedicó en su juventud, por ejemplo si practicó la retórica o la poesía o alguna otra cosa por el estilo. Luego, las cosas que hizo. Y aquí, o mejor en todas las partes, para que el discurso no sea llano, aun cuando un estilo llano parece convenir de alguna manera a los panegíricos, no obstante, para que no sea totalmente plano²²² debido a que nosotros hacemos solamente una rememoración escueta y no elaborada, intentaremos referir sus acciones a las virtudes e introducir sucesivamente comparaciones²²³; pues de este modo el estilo llano desaparece y el discurso se dota de viveza. Y si hubiera algún punto débil, intentaríamos también ocultarlo con palabras biensonantes, llamando a la cobardía prudencia y previsión, (53) y a la osadía valor y altura de espíritu, y, en general, elaborando siempre todos los detalles de cara a una mayor belleza²²⁴. Y, como dije, hay que introducir en todas partes comparaciones, para escapar al estilo llano en exceso, y adentrarse en el examen de las virtudes, para dotar al discurso de vivacidad.

Hay que examinar si el encomio admite réplica²²⁵. Efectivamente, si hay que poner en cuestión bienes reconocidos, ya no serán reconocidos como tales los que poseen réplica; en cambio, si la réplica resulta de alguna materia particular, que no podemos ocultar porque el oyente la busca, la eliminaremos metódicamente y añadiremos refutaciones de mayor fuerza, de manera que el daño de la réplica desaparezca de todas partes²²⁶. Ejemplos de esto se encuentran en Aristides y en el *Panegírico* y el *Busi-*

²²¹ En los *Progumnásmata* de Hermógenes (16.1-3, Rabe) y en el Comentario de Juan de Sardes (192, Rabe) aparece, en cambio, que fue criado con médulas de león, siguiendo la versión de Apolodoro, *Biblioteca*, 3.172. El centauro Quirón aparece como educador de Aquiles en la *Iliada* 11.832 y en Píndaro, *Nemea* 3.43 ss.

²²² La *huptiotés* es efectivamente uno de los defectos de expresión y a lograr su contrario, la vivacidad (*gorgotés*), dedica Hermógenes un capítulo (312 ss., Rabe) de su obra *Sobre las formas de estilo*.

²²³ La comparación con otros que ya han sido alabados antes es también común en Teón (11.1 ss.) y en Aftonio (22.5, Rabe), donde se especifica que de este contraste se ha de lograr el más alto rango del ser elogiado; este autor, añade además la necesidad de componer un epílogo que se asemeje a una súplica.

²²⁴ Este modo de proceder se remonta a Aristóteles (1367.a.32 ss.), quien recomendaba utilizar en el elogio (y en la censura) lugares comunes cercanos a los propios de la persona que se encomia (o censura) y aprovechar las semejanzas en la dirección que interese al orador. Sin embargo, no se encuentra en Teón, que únicamente indica que no se han de indicar las faltas o, si se hace, ha de ser de un modo encubierto, de manera que no se haga una defensa en lugar de un elogio (112.10 ss., Spengel). Sobre las implicaciones morales del hecho de que Nicolao reconozca que los héroes pueden tener faltas, vid. Fruteau de Laclous, 1999, 303-4.

²²⁵ Es decir, que se eleve alguna objeción a lo que se ha dicho.

²²⁶ En este pasaje parece que Nicolao indica que el encomio no admite discusión en cuanto a qué es la virtud, pero sí que admite objeciones en torno a la virtud o vicio de alguna acción concreta; es contra estas objeciones contra las que se puede, a su vez, replicar; vid. Kennedy, 2003, 158, n. 77. Sobre las réplicas a las objeciones, vid. el capítulo que les dedica Pernot, 1993, 682 ss.

ris de Isócrates²²⁷; de éstos, la réplica del *Panegírico* debe ser especialmente imitada, ya que está muy bellamente refutada; la introducida en el *Busiris* parece refutada con menos fuerza. En todo caso, las réplicas introducidas por la especial naturaleza del material no establecerán una regla general en esta especie de retórica.

El vituperio se divide en los mismos principios de argumentación, puesto que completamos toda su elaboración y división partiendo de los argumentos y entimemas contrarios; (54) efectivamente, un tipo de los encomios lo constituye la alabanza, otro, el vituperio²²⁸. Por eso está situado entre los encomios el discurso de Isócrates *Contra los sofistas*, aunque todo él está construido por los abusos de los que ofenden a las artes. No se me escapa que algunos hacen críticas sobre del título de este discurso, porque no lo tituló *Vituperio de los sofistas*, sino que le puso de nombre *Contra los sofistas*, de manera que parece ser un lugar-común. Sin embargo, hay que saber que los títulos no determinan el género, sino la materia que subyace.

La diferencia entre el vituperio y el lugar-común ha quedado explicada ya en el propio lugar-común, pero no hay nada que nos impida recordarla también aquí, ya que gracias a ella sabremos qué tipo de cosas hay que colocar bajo el vituperio y cuáles bajo los lugares-comunes. Cuando exista un castigo establecido por las leyes para el asunto que estamos examinando, utilizaremos entonces el procedimiento acorde con los principios de argumentación del lugar-común; pero cuando el asunto sólo conlleve reproche para quien lo realiza, entonces lo elaboraremos como un vituperio; por tanto, según esta argumentación, también el *Contra los sofistas* estaría situado en el género panegírico²²⁹.

Hay también, como ya hemos señalado un poco antes, otros muchos tipos de discurso situados bajo la categoría de panegírico, los cuales necesitan una división particular, como sucede entre los situados en el género judicial y en el deliberativo; y hay que decir algo breve sobre ellos, (55) pues así utilizaremos con más cuidado los trabajos técnicos que tratan de estos tipos de discursos. Efectivamente, algunos de los escritores técnicos caracterizan los discursos en base, únicamente, a las personas que los escuchan, y los reparten entre tres tipos de retórica, diciendo que, puesto que nuestros oyentes o están reunidos en una asamblea o actúan en calidad de jueces o participan en un festival, es necesario también que el discurso que se pronuncia sea siempre de uno de estos tres tipos²³⁰; otros no creen que sea necesario distinguir sólo

²²⁷ En el *Panegírico* 100 se exponen objeciones a la hegemonía ateniense; en el *Busiris* 30, las que pueden dirigirse contra la alabanza de un rey; en ambos casos esas objeciones aparecen refutadas a continuación.

²²⁸ Como Kennedy, 2003, 158, n. 80, puntualiza, la palabra *enkómion*, para quien él acepta la derivación de *kóme*, «aldea» (vid. n. 211) no comporta en sí misma el significado de «alabanza». Como Teón y Hermógenes, Nicolao trata conjuntamente el encomio y el vituperio; Aftonio, en cambio, les dedica capítulos separados.

²²⁹ Hermógenes, en cambio, establece la diferencia entre ambos en la finalidad que persiguen: el encomio es un testimonio de virtud, el lugar-común busca obtener una recompensa (15.15-17, Rabe).

²³⁰ El origen de esta división es aristotélico: vid. *Retórica* 1358.a.34 ss.

tres tipos, sino que los extienden a muchos más. Y yo creo que han sido movidos a esta convicción por Aristóteles, ya que este hombre <venerable> llamó a la historia cuarto género junto a los tres mencionados, diciendo que era algo mixto entre los tres²³¹. Pero si se concediera que existe un cuarto, como se desprende que hay que hacer²³², nada nos impide seguir también a otros que llegan, creo, hasta los treinta géneros, y quizás incluso a más²³³. Pues hay casi tantos tipos de discursos cuantos asuntos existen entre los hombres. Pero quien actuara así, produciría sin darse cuenta confusión; por ello, hay que intentar colocar todos los asuntos en aquellas categorías nombradas por Cornuto²³⁴ y Porfirio²³⁵, distribuyendo en los géneros sus hipótesis. (56) Se podría también llamar a la división de estas categorías «diferencia», e incluirlas en los tres géneros, si se presta atención a las personas que toman parte y a la finalidad de cada uno de los géneros de la retórica. Expongo un ejemplo: lo justo es el fin del judicial, que se hace patente en el voto de los jueces que juzgan según las leyes; entonces, los discursos antitéticos, puesto que contienen argumentos contra alguien, ¿serían del judicial?²³⁶ Nadie podría afirmarlo, ya que se da por supuesto que los oyentes no van a imponer ningún castigo que las leyes establezcan, de manera que más bien se colocarían en el género panegírico. Y, en general, los discursos de amonestación, los de agradecimiento, los de defensa contra acusaciones que no tienen atribuido un castigo legal, sino que se han construido sólo para el ataque personal, todos los que tratan de tales cosas, hay que colocarlos en los tres géneros, si se desea introducirlos en ellos obligatoriamente y no aceptar la división en más, y hay que entrelazar los materiales de los que están compuestos. Efectivamente, si tanto en el *Panegírico* de Isócrates, como en el *Sobre la Corona* de Demóstenes, que son reconocidos por todos como pertenecientes el uno al género judicial y el otro al deliberativo, los materiales han sido tomados del panegírico, ¿qué impide que se den las mismas mezclas y entrelazamientos también en los demás géneros, (57) de modo que, por un

²³¹ La historia, como cuarto género, se encuentra en el *Arte retórica* de Rufo (Spengel, I, 463.6; su definición en 463.13-14) y Siriano (Rabe, II, p. 11), pero no en los escritos conservados de Aristóteles. Fruteau de Laclous, 1999, 307, teniendo en cuenta que Rufo fue alumno del peripatético Aristocles (vid. Filóstrato, 248-251, Wright), cree posible una confusión entre los nombres de los dos filósofos, Aristóteles y Aristocles, y que tal inclusión de la historia como género retórico se debiera a éste último. Kennedy, 2003, 159, n. 83, considera probable que tal inclusión se remonte a fuentes helenísticas y que esté implícita en las discusiones de Cicerón sobre historiografía, p. e., en *De oratore* 2.62-64.

²³² Nicolao hace esta afirmación fundamentándose en la autoridad de quien propone el cuarto género (Aristóteles); sin embargo, en sus palabras posteriores rechaza este cuarto género. Kennedy, 2003, 159, 84, explica esta aparente contradicción suponiendo que Nicolao admite la lógica, en abstracto, de la postura aristotélica, mientras que percibe que en la práctica acarrea confusión.

²³³ Quintiliano, 3.4.2, habla de géneros *innumerabilia*.

²³⁴ Retórico, seguramente del III d. C., mencionado por Siriano (Walz IV, pp. 298 y 843) y otros comentaristas del corpus de Hermógenes; Kennedy, 2003, 160, n. 86.

²³⁵ Neoplatónico del s. III cuya obra, *Eisagogé*, llegó a ser la introducción habitual para el estudio de la lógica; vid. Kennedy, 2003, 160, n. 87. Sobre la clasificación de Porfirio, vid. Fruteau de Laclous, 1999, 309.

²³⁶ Se refiere a discursos de réplica, como el de *Sobre los cuatro* de Aristides; Kennedy, 2003, 160, n. 88.

lado, el discurso tenga una finalidad que se determina en base a los supuestos oyentes, y, por otro, esté construido de material diferente? Según esto, se podría decir que también *Sobre los cuatro* de Aristides es un discurso de réplica, <y podrían encontrarse otros muchos discursos, tanto del propio Aristides>, como de sofistas contemporáneos suyos y de tiempos posteriores, que bastan para mostrar que los que han decidido mantenerse en la clasificación de los tres géneros han hecho una buena elección. Pero de este tema ya hemos dicho bastante²³⁷.

Hemos dicho más arriba que el encomio se ocupa también del elogio de cosas. Las cosas, o bien son inanimadas pero corpóreas, como el escudo, la lanza, la piedra o alguna otra cosa semejante, o bien son incorpóreas como la retórica y las actividades humanas en general. Por tanto, es razonable preguntarse cómo haremos un encomio de estas cosas y si es posible que utilicemos los mismos lugares de argumentación que usamos cuando elogiamos a un hombre. Hay que saber, entonces, que también en estos elogios utilizaremos los tópicos aceptados para los encomios, por ejemplo, en el caso de las actividades, en lugar de su origen, teniendo en cuenta a quienes las inventaron o se sirvieron de ellas por primera vez; en lugar de la educación, la práctica implicada en ellos; en el lugar de los hechos, los servicios que prestan a la vida de las personas y sus beneficios, y así en relación con todos los demás tópicos. (58) Puesto que las alabanzas que se hacen a los seres vivos son unas generales, como la del ser humano <o> la del caballo²³⁸, otras, particulares, como la de Sócrates o algún otro, también en el caso de los inanimados hay que buscar los elogios generales que son posibles²³⁹. Y, en general, según dice Isócrates, es necesario que el propio orador, comprenda cuáles son las divisiones, juzgue sobre su utilidad y componga discursos adecuados a las ocasiones, a las personas y a las cosas²⁴⁰.

Dicen²⁴¹: «En los encomios hay que utilizar un modo de expresión cuidado, con gracia suficiente y teatral, acompañado de un cierto grado de solemnidad.» Efectivamente, de la misma manera que en los deliberativos necesitamos amplitud y dig-

²³⁷ Tal como Kennedy, 2003, 160-161, n. 89, hace notar, esta discusión hubiera estado más clara si Nicolao, que parece aceptar como sólida la división en tres géneros, hubiera realizado subdivisiones dentro de ellos, especialmente dentro del panegírico.

²³⁸ Dado que en la definición de encomio de 49.19 Nicolao sólo ha mencionado el elogio de personas o cosas (ya sean éstas seres inanimados, ya actividades), resulta chocante encontrar aquí la mención del elogio al caballo; Fruteau de Laclous, 199, 311, no cree necesario suponer una laguna en el texto y sugiere que Nicolao no ha expuesto, por audaz, la clasificación completa de las cosas que tiene en mente, según la cual éstas se dividirían en (a) inanimadas (corpóreas, como la piedra; incorpóreas, como la retórica) y (b) animadas, entre las que entrarían los animales.

²³⁹ Puesto que el elogio de los individuos ha sido tratado más arriba, no resulta extraño que Nicolao se refiera aquí sólo a los elogios generales. No obstante, Kennedy, 2003, 161, n. 90, apunta también la posibilidad de que se haya perdido alguna referencia a personas o cosas particulares.

²⁴⁰ Esta norma puede estar sacada de la *Retórica* perdida que se atribuía a Isócrates en la Antigüedad, pero también se encuentra en algunos de sus discursos; Kennedy, 2003, 161, n. 91.

²⁴¹ Se trata de un párrafo literal, tomado de alguna de las fuentes –no identificada hoy día– consultadas por Nicolao. Es destacable que éste sea el único autor de *Progumnásmata* que aporte datos sobre el

nidad, y en los judiciales de un cierto grado de vehemencia para hacer el debate viva, así también en los panegíricos necesitamos de aquello que aumenta la sensación de placer en las personas que disfrutan de su ocio y su tiempo libre²⁴², acompañado, como ya he dicho, de solemnidad.

Todo cuanto necesitabais aprender sobre el encomio, queridísimos alumnos, ha sido ya suficientemente expuesto²⁴³.

9. Sobre la comparación

(59) Algunos no han tratado en absoluto la llamada «comparación» entre los ejercicios preparatorios, debido a que ya se ha hecho suficiente práctica de ella en los lugares-comunes, cuando hacíamos el examen del asunto juzgado en la ocasión relacionándolo con otros delitos, y en los propios encomios, en donde intentábamos demostrar la grandeza de lo que estábamos elogiando situándolo junto a alguna otra cosa²⁴⁴; otros han considerado que la comparación estaba entre los ejercicios preparatorios, pero la situaban delante del encomio. No es posible alabar a ninguno de estos dos grupos; efectivamente, por el hecho de haber sido tratada como una parte, no hay razón para que no sea considerada también como una totalidad, o si es considerada como tal, no hay razón para que sea colocada después del encomio; pues cuando es tratada como una parte, y especialmente en el lugar-común, su elaboración se realiza de modo diferente, puesto que comparamos algo o con un igual o con algo inferior o con algo superior, algo que no sucederá en la propia comparación²⁴⁵; pero

estilo en que el encomio debía ser compuesto. Sobre este tema, vid. Pernot, 1993, 335 ss., donde se expone la teoría y la práctica del estilo epidíctico, el cual evoluciona entre dos polos, la simplicidad y la solemnidad, con diversas realizaciones intermedias.

²⁴² Kennedy, 2003, 161, n. 93, destaca la incongruencia de esta afirmación con la asociación que Nicolao ha hecho del encomio a discursos funerarios y de otros tipos que no se representaban en los festivales, a los que se supone que se refiere por su mención a un público que acude a disfrutar de su ocio.

²⁴³ El texto original del manual de Nicolao, tal como se ha conservado en el manuscrito del British Museum, termina aquí. Lo referido a los ejercicios preparatorios que faltan ha sido tomado de material atribuido a Nicolao en comentarios de Aftonio de época bizantina, vid. Introducción pp. 83-84. Como Kennedy, 2003, 162, hace notar, la relación de los ejercicios no sigue exactamente el mismo orden de los temas que utiliza Nicolao en los capítulos precedentes y a veces parecen ser resúmenes o planteamientos distintos de lo ya dicho. Además, la coherencia en la exposición es mucho menor.

²⁴⁴ Nicolao dedica la primera sección de este ejercicio preparatorio a defender la legitimidad de su estudio en esta primera fase del aprendizaje de la retórica. Sin embargo, esta defensa parece inadecuada para su época, ya que el ejercicio es antiguo (aparece ya en Quintiliano). Fruteau de Laclos, 1999, 314, cree que Nicolao ha tomado esta idea de manuales más antiguos, como el de Hermógenes (18.16, Rabe), donde aparecen en la introducción estos mismos argumentos, que sin duda tuvieron su origen en épocas anteriores, en las que la presencia de este ejercicio entre los *progumnásmata* era cuestionada.

²⁴⁵ La función de la comparación cuando es tratada como ejercicio preparatorio es la amplificación, mientras que cuando se utiliza en el lugar-común prevalece el elemento de insistencia en la maldad del delito que se denuncia.

tampoco en el propio ejercicio llamado encomio se dará la valoración de una totalidad en relación con otra totalidad, sino de una parte con otra parte. Por ejemplo, al valorar el noble nacimiento del que estamos alabando en la ocasión, queremos mostrar que tal persona no desmerece en nada del noble nacimiento de, pongamos por caso, Aquiles; entonces, tomando unos pocos datos de lo que se cuenta sobre Aquiles, cuantos (60) nos sean suficientes para el caso, dejaremos de lado las restantes cosas en torno al héroe, puesto que (si no lo hacemos así) lo que rodea a los hechos que nos interesan resulta ser de mayores dimensiones que los hechos de nuestro interés, y el discurso entero se nos va en ello. No hay que colocar la comparación delante del encomio, puesto que entonces el encomio es de doble naturaleza; en efecto, la comparación es «un discurso que confronta lo mejor o lo peor»²⁴⁶, o bien podemos definirla así: «la comparación es el examen paralelo de bienes o de males, o de personas, o de cosas, por medio del cual tratamos de mostrar, o que los dos sujetos en discusión son semejantes el uno al otro, o que uno es superior al otro»²⁴⁷. Por tanto, en la llamada comparación, es decir, en este ejercicio preparatorio, evitaremos en adelante la comparación con lo inferior²⁴⁸, la cual nosotros adoptamos en el lugar-común dedicado a la censura. Entonces, si la comparación es un encomio doble²⁴⁹, cómo iba a ser lógico el colocar lo doble delante de lo simple? Luego no debe situarse delante del encomio.

La comparación es de los ejercicios que pueden ser partes y todos, pues será tomada como parte en los encomios y en los lugares-comunes, y como todo cuando, pongamos por caso, se ofrezca una recompensa por una vida virtuosa y dos hombres que se distinguen por ella contiendan el uno con el otro.

(61) En la comparación utilizaremos la misma división que en el encomio, teniendo únicamente en cuenta que los principios de argumentación que se encuentran en ella son dobles, y que como en el encomio buscaremos los posibles, acomodán-

²⁴⁶ Esta definición es la que aparece en Teón (112.23, Spengel); la que se cita a continuación pertenece a un autor desconocido.

²⁴⁷ Este procedimiento doble, según el cual se ponen de manifiesto las excelencias de dos sujetos sin elegir entre ellos o eligiendo, se menciona también en Teón (114.30 ss., Spengel) y en Hermógenes (19.14 ss., Rabe).

²⁴⁸ Mientras que en Teón se exige comparar sujetos entre los cuales no existiera una gran diferencia (112.30 ss.: «las comparaciones no se hacen entre quienes mantienen entre sí una gran diferencia, ..., sino entre quienes son semejantes y entre aquellos acerca de los cuales discutimos cuál de los dos hay que colocar delante, por no ver ninguna superioridad del uno con respecto al otro.» Trad. de Reche Martínez), en los manuales de *Progumnásmata* posteriores, como el de Hermógenes (19.19, Rabe), Aftonio (31.14, Rabe) y éste de Nicolao, se admite la comparación entre iguales o entre lo inferior y lo superior con objeto de mostrar lo primero como igual a lo segundo; de hecho, la definición de Aftonio («Una comparación es una composición opositiva, que deduce por contraste un mayor grado de importancia para el objeto comparado», trad. de Reche Martínez) se basa en esta última función.

²⁴⁹ La idea de que la comparación es un elogio doble se encuentra también en Hermógenes (19.14, Rabe) y en Aftonio (31.11, Rabe), si bien en el primero de manera implícita: «A veces preferimos una cosa a otra, aunque encomiamos también aquello a lo que preferimos esto otro» (trad. de Reche Martínez).

dolos a los temas en cuestión o a las personas o a las acciones. Compararemos entre sí tantas cosas cuantas alabemos o denigremos, sean buenas o no. Por tanto, no es necesario decir nada más sobre ellas en este lugar. Sólo hay que añadir una cosa, que, tanto si examinamos cosas buenas como malas, no debemos engrandecer nuestros temas quitando importancia a las cosas que proporcionan la base de comparación²⁵⁰, pues de este modo no mostraremos que nuestros temas son grandes, sino que éstos se engrandecerán cuando parezcan mayores que los grandes, como en el pasaje homérico: «hacia delante huía el valiente, pero le perseguía alguien mucho más valiente»²⁵¹. Por ejemplo, queremos mostrar que Temístocles²⁵² es mejor que Pausanias; no le dirá Temístocles a Pausanias que no ha hecho nada bueno por los griegos, sino «También tú has hecho muchas y grandes cosas, pero las mías son con mucho superiores a las tuyas.» Y lo mismo haremos con respecto a las cosas malas, como Demóstenes nos mostró correctamente en el proemio de *Contra Androción*, (62) ya que Diodoro no dijo que «Euctimón no ha sido agraviado en nada por él», sino que «él sufre muchos y grandes agravios, pero yo mucho mayores». Y, de este modo, por la amplificación de lo sucedido a Euctimón, quedaba disimulada la amplificación de lo que a él le había sucedido²⁵³.

El estilo debe ser también aquí majestuoso y teatral, aunque sin renunciar a lo solemne²⁵⁴. Siendo tres las partes de la retórica, la comparación parece ser equivalente a una de ellas, me refiero al encomio²⁵⁵, pero nos ejercitará también para las demás. Efectivamente, cuando participamos en las deliberaciones, queremos mostrar que nuestras propuestas son mejores que las pronunciadas por otros y haremos lo mismo cuando denunciemos los delitos cometidos y trataremos de mostrar que los actuales son mayores que todos los demás. La práctica de la comparación tiene,

²⁵⁰ Esta idea es compartida también por Teón (113.25-26, Spengel) y por Aftonio, que compara en su ejercicio práctico a Héctor y Aquiles, buscando la igualdad entre los dos héroes. Sin embargo, Fruteau de Laelos, 1999, 317, señala que aunque ésta es la teoría de los tecnógrafos, en los ejercicios prácticos de Libanio el sujeto inferior de la comparación resulta sistemáticamente censurado.

²⁵¹ *Iliada* 10.158; la cita se refiere a Héctor y Aquiles, respectivamente.

²⁵² Temístocles, el general (s. VI-V a. C.) responsable del poderío marítimo ateniense gracias al cual la polis obtuvo el triunfo de Salamina, es mencionado también por Teón (114.21 ss., Spengel), dentro de las comparaciones entre grupos de hombres y de mujeres, como uno de los mejores del género masculino.

²⁵³ Puesto que se trata de elogiar a las dos personas o cosas que se comparan, Teón (11.57, Spengel) admite la posibilidad de pronunciar sucesivamente dos discursos de elogio. Sin embargo, Aftonio (31.18, Rabe) niega expresamente esa posibilidad. Nicolao no la menciona, pero en 61.17, en la comparación entre Temístocles y Pausanias, hace que el primero tome la palabra, de manera que parece posible pensar (vid. Fruteau de Laelos, 1999, 317) en dos ejercicios sucesivos, en los que ambos personajes defendían sus obras virtuosas, a la manera de los que se encuentran en Libanio (declamaciones 15 y 16, Foerster).

²⁵⁴ Si la comparación es un encomio doble, las cualidades de estilo requeridas han de ser semejantes: observamos que la gracia ha desaparecido, que la teatralidad se mantiene y que la solemnidad resulta recalçada.

²⁵⁵ Encomio se utiliza aquí para referirse al género epidíctico o panegfírico.

en general, muchas formas, como sucede con el encomio, tanto cuando se emplea como un todo²⁵⁶, como cuando se emplea como una parte de otra totalidad.

Siendo cinco las partes del discurso, nos ejercitamos en la comparación tanto en la invención de los proemios, como en la composición de narraciones en las cuales, al hilo de lo narrado, mencionamos los méritos, y en la vehemencia de los debates en los que (63) intentamos mostrar que las cosas son o semejantes o mayores, y en las emociones de los epílogos, con las cuales cerramos las hipótesis.

Si tuviéramos que parangonar flores o plantas o, en general, cosas por estilo, nos será posible utilizar un estilo relajado, de manera que ni nos veamos obligados a recorrer todos los principios de argumentación, ni a buscar excusas por ello, pues el estilo relajado no tiene la obligación de seguir al pie de la letra la división técnica de los encomios compuestos en un estilo serio²⁵⁷.

10. Sobre la etopeya²⁵⁸

Algunos de los que colocan la descripción inmediatamente detrás de la comparación y la etopeya después de la tesis han escrito así: «La etopeya está correctamente colocada detrás de la tesis; pues en cierto sentido hay un camino que discurre desde la tesis, pasando por la etopeya, hacia las hipótesis completas. Por ejemplo, una tesis es «si hay que filosofar». Esta tesis se construye por medio de las elaboraciones que hemos mencionado en las palabras que le hemos dedicado; en cambio, en la etopeya diremos: «un labrador insta a su hijo a aprender filosofía»; pues bien, el carácter del padre, que se ha añadido a la tesis, de ningún modo la ha convertido en hipótesis completa, puesto que todavía carece de la circunstancia, pero nos la muestra más completa que en el caso de la tesis». Así han escrito ellos; en cambio nosotros, que seguimos la costumbre más arraigada (64) y colocamos la etopeya justo detrás de la comparación, decimos: «etopeya es el discurso que se adapta a las situaciones propuestas, mostrando carácter o emoción o los dos²⁵⁹». «Que se adapta a las situaciones propuestas», puesto que se debe tener en cuenta tan-

²⁵⁶ Nicolao se refiere aquí a obras como la de Plutarco, que comparaban las vidas de personajes célebres.

²⁵⁷ En este párrafo, que completa la idea de la comparación refiriéndola ahora a sujetos que no son personas, se han reconocido (Pernot, 1993, 346 y n. 58) ideas de la doctrina de Menandro el Rétor, que oponía el estilo relajado (*aneimené*, lat. *remissus*) al sostenido (*siñtonos*, lat. *intentus*); el «estilo relajado» se refería en principio a la manera de organizar las palabras, pero posteriormente pasó a referirse a todos los aspectos del estilo. Sobre la relación entre Nicolao y Menandro en este tema, vid. Fruteau de Laelos, 1999, 318-9.

²⁵⁸ Sobre el lugar de la etopeya en la historia de la retórica, vid. Pernot, 1993, 399-402.

²⁵⁹ En el glosario *èthos* y *páthos* aparecen traducidos respectivamente como carácter y emoción, que son sus sentidos más aproximados. No obstante, son conceptos complejos, que hemos estudiado en las fuentes retóricas y poéticas: vid. Redondo Moyano, 2006, 581-618 y 2006b, 25-72 respectivamente.

to al que habla como a aquel a quien se habla. «Carácter o emoción o ambos», porque se atiende o a lo universal o a lo que surge de la circunstancia, pues en esto difieren el carácter y la emoción; por ejemplo, si dijéramos «qué palabras diría un cobarde cuando va a abandonar la batalla», estaríamos pensando en el carácter general que es propio de los cobardes; en cambio, si dijéramos, «qué palabras diría, pongamos por caso, Agamenón tras la toma de Troya, o Andrómaca tras la caída de Héctor», las emociones que surgen de la situación planteada proporcionarán una buena ocasión para hablar²⁶⁰.

Las etopeyas son unas éticas, otras patéticas y otras mixtas²⁶¹: éticas y patéticas son las que ya hemos mostrado, mixtas las que participan de las dos; por ejemplo, si digo «qué palabras diría Aquiles partiendo para la guerra después de la muerte de Patroclo», ya que añadiré al carácter también lo que surge de la emoción y la convertiré en una etopeya mixta.

La llamada prosopopeya, que es casi idéntica a la etopeya, consideran diversos autores que difiere de esta última de modos diversos: (65) unos llaman prosopopeya a la que tiene determinadas tanto las personas como las circunstancias subyacentes, y etopeya a la que se inventa en todos sus aspectos²⁶², a la cual también llaman *rhesis*²⁶³, dando este nombre a la misma cosa. Los que tienen la mejor opinión llaman etopeya a la que se compone en base a personas determinadas, y prosopopeya a aquella en la que inventamos personas y les dotamos de palabra. Esta última es la que se atribuye de un modo especial a los poetas, los cuales tienen la capacidad no

²⁶⁰ Como se puede apreciar por los ejemplos propuestos, los personajes que se tratan en este ejercicio están tomados de la literatura; esto es así en todos los autores que tratan de la etopeya y en todos los ejercicios prácticos conservados; vid. Fruteau de Laclous, 1999, 321.

²⁶¹ Las «éticas» serán, por tanto, aquéllas que se refieren a características permanentes del carácter o modo de ser de las personas, mientras que las «patéticas» harán alusión a los sentimientos que surgen en una determinada situación. Hermógenes (34.9, Rabe) y Aftonio (20.7, Rabe) en su definición de etopeya hacen sólo alusión a la construcción del *êthos*, pero este término está tomado en sentido amplio (vid. Patillon, 1997b, 47), que engloba el *êthos* y el *páthos*; de ahí que puedan realizar la misma clasificación que Nicolao (vid. Hermógenes, 21.10, Rabe y Aftonio, 35. 1, Rabe).

²⁶² Teón (115.11, Spengel) llama a este ejercicio prosopopeya, y lo define como el discurso en el que se representa a un personaje (*prósopon*) pronunciando un discurso adecuado a él mismo y a las circunstancias en que se encuentra (entre las cuales se encuentra el receptor); en cambio Hermógenes (20.7-8, Rabe) y Aftonio (34.2-3, Rabe) distinguen entre etopeya, en la que un personaje (determinado o indeterminado) pronuncia un discurso; prosopopeya, cuando se hace hablar a un ser inanimado e idolopeya, cuando el discurso lo pronuncia un muerto. Como se puede observar, Nicolao no se refiere a la distinción de Hermógenes y Aftonio. En todo caso, se constata que era habitual distinguir entre estos dos términos, pero que sus contenidos aparecen atribuidos de modo diferente; sobre sus significados en diferentes fuentes retóricas, vid. Fruteau de Laclous, 1999, 322-23.

²⁶³ Este término no aparece en otros escritos técnicos. Fruteau de Laclous, 1999, 323, lo relaciona con el uso que de él hace Aristóteles (*Poética* 1450.a.29 Kassel): las *rhéseis ethikai* son «tiradas o monólogos éticos». De la misma manera, en este ejercicio preparatorio se componían discursos pronunciados por un «yo» en estilo directo, siendo el modo de enunciación el mismo que en las obras destinadas a la representación teatral.

sólo de convertir seres inanimados en personajes, sino también de procurarles palabras con las que expresarse²⁶⁴.

Dado que la diferencia de opinión en torno a la división de la etopeya es grande entre quienes tratan de ella, se debe exponer la predominante, según la cual se divide en tres tiempos, presente, pasado y futuro²⁶⁵, pues lo que algunos llaman «secciones», son entimemas contruidos sobre alguno de estos tiempos. Por tanto, comenzaremos por el presente y retrocederemos hacia el tiempo pasado; después, desde aquí avanzaremos de nuevo al presente; efectivamente, no llegaremos al futuro inmediatamente, sino que rememoraremos brevemente las cosas que se desarrollan en el presente y, de este modo, pasaremos a examinar las del futuro. Por ejemplo, la etopeya «qué palabras (66) diría Peleo, tras haber oído la noticia de la muerte de Aquiles». No rememorará inmediatamente la felicidad pasada, sino que, tras haber lamentado primero la suerte presente, la comparará con las cosas buenas que le sucedieron en el pasado, la boda con la diosa, la honra de la que le hicieron objeto los dioses, sus numerosas hazañas, y, a continuación, llorará el presente, añadiendo las circunstancias en que se encuentra y cómo le han sobrevenido, y, de este modo, pasará a predecir, con más o menos acierto, cuántas desgracias es probable que le sobrevengan por la falta de alguien que le auxilie.

La expresión debe estar constituida preferentemente por frases bastantes breves y como hacia ...²⁶⁶, pero no debe completarse en forma periódica, ya que prestar atención al estilo es ajeno a la emoción, y lo propio tanto de los que están alegres como de los que están tristes es expresar una cosa tras otra con concisión y brevedad. Efectivamente, no dará la impresión de sentir una emoción quien en tal momento se preocupe de la belleza del estilo²⁶⁷.

Este ejercicio preparatorio es también útil para los tres géneros de la retórica; efectivamente, tanto cuando pronunciamos un encomio²⁶⁸, como cuando hacemos

²⁶⁴ Las relaciones entre literatura y este ejercicio están claramente explicitadas también en Teón (60.22 ss., Spengel): «También la prosopopeya es un ejercicio no sólo propio de la historia, sino incluso de la oratoria, del diálogo y de la poesía, y es muy útil tanto en la vida de cada día como en el trato de los unos con los otros, e igualmente es muy provechoso en lo que respecta a las partes habladas de las obras. Por esto, en primer lugar, alabamos a Homero, porque ha atribuido palabras apropiadas a cada uno de los personajes representados y, por el contrario, censuramos a Eurípides, porque de modo inoportuno su Hécuba habla como un filósofo.» (trad. de Reche Martínez).

²⁶⁵ El criterio temporal aparece también en Hermógenes, 21.19, Rabe y en Aftonio, 35.13, Rabe. Teón, en cambio, presenta una elaboración de tipo argumentativo, vid. 116.22 ss., Spengel.

²⁶⁶ Hay una laguna en este punto del tratado; D. A. Russell sugiere *prospuê*, que Kennedy, 2003, 166, n. 101, acepta y traduce «as it were, <natural>»; vid. Teón, 74.12, Spengel.

²⁶⁷ Se trata aquí del estilo «patético», es decir, del que busca manifestar una emoción. Las categorías del *êthos* retórico son tratadas por Hermógenes en *Sobre las formas de estilo*, 320-368, Rabe.

²⁶⁸ Pernot, 1993, 400-402, apunta que inicialmente las prosopopeyas estaban reducidas a los discursos de consolación, pero que en los encomios de época imperial son frecuentes las referidas a los dioses. Para los otros géneros, Fruteau de Laclous, 1999, 325, señala que los autores técnicos recomiendan su uso en la peroración.

una acusación (67) o recomendamos una forma de actuación, necesitamos a menudo de la etopeya. Y a mí me parece que nos ejercita también en el estilo epistolar, ya que en él también se debe tener en cuenta el carácter de quienes escriben cartas y de aquellos a los que las cartas se escriben. No es ésta la ocasión oportuna para examinar si el escribir cartas pertenece a uno de estos tres géneros o a otro, especialmente cuando ya se ha hablado suficiente sobre ellos como para una introducción en el encomio²⁶⁹.

No utilizaremos proemios de construcción periódica allí en donde no hay necesidad de un tipo de expresión semejante, pero tampoco narraciones que respeten la sucesión cronológica –de lo contrario, la emoción desaparecería–, ni será el discurso argumentativo, sino dirigido únicamente a mover al oyente al placer o a las lágrimas.

11. Sobre la descripción²⁷⁰

Algunos, que colocan la descripción justo después de la comparación han escrito así: «El orden de sucesión de los ejercicios preparatorios es indiferente, razón por la cual unos los colocan de una forma y otros de otra, y nada impide poner en práctica la descripción justo detrás de la comparación. (68) Efectivamente, ya que en la comparación hemos afirmado que había posibilidad de usar el estilo relajado y ya que en la descripción se permite utilizar este tipo de expresión en mayor medida, probablemente la descripción debe seguir a la comparación». Así piensan ellos²⁷¹; en cambio, nosotros siguiendo la costumbre dominante, después de la comparación hemos situado la etopeya, y después de ésta la descripción, y afirmamos que «la des-

²⁶⁹ Teón incluye el escribir cartas en la prosopopeya, junto con los discursos de consolación y de exhortación. Esta mención, junto con la de Nicolao, parecen sugerir, según Kennedy, 2003, 47-48, n. 149 y 166, n. 102, la posibilidad de que la epistolografía literaria, un género menor en el marco de la Segunda Sofística (vid. Alcifrón, Eliano, Aristaneto y Filóstrato), fuera practicada ocasionalmente en la escuela. La causa de este tratamiento en la retórica puede deberse a que, cuando las cartas tenían un destinatario real, eran leídas y realizaban, por tanto, la misma función que un discurso diferido; por otro lado, cuando se trataba de una composición literaria, su elaboración (y análisis) se realizaba en términos de la retórica de géneros; Nicolao parece referirse más a este segundo tipo, vid. Fruteau de Laclos, 1999, 326-7.

²⁷⁰ La idea de descripción que aparece en los textos retóricos es distinta de la que la teoría moderna tiene sobre ella; *ékphrasis* tiene un sentido primario de «explicación», entendida en el sentido de operación que expone los detalles de una realidad compleja; como tal podía constituir un discurso, cuando éste se empleaba para representar la realidad de un ser como un conjunto complejo; vid. Patillon, 1997, XXXVIII-XXXIX y 149; también en este mismo autor (XLII-XLV) se puede encontrar una historia de la teoría en que se sustenta este ejercicio.

²⁷¹ Fruteau de Laclos, 1999, 328, relaciona las ideas que defenderían estos autores anónimos con los escépticos, mencionando concretamente a Sexto Empírico. La colocación de este ejercicio estaba en discusión todavía en época de Doxápatres (siglo XI; Walz, II, 509-511), donde se mencionan tres posiciones posibles.

cripción es un discurso narrativo, que despliega claramente ante nuestros ojos lo que describe»²⁷². Se añade «claramente» porque en esto es especialmente diferente de la narración, ya que ésta proporciona una simple exposición de las acciones, mientras que la descripción trata de convertir a los oyentes en espectadores. Describimos lugares, tiempos, personas, festivales, sucesos²⁷³; lugares como prados, puertos, lagos²⁷⁴ y otras cosas similares; de tiempos, como primavera y verano; de personas, como sacerdotes²⁷⁵, Tersites y similares; de festivales, como las Panateneas, las Dionisias y lo que en ellas se hace; en general, usaremos este ejercicio para muchas cosas. También se diferencia de la narración en que ésta examina las cosas desde un punto de vista general, mientras que la descripción lo hace en particular; por ejemplo, (69) es propio de la narración decir: «Los atenienses y los peloponesios sostuvieron una guerra»; y de la descripción decir que cada uno de los contendientes se sirvió de tales y cuales preparativos y de tal tipo de armas.

Cuando hagamos descripciones, y especialmente si se trata de descripciones de estatuas o de pinturas o de cosas por el estilo²⁷⁶, debemos intentar añadir consideraciones de tal o de cual aspecto concernientes al pintor o al escultor; por ejemplo, que lo pintó estando enfadado o alegre por tal razón, o bien mencionaremos alguna otra emoción que convenga a la historia de lo que se describe; de manera similar, también en las restantes descripciones estas consideraciones contribuyen a la viveza de una manera especial.

Comenzaremos nuestras descripciones por las primeras cosas, y de este modo llegaremos a las últimas; por ejemplo, si tenemos como tema de descripción un hombre representado en una estatua de bronce o en una pintura o de cualquier otro modo, comenzaremos desde la cabeza y descenderemos por cada una de las demás partes, pues de este modo el discurso cobra vida en toda su extensión²⁷⁷.

²⁷² La idea de descripción vívida está presente en todas las definiciones de este ejercicio: vid. Teón (118.7, Spengel), Hermógenes (22.7, Rabe), Aftonio (36.22, Rabe).

²⁷³ Lo describible se organiza en una lista abierta que varía ligeramente en los diferentes autores; según Teón (118.9, Spengel) se pueden describir personajes, hechos, lugares, épocas y modos, y algunas descripciones son mixtas. Según Hermógenes (22.9, Rabe), personajes, hechos, circunstancias, lugares, épocas y otros muchos objetos, además de las descripciones mixtas. Según Aftonio (37.1, Rabe), personajes, hechos, circunstancias, lugares, animales y árboles. Una lista de lo descrito por Libanio en los ejercicios en los que aplica la teoría de los *progumnásmata* se encuentra en Patillon, 1997, XXXIX.

²⁷⁴ Según Kennedy, 2003, 166, n. 103, esta lista un tanto extraña pudo haber sido ampliada por aliteración: *leimónas* (prados), *liménas* (puertos), *limnas* (lagos).

²⁷⁵ Kennedy, 2003, 166, n. 104, apunta que la mención seguida de Tersites sugiere que Nicolao está pensando en la *Iliada*, de manera que el sacerdote puede ser Crises, que aparece en el libro I de esta obra.

²⁷⁶ Las descripciones de obras de arte, tan frecuentes en la literatura de la época, son mencionadas, entre los autores de ejercicios preparatorios, únicamente por Nicolao.

²⁷⁷ La idea de describir con un orden está presente en todos los autores de *Progumnásmata*, si bien con matices diferentes: Teón (119.16, Spengel) y Hermógenes (22.19, Rabe) recomiendan describir los hechos acompañados de los sucesos que les preceden y les siguen; para los lugares, épocas, modos y personajes, Teón aconseja argumentos basados en la belleza, la utilidad o el placer; Hermógenes, sustituye

Dado que son cinco las partes del discurso, como a menudo se ha dicho (70), proemio, narración, réplica, refutación, epílogo, la descripción nos ejercitará en la parte narrativa, excepto que no produce una simple narración, sino que selecciona todo lo que contribuye a la viveza, poniéndonos a la vista las cosas de las que tratan los discursos y preparándonos, puede decirse, para ser testigos oculares.

Siendo tres los géneros de la retórica, me refiero al judicial, al panegírico y al deliberativo, se encontrará que este ejercicio preparatorio es útil en todos ellos; efectivamente, cuando pronunciamos discursos deliberativos, tenemos frecuentemente la necesidad de describir aquello sobre lo que hacemos los discursos, para convencer mejor; y al acusar o defendernos necesitamos de la amplificación que proporciona la descripción, y, por supuesto, también en las hipótesis panegíricas el elemento de la descripción se basta para producir placer a los espectadores sentados en los teatros²⁷⁸.

En la mayor parte de los casos este ejercicio preparatorio está entre los que son considerados como partes, pero nada impide igualmente que también sea elaborado en alguna ocasión como suficiente en sí mismo para una hipótesis completa²⁷⁹, bien entendido que en la mayoría de las ocasiones es, ciertamente, una parte.

En la descripción necesitamos un estilo variado, ya que también debemos adaptar el tipo de exposición a la hipótesis propuesta²⁸⁰, ya sea que le demos un sabor dulce, ya sea que contemos trágicamente los sucesos o que inspiremos (71), en general, cualquier otra emoción; efectivamente, hay ocasiones en las que únicamente deseamos infundir buenos sentimientos, pero otras en las que deseamos conseguir un efecto de exageración y amplificación, como lo hace Demóstenes en *Sobre la embajada*, discurso en el que trata de poner a la vista el sufrimiento de los focidios por medio del discurso²⁸¹.

el placer por la sorpresa. Aftonio (37.9, Rabe) recomienda describir a las personas como Nicolao hace con las estatuas, de la cabeza a los pies; las acciones deben rodearse de las circunstancias anteriores, simultáneas y posteriores y los lugares y las épocas de los elementos que les rodean y los que se dan en ellos.

²⁷⁸ Como ya hemos apuntado, vid. p. 50, n. 135, los discursos de lucimiento se pronunciaban a veces en los teatros. Pernot, 1993, 440, apunta que el término *théatron* designa el lugar de la palabra pública, y puede hacer referencia por extensión a cualquier lugar donde se hablara a un público, a la *epideixis* e, incluso, al propio público que escuchaba. El mismo estudioso, 1993, 442, destaca la importancia que tiene en la retórica del elogio la descripción del marco mismo en que el discurso se pronuncia; en concreto, cuando la representación tiene lugar delante de un templo, la descripción de éste y la de la estatua del dios al que está dedicado llegan a ser elementos canónicos en el panegírico.

²⁷⁹ Fruteau de Laclous, 1999, 337, apunta que quizás Nicolao considere aquí que «hipótesis completas» son determinadas descripciones literarias.

²⁸⁰ También Teón (119.31) y Hermógenes (23.9, Rabe) recomiendan adaptar el estilo al tema, aunque enuncian otras dos virtudes generales, la claridad y la viveza. Para Aftonio (37.21, Rabe) el estilo debe ser relajado (*anaiménos charaktér*) y adornado con figuras que le otorguen viveza.

²⁸¹ Nicolao es el único autor de *Progumnásmata* que pone un ejemplo de descripción sacado de un discurso; todos los demás autores tienen ejemplos sacados de obras literarias; Teón, Hermógenes y Aftonio mencionan a Homero y a Tucídides; Teón añade, además, referencias a Heródoto, Ctesias y Filisto.

12. Sobre la tesis²⁸²

Sobre de la división de la llamada tesis ha habido entre los escritores técnicos una gran discusión. Nosotros, en cambio, sólo después de haber dicho qué es la tesis, pasaremos a ocuparnos de la división.

Pues bien, la tesis es un asunto que admite un examen lógico, sin personas determinadas ni cualquier otra circunstancia²⁸³. Se ha dicho «que admite un examen racional», no porque las demás partes del discurso las examinemos prescindiendo del razonamiento, sino porque este ejercicio se organiza exclusivamente en torno a la investigación racional, y no tiene ninguna otra circunstancia, puesto que si se añade alguna otra circunstancia, se convierte en una hipótesis completa. Efectivamente, la hipótesis se diferencia de la tesis en que la primera se compone sin circunstancia y la segunda con circunstancia. Por ejemplo, una tesis es «si hay que casarse»; en ella preguntamos por la acción en sí misma, (72) y no si tal persona debe casarse o alguna otra cosa del mismo estilo, sino sólo, si el hecho en sí es bueno o no es tal. Pero si queremos imaginar, pongamos por caso, que uno que tiene tres hijos y los pierde, quiere casarse con otra mujer tras haber repudiado a la suya porque ya no está en edad fértil, se convierte en una hipótesis.

Este ejercicio preparatorio es propio del género deliberativo, y se divide, según los escritores técnicos cuidadosos, en los principios de argumentación propios del panegírico. No desconozco que otros han utilizado algunos otros principios de argumentación, unos los llamados «finales» y otros otros, dándoles nombres nuevos²⁸⁴.

²⁸² Sobre los orígenes de la tesis, vid. Pernot, 1993, 57 y 597 y Patillon, 1997, LVIII ss.: si en principio era un ejercicio que se practicaba, desde la época de Protágoras, en las escuelas filosóficas, Hermágoras de Temnos incluyó la *thésis* (lat. *quaestio*) en la retórica de la controversia junto con la *hipótesis* (lat. *causa*). En su doctrina, como en la que se lee en Nicolao (76.18 ss.), la tesis se puede tratar en el ámbito de la filosofía (tesis filosóficas) y en el ámbito de la retórica de la controversia, que trata de cuestiones políticas, es decir, de las cuestiones que conciernen al ciudadano; Teón las llama tesis teóricas y prácticas (121.7, Spengel); Hermógenes, no políticas y políticas (25.3, Rabe) y Aftonio teóricas y políticas (41.15, Rabe).

²⁸³ Nicolao recoge en su definición la principal característica de este ejercicio, su carácter de discurso general, que lo diferencia de la *hipótesis*, que trata de un caso particular; esta característica era ya mencionada en Teón, quien, sin duda, sirvió de fuente a Nicolao (120.13, Spengel: «La tesis es un examen lógico que admite controversia, sin personajes determinados y sin ningún tipo de precisión circunstancial») y en Hermógenes (24.2, Rabe: «Como definición de la tesis nos han transmitido la de que la tesis es el examen de un hecho sometido a observación, desprovisto de toda circunstancia particular»). Aftonio no la recoge en la definición (41.13, Rabe: «Una tesis es un examen lógico de un hecho sometido a observación») sino en un apartado específico (41.22: «La tesis difiere de la hipótesis en que la hipótesis contiene la especificación de las circunstancias», traducciones de Reche Martínez).

²⁸⁴ La división de la tesis, que es el primer punto que menciona Nicolao (vid. 71.7), era un asunto controvertido. Se documentan (vid. Patillon, 1997, LXXXVIII) tres tradiciones: la de Teón, que toma sus lugares de argumentación del género deliberativo y que cita también otros principios de argumentación generales (121.20 ss., Spengel), como son lo necesario, lo bello, lo conveniente y lo agradable.

Sobre éstos hay que saber, me refiero a los que utilizan nombres nuevos, que todas aquellas cosas que son llamadas por algunos principios de argumentación son entimemas, que aportan lo que es útil al tema; por ejemplo, lo que llaman «según la naturaleza» o «según la ley» o «según la costumbre» o «según el deber sagrado para con los que han muerto» o «según el deber sagrado para con la patria»; pues de tal cariz son los principios de argumentación que han inventado. Consideremos que tenemos que examinar si hay que casarse. Si comenzáramos a investigar entonces si el hecho se produce conforme a los dictados de la naturaleza, si se debe a la costumbre, si a la ley, si es un deber sagrado para con la patria o (73) si es un deber sagrado para con los antepasados, ¿qué otra cosa estamos investigando sino los bienes que resultan del matrimonio, que son precisamente entimemas de una de las secciones del encomio? Y si investigáramos quiénes fueron sus inventores y quiénes los primeros en practicarlo, ¿qué otra cosa estaremos diciendo sino entimemas que se practican en lugar del origen? Por tanto, a mí me parece que hacen bien los que dividen la tesis según los principios de argumentación del encomio, de manera que sea un ejercicio preparatorio propio de la especie deliberativa, pero con materia y división panegíricos, pues también en las propias hipótesis completas del género deliberativo, ya sea para exhortar a hacer algo, ya sea para disuadir de hacerlo, acostumbramos a construir nuestra argumentación con alabanzas o vituperios. Así que también en este punto me parece que son dignos de elogio los que dividen la tesis de ese modo.

En la tesis debe haber también proemios, uno, dos o más²⁸⁵ —siendo la necesidad la que determine su número al que habla—, que contengan la aprobación o el rechazo del tema, o que desarrollen cualquier otra cosa que los oradores acostumbren a tratar en los proemios. Tras éstos, hay que transitar hacia los principios de argumentación relativos al origen; incluiremos en ellos, en el lugar de los antepasados, a los que inventaron la tesis y la usaron por primera vez, sean dioses u hombres. Después de éstos, en lugar de las actividades, colocaremos los principios de argumentación que resultan de la práctica del tema que tengamos entre manos, y, (74) en lugar de los hechos, las ventajas que de él se derivan, y de este modo avanzaremos en la elaboración de la tesis.

La división panegírica dada aquí se diferencia de la división del encomio en que en éste no se incluye la réplica, a no ser que surja de una materia particular, mientras

La de Hermógenes y Aftonio, que los toman del estado de causa llamado pragmático; estos principios son llamados frecuentemente en época imperial *telikà kephálaia* (vid. n. 202). Y la de Nicolao, que adopta los lugares del elogio. La lista de los «principios de argumentación finales» suele ser abierta, pero en Hermógenes (26.1, Rabe) y en Aftonio (42.8, Rabe) se exponen respectivamente; lo justo, lo conveniente, lo posible y lo adecuado; y lo legal, lo justo, lo conveniente y lo posible.

²⁸⁵ Kennedy, 2003, 80, n. 27, aclara que algunos retóricos de la época imperial utilizan «proemio» en plural con el sentido de series de *statements* hechas en el proemio de un discurso. Teón, 120.32, Spengel, recomienda: «Haremos los proemios de las tesis, o bien a partir de una sentencia (en nuestra traducción «máxima») que confirme la tesis, o de un proverbio, *chría* (en nuestra traducción «anécdota»), declaración útil o historia, o bien a partir de un encomio o vituperio del hecho sobre el que trata el examen.» Trad. de Reche Martínez.

que en todos los casos de tesis se incluye la réplica, que contiene el examen de los inconvenientes que acompañan y se derivan del hecho tratado y los refuta por medio de paradigmas o de entimemas. Por medio de paradigmas, se refuta a partir de los inconvenientes que resultan de otras actividades, que no son suficientes para disuadir a los que desean dedicarse a ellas y aspiran gracias a ellas a obtener más ventajas que inconvenientes. Por medio de entimemas, se refuta a partir de hechos evidentes que muestran los buenos resultados que acompañan a quienes han alcanzado las más elevadas cotas de éxito en el asunto sometido a examen. Por ejemplo, pongamos por caso, la tesis «si hay que casarse»: después de decir cuántos bienes se derivan de los matrimonios, dado que nacen unos de otros, incrementando, si fuera el caso, la población de las ciudades, tanto desde un punto de vista particular como colectivo, (75) y dado que aportan personas que mostrarán su buena voluntad de modos diferentes; y después de dejar claro que el relevo de las generaciones está a salvo y que entre los pobres nacerán quienes alimenten a los viejos, y entre los ricos quienes cuidarán de sus riquezas; después de muchas cosas por el estilo, que se llaman relativas a la tesis²⁸⁶, colocaremos frente a estos beneficios los adulterios y los abandonos de niños, los cuales serán refutados por medio de los naufragios, que no apartan del mar a los que navegan, y de las sequías y los temporales, que no impiden la agricultura, añadiéndose a estas cosas, por un lado, las coronas que se conceden por los actos de heroísmo de los muchachos, las estatuas, los mantenimientos a cargo del erario público, la buena fama en general, y, por otro, todas las cosas que representan la felicidad para los que no han experimentado una suerte adversa durante toda su vida.

La tesis difiere del lugar-común —efectivamente, en éste hay amplificación del tema y tienen por ello algo en común— difiere, entonces, en que en el lugar-común el tema del que tratan los discursos es aceptado por todos, mientras que en la tesis es discutido²⁸⁷; por eso, no se nos impide atacar incluso aquello que habíamos elogiado²⁸⁸. En aquél intentamos dirigir el voto de los jueces, en cambio en ésta emprenderemos un examen en la idea de que se trata sólo de un consejo y de que no se deriva de él castigo alguno de parte de los jueces. En el lugar-común se supone además que hay una persona que ha cometido alguna falta, (76) en cambio en la tesis se da únicamente una investigación acerca de algún asunto desprovisto de circunstancias específicas.

²⁸⁶ Aparece *thetiká* (vid. *thetikón*: n. 212). En la traducción hemos variado la separación en pausas de Felten, para obtener un mejor sentido. Russell sugiere que se enmiende por *antithetiká* (vid. Kennedy, 2003, 170, n. 109), en cuyo caso, la traducción sería: «después de muchas cosas por el estilo colocaremos los argumentos contrarios a la tesis, los adulterios y ...».

²⁸⁷ Este carácter de tema discutido que diferencia este ejercicio del lugar-común remonta a Hermágoras y a Teodoro de Gádara (vid. Patillon, 1997, LXXXVI) y aparece también en la definición del ejercicio de Teón (que citamos en n. 283; el término griego usado en ella es *krinómenon*) y en Hermógenes (25.14, Rabe).

²⁸⁸ Nicolao se refiere aquí a la práctica habitual en las escuelas de defender primero una tesis y luego su contraria: vid. Fruteau de Laclos, 1999, 350.

1. Términos griegos*

anaskeuázein (T, H, A), refutar, 21.18, 21.19, 22.1, 22.3, 29.20, 31.6, 31.9.

anaskeué (T, H, A), refutación, 29.7 (tít.), 29.8, 29.16, 30.9, 31.3, 34.6, 34.11, 34.13, 35.7, 35.9, 35.15, 36.4, 36.10, 36.13.

aneiméne phrásis, (*aneiménos charaktér*, A, estilo suelto), estilo relajado, 63.4, 63.6, 68.2.

antilogía (T), réplica, 78.11.

antírresis (T), discurso de réplica, 34.13, 34.20.

antíthesis (H, A), réplica, 4.6, 4.18, 5.17, 23.19, 23.23, 28.11, 29.12, 34.1, 35.18, 36.3, 36.12, 46.10, 53.6, 53.8, 53.12, 53.15, 53.18, 70.1, 74.4, 74.6, 76.9.

apangelía (T, H), narración, 11.20; exposición, 15.9, 16.15, 66.9, 70.21; expresión, 68.3.

aphégesis (H, A), narración, 70.3.

apódeixis (T, H), demostración, 5.7, 24.15, 24.20, 25.11, 29.11, 33.18, 46.5, 46.11; hecho evidente, 74.13.

apomnemóneuma (T, H, A), dicho o acción memorable, 19.13, 26.1, 26.6, 26.7.

apóphansis (H, A), enunciación, 25.2, 25.7.

apóphasis (T¹), negación, 28.21.

areté (T, H, A), virtud, 14.4, 14.15, 41.10, 49.6, 50.2, 51.19, 52.17, 53.5.

* El primer número remite a la página de la edición de Felten; el segundo, tras un punto, a la línea. Indicamos si el término aparece en Teón, Hermógenes o Aftonio colocando entre paréntesis la letra inicial de sus nombres. Apuntamos en este glosario básicamente las acepciones técnicas de los términos.

¹ En Teón, en cambio, significa opinión (67, 99), declaración (96, 98, 102, 105), enunciación (97, 102) o dicho (101).

- asápheia* (T), oscuridad, 14.12; falta de claridad, 15.6.
- áskesis* (T), ejercitación, 57.20; práctica, 73.22.
- auxánein* (T), amplificar, 42.15; (*aúxein*) engrandecer, 61.9, conseguir un efecto de amplificación, 71.3; incrementar, 74.17.
- aúxesis* (T, H), amplificación, 36.15, 36.17, 37.5, 37.8, 37.11, 38.3, 62.4, 70.13, 75.13.
- chreía*, (T, H, A), anécdota, 17.14 tít.; 17.15, 19.2, 19.7, 19.12, 20.1, 20.6, 21.1, 21.18, 22.3, 22.6, 22.10, 22.18, 22.21, 23.7, 23.11, 23.20, 23.22, 24.9, 25.4, 25.5, 25.8, 25.10, 25.14, 26.1, 26.4, 26.4, 26.5, 27.11, 28.14, 29.2, 29.2, 29.6, 29.10, 35.1, 36.7.
- deinótes* (H), estridencia, 11.4; vehemencia, 79.12.
- délosis* (H), clarificación, 4.18.
- deuterología* (T, A), segundo discurso, 38.2, 39.19, 40.11, 40.18, 46.4.
- diaireîn* (*diaireîsthai*) (H, A), dividir(se), 3.16, 10.9, 15.16, 19.3, 19.5, 24.4, 29.4, 30.13, 38.23, 42.3, 42.7, 43.22, 45.22, 47.6, 50.5, 50.8, 50.10; diferenciarse, 49.13, 49.16, 53.20, 65.13, 72.8, 73.7, 73.13, 77.16, 77.17, 78.3.
- diáresis* (H, A), división, 2.3, 5.11, 17.21, 18.2, 22.17, 24.22, 25.5, 27.15, 28.16, 31.1, 34.13, 39.21, 49.16, 50.9, 54.1, 54.24, 58.6, 61.1, 63.9, 65.11, 71.7, 71.9, 73.9, 74.3, 74.4, 76.21, 76.22, 78.9.
- diatúposis* (H), descripción detallada, 45.15.
- diégema* (T, H, A), relato, 7.9, 11.11 tít., 11.12, 11.14, 11.16, 11.19, 12.1, 12.2, 12.7, 12.17, 13.4, 13.7, 13.9, 13.11, 15.8, 15.12, 15.17, 17.8, 17.12, 17.15, 17.17, 17.22, 19.6, 31.10, 31.11, 31.14, 31.17, 31.17, 32.7, 36.9; (en plural) sección narrativa, 36.8.
- diégesis* (T, H, A), narración, 4.6, 4.11, 4.14, 5.16, 9.13, 11.16, 11.17, 11.20, 12.3, 13.14, 14.4, 23.19, 28.11, 33.21, 35.17, 62.17, 67.12, 68.10, 68.19, 68.20, 70.1, 76.7, 79.3.
- dúnamis* (T, H), capacidad, 2.13, 2.15, 2.19, 3.7.
- eisphorá* (H), propuesta, 77.1 tít., 77.12.
- ékphrasis* (T, H, A), descripción, 17.11, 17.13, 35.6, 45.10, 63.11, 67.16 tít., 67.17, 67.20, 68.5, 68.7, 68.8, 69.2, 69.14, 70.2, 70.14.
- ekteínein* (T, H), extenderse, 24.5, 55.9.
- ékthesis* (H, A), exposición, 4.12, 4.16, 11.15, 11.18, 12.1, 68.11.
- élenchos* (T, H, A), refutación, 16.19.

- enárgeia* (T, H), viveza, 69.11, 70.4.
- enkómion* (T, H, A), encomio, 37.9, 37.11, 37.18, 47.4 tít., 47.5, 47.16, 48.5, 48.19, 49.3, 49.5, 49.8, 49.10, 50.1, 53.7, 54.2, 54.5, 57.10, 57.16, 58.9, 58.18, 59.5, 59.10, 59.13, 59.18, 60.4, 60.5, 60.13, 60.15, 60.17, 61.1, 62.8, 62.14, 63.8, 67.8, 74.4.
- enthúmema* (T, H), entimema, 24.15, 53.21, 65.15, 72.14, 73.3, 73.5.
- epainéîn* (H, A), hacer elogios, 9.1; alabar, 22.19, 23.21, 42.19, 48.8, 49.6, 59.11, 59.20; hacer una alabanza, 23.14; elogiar, 51.1, 51.7, 57.15, 59.7; hacer alabanzas, 78.18.
- épainos* (H, A), elogio, 24.4, 24.8, 48.15, 49.4, 51.3; alabanza, 42.16, 49.12, 54.2, 58.2, 73.11.
- epicheírema* (T), argumento, 33.13, 36.23, 53.21.
- epílogos* (T, H, A), epílogo, 4.7, 5.6, 5.18, 15.19, 16.19, 23.19, 24.2, 28.11, 33.20, 34.1, 35.18, 35.19, 36.5, 36.14, 39.18, 40.3, 40.6, 40.9, 46.12, 46.16, 46.16, 46.18, 63.1, 70.1, 76.10, 79.2.
- epimúthion* (A), epimitio, 9.16, 10.7.
- epitáphios* (T), discurso funerario, 47.8.
- ergázesthai* (T, A), procurarse, 4.11, 40.5; cumplir, 6.12; usarse, 17.7, 49.12; hacer, 36.7, 45.11, 62.11; elaborar, 39.20, 40.14, 42.22, 43.22, 48.3, 48.6, 53.2, 54.19; desarrollar, 40.2, 46.13, 49.3, 49.7; realizar, 43.10, 44.7; producir, 55.18; convertir, 64.19, 68.12; contribuir, 70.4; ser elaborado, 70.18.
- ergasía* (H, A²), tratamiento, 17.2; elaboración, 31.12, 32.10, 45.2, 54.1, 59.15, 63.16, 74.2, 79.13.
- ethopoíia* (H, A), etopeya, 63.10 tít., 63.12, 63.13, 63.17, 64.1, 64.14, 64.21, 65.3, 65.5, 65.21, 67.1, 68.7.
- êthos* (T, H, A), carácter, 5.8, 64.5, 64.7, 64.10, 64.19, 67.3.
- gnóme* (T, H, A), máxima, 19.14, 19.18, 25.1, 25.2, 25.6, 25.7, 25.11, 25.13, 26.1, 26.3, 26.8, 26.9, 26.18, 27.4, 27.11, 27.15, 27.16, 28.2, 28.14, 28.19, 29.4, 29.8, 29.10, 35.1, 36.7.
- gumnasía* (T, A), práctica, 28.14, 33.21, 47.3; ejercicio preliminar, 78.10, 79.2.
- gúmnasma* (T, H, A), ejercicio, 5.15, 34.22, 35.13.
- hellenismós* (A), uso correcto de las palabras griegas, 14.6.

² En Aftonio aparece en forma verbal: *ergázein*.

historía (T, H), historia, 69.10.

húle (T), materia, 14.2, 20.10, 48.13, 53.9, 53.18, 54.10, 56.16, 56.20, 57.2, 73.8, 74.5.

húmnos (T, H, A), himno, 47.8, 49.12, 49.15.

hupókrisis (T), representación, 46.14.

hupóthesis (T, H, A), hipótesis, 4.12, 5.20, 9.3, 17.5, 17.7, 17.10, 23.8, 24.7, 24.20, 28.21, 28.22, 29.13, 34.9, 34.16, 40.3, 41.11, 41.12, 44.11, 46.3, 47.19, 48.3, 48.4, 49.18, 49.23, 55.21, 63.2, 63.15, 63.19, 70.14, 70.18, 70.21, 71.17, 71.18, 72.6, 73.10, 76.15, 78.6, 78.7.

hupotúposis (H), hipotiposis, 45.9, 45.9; descripción detallada, 45.17.

kataskeuázein (T, H, A), confirmar, 23.16, 24.1, 29.15; realizar una confirmación, 30.9, 31.6; estar compuesto, 48.13, 49.4, 56.16; dotarse, 52.19; estar construido, 57.3, 63.16; construir, 73.11; desarrollar, 73.17.

kataskueú (T, H, A), confirmación, 29.7tít., 29.8, 29.17, 30.3, 30.4, 31.4, 33.12, 34.6, 35.7, 35.9, 35.16, 36.4, 36.10, 36.13.

kephálaion (T, H, A), apartado, 19.3, 19.5, 24.4; sección, 24.6, 28.16, 29.5, 65.14, 73.3; principio de argumentación, 30.13, 30.17, 31.4, 31.13, 31.16, 31.18, 32.8, 32.12, 33.12, 42.18, 44.9, 45.2, 45.10, 45.12, 45.22, 49.19, 50.14, 53.20, 54.17, 57.14, 61.3, 63.5, 72.9, 72.10, 72.14, 72.18, 73.7, 77.18, 78.2; (*telikà kephálaia*) principios de argumentación finales, 44.19, 45.8, 77.17, 78.3; lo esencial, 41.22, 46.20.

kakía, defecto, 14.16; mal, 51.15.

léxis (T, H), estilo, 8.21.

lógos (T, H, A), discurso, 2.14, 3.4, 3.8, 4.6, 4.9, 6.9, 6.10, 7.10, 17.10, 7.13, 7.16, 9.12, 14.7, 14.12, 14.15, 14.18, 15.7, 15.10, 15.16, 17.2, 18.6, 23.18, 28.11, 29.16, 29.17, 29.17, 29.18, 29.22, 31.9, 31.15, 31.21, 33.2, 32.15, 33.6, 33.8, 33.9, 33.19, 34.10, 34.17, 35.12, 35.13, 35.15, 35.17, 37.3, 37.19, 40.8, 40.14, 40.16, 41.8, 42.2, 42.13, 45.14, 46.9, 47.1, 47.5, 47.9, 48.11, 49.1, 49.15, 52.14, 52.19, 53.6, 54.3, 54.7, 54.20, 55.4, 55.7, 55.17, 57.1, 57.5, 58.8, 60.3, 60.5, 62.16, 64.2, 67.14, 68.8, 69.16, 70.5, 70.11, 71.5, 75.16, 76.6, 76.17, 79.1, 79.11; parte del discurso, 4.7, 5.7, 9.16, 34.21; historia, 16.8; lógica, 17.21; respuesta, 18.12; dicho, 18.19, 19.1, 19.7, 19.10, 20.11; palabra, 7.18, 8.1, 13.19, 19.10, 25.6, 25.6, 25.11, 26.5, 28.16, 29.6, 41.14, 44.4, 51.16, 52.21, 63.17, 64.8, 64.11, 64.17, 65.7, 65.21; uso del lenguaje, 19.4; composición, 38.2, 39.14; asunto, 36.11; razonamiento, 37.13, 71.14, 71.16³; argumento, 40.13; mención, 51.2.

³ Aquí hemos traducido *tèn apò toù lógou* por «(la investigación) procedente del razonamiento», es decir, «racional».

lúsis (A), refutación, 4.7, 5.3, 5.17, 23.19, 28.11, 34.1, 35.18, 36.12, 53.11, 70.1, 76.9.

máche (T), inconsistencia, 33.2; contienda, 36.12; batalla, 64.9.

meléte (A), práctica, 8.17, 18.6, 18.23, 23.10, 23.20, 30.7, 33.15, 33.20, 35.14, 41.4, 46.22, 59.8, 67.20, 76.6.

métodos (T, H), método, 2.3, 53.10.

mûthos (T, H, A), fábula, 5.20, 6.2, 6.8tít., 6.9, 6.15, 6.20, 7.4, 7.8, 7.9, 7.15, 8.9, 8.14, 9.16, 10.4, 10.10, 10.11, 10.14, 10.15, 11.2, 11.8, 11.12, 11.12, 13.5, 13.6, 13.10, 13.12, 17.16, 17.22, 21.19, 22.3, 22.4, 22.7, 22.8; *múthos*, 9.3.

nómos (T, H, A), ley, 3.15, 3.15, 32.1, 32.3, 32.16, 32.18, 38.9, 38.11, 38.15, 43.3, 45.19, 54.16, 56.5, 56.9, 56.12, 72.16, 72.21, 77.1tít., 77.2, 77.4, 77.6, 77.8, 77.10, 77.12, 78.5, 78.10.

parabolé (H, A), comparación, 24.13.

parádeigma (H, A), ejemplo, 23.16, 24.10, 24.18, 48.11, 53.13.

paraínesis (T, A), moraleja, 6.19, 10.14, 11.1; buen consejo, 19.17, 21.15, 22.6, 25.3; consejo, 25.13, 26.2.

paráklesis (H), exhortación, 24.12, 76.11.

paráphrasis (T, H), paráfrasis, 22.19, 23.22, 24.9.

páthos (T, H, A), pasión, 5.8; emoción, 63.2, 64.5, 64.7, 64.13, 64.19, 66.11, 67.13, 69.9, 71.1, 79.12; sufrimiento, 71.4.

perístasis (T, H, A), circunstancia, 20.4, 25.10, 63.20, 64.7, 71.13, 71.16, 71.17, 71.19, 71.19, 79.3.

pithanótes (T, A), credibilidad, 14.5, 14.6, 14.9.

poíema (H, A), poema, 6.4, 12.4, 12.5.

poíesis (T, H, A), poesía, 12.4.

phrásis (T), lenguaje, 11.3; expresión, 11.10, 67.11; modo de expresión, 46.13, 58.10; estilo, 62.5, 63.5, 63.7; 66.11, 66.15, 68.2, 70.20, 79.10.

próblema (T), problema, 3.2, 3.9.

progúmnasma (T, A), ejercicio preparatorio, 1.15, 2.8, 5.12, 8.12, 17.4, 20.1, 23.6, 23.9, 24.19, 28.18, 30.13, 33.16, 34.4, 34.8, 35.10, 36.5, 36.9, 45.23, 47.17, 47.18, 47.21, 48.18, 59.3, 59.9, 60.11, 66.16, 67.18, 68.18, 70.9, 70.16, 72.7, 73.8, 76.3, 78.15.

promúthion (A), promitio, 10.8.

- prooimiázein* (A), comenzar con un proemio, 23.20; incluir un proemio, 39.20; utilizar un proemio, 40.11.
- prooímion* (T, H, A), proemio, 4.6, 4.7, 4.9, 5.15, 22.18, 23.19, 24.7, 28.11, 33.9, 35.1, 35.17, 36.7, 40.4, 40.5, 40.12, 40.13, 40.17, 41.1, 41.2, 41.6, 41.8, 41.10, 41.14, 41.16, 41.22, 42.15, 50.10, 50.11, 50.14, 61.20, 62.17, 67.10, 70.1, 73.14, 73.17, 76.7, 79.2.
- prophorá* (T), recitación, 18.4.
- prosopopoía* (T, H, A), prosopopeya, 64.20, 65.1, 65.6.
- pségein* (H, A), denigrar, 61.6; hacer vituperios, 78.18.
- psógos* (T, H, A), vituperio, 38.7, 38.13, 38.16, 38.18, 38.21, 47.4tít., 53.20, 54.2, 54.7, 54.12, 54.14, 54.19, 73.11.
- saphéneia* (T, H, A), claridad, 14.5, 14.8, 14.10, 15.2, 15.5, 15.7, 16.16, 16.17.
- sunkrínein* (H, A), comparar, 59.15, 61.5.
- súnkrisis* (T, H, A), comparación, 42.14, 43.10, 43.13, 43.19, 52.18, 53.3, 59.1tít., 59.2, 59.17, 60.5, 60.6, 60.10, 60.11, 60.14, 63.11, 64.1, 67.17, 68.1, 68.1, 68.4, 68.6.
- suntomía* (T, A), concisión, 14.4, 14.9, 14.10, 14.11, 14.13, 14.17, 15.3.
- súntomos* (A), (lógos, prâxis) conciso, 19.7, 19.12.
- táxis* (T), lugar, 9.5, 40.17, 73.19; orden, 17.16, 30.8, 30.18, 31.2, 31.5, 31.8, 31.9, 31.16, 31.21, 35.8, 35.15, 43.20, 51.5, 67.19, 78.5, 78.7, 78.9; colocación, 42.8; categoría, 78.2.
- thésis* (T, H, A), tesis, 63.12, 63.13, 63.14, 63.15, 63.21, 71.6tít., 71.7, 71.9, 71.11, 71.18, 71.20, 76.14, 76.18.
- tópos* (T, H, A), *tópos*, 36.22, 36.22, 37.1; lugar de argumentación, 39.11, 39.15, 43.19, 57.17.
- tópos koinós* (T, H, A), lugar-común⁴, 34.2, 35.5tít., 35.6, 35.16, 36.6, 36.14, 36.15, 36.17, 36.19, 37.5, 37.9, 37.10, 37.13, 37.20, 38.3, 38.5, 38.7, 38.12, 38.15, 38.16, 38.20, 38.23, 39.1, 39.6, 39.19, 39.20, 40.10, 41.2, 41.10, 41.12, 41.15, 42.3, 44.18, 45.22, 46.1, 46.6, 46.15, 46.18, 46.21, 46.23, 47.2, 54.9, 54.11, 54.12, 54.15, 54.17, 59.3, 59.14, 60.12, 60.18, 75.13, 77.12.

⁴ Con lugar-común designamos el ejercicio preparatorio que lleva este nombre, para diferenciarlo de otras acepciones de estas mismas palabras, vid. n. 184 en Nicolao de Mura, *Progumnásmata*.

2. Términos latinos (por autores)¹

2.1. Prisciano, *Praexercitamina* (ed. de M. Passalacqua)²

Accidentia: 'lugares de argumentación relativos a las circunstancias' 43,18

Affabulatio: 'moraleja' 34,11 (equivalente a *epimúthion*, 34,11)

Allocutio: 'alocución, discurso ficticio puesto en boca de un personaje dado en una situación determinada' 45,7, 8, 16, 21 y 28; a. simplices 'simples' 45,21; a. duplices 'dobles' 45,22; a. morales 'morales' 45,28; 46,3; a. passionales 'emotivas' 46,1; a. mixtae 'mixtas' 46,5

Apomnemoneúmata: cf. commemoratio

Argumentatio: 'argumentación' 39,20

Capitula finalia: 'principios de argumentación finales' 40,2

Causa: 'argumento elaborado a partir de la causa' 36,14; 36,18; 38,7; 38,13

Chreía: 'anécdota' 34,17; 35,17

Circuitio: 'período dentro de un discurso' 34,9

Commemoratio: 'dicho memorable' 35,17; 36,1; 36,2

Comparatio: 'comparación' 41,7; 43,9; 43,16; 44,1; 44,8; 44,9; 44,11; 45,2; 'argumento elaborado a partir de una comparación' 36,22; 38,8; 40,28

Confirmatio: 'confirmación, demostración' 39,2; 39,6

¹ De los autores traducidos, hemos excluido a Mario Victorino debido a que la traducción realizada corresponde sólo al exordio del *De inventione*, es decir, no abarca sino una pequeña muestra del texto original y, además, dicha muestra ofrece interés, más por su carácter filosófico que por el vocabulario retórico técnico que en ella se utiliza.

² Las referencias que siguen a cada término incluyen la página y la línea de la edición citada.